

Andrea Dué

Atlas Histórico del Cristianismo

Texto de
Juan María Laboa



SAN PABLO

Copyrighted material

Idea y realización: Andrea Dué

Texto: Juan María Laboa

Búsqueda iconográfica: Brigitte Baumbusch

Dibujos: Alessandro Baldanzi, Alessandro Bartolozzi, Lorenzo Cecchi, Roberto Simoni, Donato Spedaliere, Stalio

Cartografía a mano: Roberto Simoni, Justine Thompson Bradley

Cartografía electrónica: Antonio Tucci

Preparación y revisión de la edición española:

Adoración Pérez, Juan A. López, Pedro M. García,

M.^a Jesús García, Dulce M.^a Toledo, Álvaro Santos, José A. Pérez.

2.^a edición

© SAN PABLO 1998 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723

E-mail: editorial@sanpablo-ssp.es - www.sanpablo-ssp.es

© Editoriale Jaca Book SpA, Milán - Andrea Dué, Florencia 1997

Título original: *Atlante Storico del Cristianesimo*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial

Resina, 1. 28021 Madrid * Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050

E-mail: ventas@sanpablo-ssp.es

ISBN: 84-285-2090-9

Impresión y Encuadernación: G.E.P., Milán

Impreso en Italia. Printed in Italy

S U M A R I O

	págs.		págs.
1. El mundo grecorromano	8	28. El nacimiento del Estado pontificio	116
2. Palestina en tiempos de Jesús	12	29. Los últimos concilios orientales	120
3. El Cristo de la historia y de la fe	16	30. La constitución de la Iglesia bizantina	124
4. El nacimiento de la Iglesia	20	31. La Iglesia feudal	128
5. Los inicios de una fe	24	32. La apertura al norte	132
6. De la casa privada a la basílica	28	33. En los albores del milenio	136
7. Primeras herejías y vínculos entre las Iglesias	32	34. La renovación de la Iglesia en Occidente	140
8. Persecución y tolerancia	36	35. La abadía cisterciense	144
9. Los pueblos germánicos	40	36. La lucha de las investiduras	148
10. Constantino y la libertad religiosa	44	37. Las cruzadas y la Iglesia oriental	152
11. Concilios y credo	48	38. Cronología II. La Alta Edad Media	156
12. El monacato primitivo	52	39. Las herejías medievales	160
13. Los padres de la Iglesia	56	40. Las órdenes mendicantes	164
14. Teodosio: el cristianismo, religión del estado	60	41. La Europa de las ciudades	168
15. Decadencia de Roma y el bautismo de los bárbaros	64	42. Teocracia y cristiandad medieval	172
16. Los primeros cismas	68	43. La Escolástica	176
17. El culto de María	72	44. La Iglesia en Asia	180
18. El monacato occidental	76	45. El cisma de Occidente	184
19. Cronología I. Los orígenes	80	46. El culto a los santos	188
20. Justiniano: la renovación del Imperio	84	47. Cronología III. Baja Edad media	192
21. El primer arte bizantino	88	48. El islam y el Imperio bizantino bajo los Paleólogos	196
22. El enfrentamiento Roma-Constantinopla	92	49. El Renacimiento	200
23. De la Antigüedad a la Edad media	96	50. La reforma protestante	204
24. Bizancio y el islam	100	51. La Europa reformada	208
25. La Iglesia y el mundo bárbaro	104	52. El concilio de Trento y la reforma católica	212
26. El mundo eslavo	108	53. Las guerras de religión	216
27. La Iglesia occidental en tiempos de Carlomagno	112	54. La Iglesia en América Latina	220
		55. La Iglesia en Norteamérica	224

	págs.		págs.
56. Las Iglesias reformadas	228	69. Las Iglesias y los regímenes totalitarios	280
57. Cronología IV. Renacimiento y Barroco	232	70. La espiritualidad afroamericana	284
58. El despertar cristiano	236	71. Misiones y descolonización	288
59. El cristianismo ilustrado	240	72. América Latina	292
60. El siglo de las Luces	244	73. El Concilio ecuménico Vaticano II	296
61. El cristianismo en la formación de Estados Unidos	248	74. El presente de las confesiones cristianas	300
62. La Revolución francesa y la Iglesia	252	75. El futuro de las confesiones cristianas	304
63. Entre restauración y revolución	256	76. Cronología V. Desde la Ilustración hasta nuestros días	308
64. El siglo de las misiones	260		
65. Las misiones protestantes	264	Índice de nombres	312
66. La cuestión social	268	Elenco de ilustraciones	317
67. El movimiento de Oxford	272		
68. La relación entre cristianismo y ciencia	276		

GUÍA DE LECTURA

Los 76 capítulos de que consta el Atlas comprenden cuatro páginas cada uno. En la primera doble página se desarrolla la cartografía a colores, completada con otros dibujos y fotografías, todo ello en color. En las dos páginas siguientes se encuentra el texto de Juan María Laboa, enriquecido con dibujos y fotografías en blanco y negro. Este texto, además de referirse al capítulo en que se encuentra, puede leerse también seguido, de modo que quien lo desee pueda abarcar de un vistazo los dos mil años de historia de la Iglesia.

En total, el volumen contiene 152 fotografías a colores, 126 en blanco y negro, 162 mapas en color, 103 dibujos y planos en color y blanco y negro, 13 esquemas y diagramas a colores y 5 cronologías sinópticas.

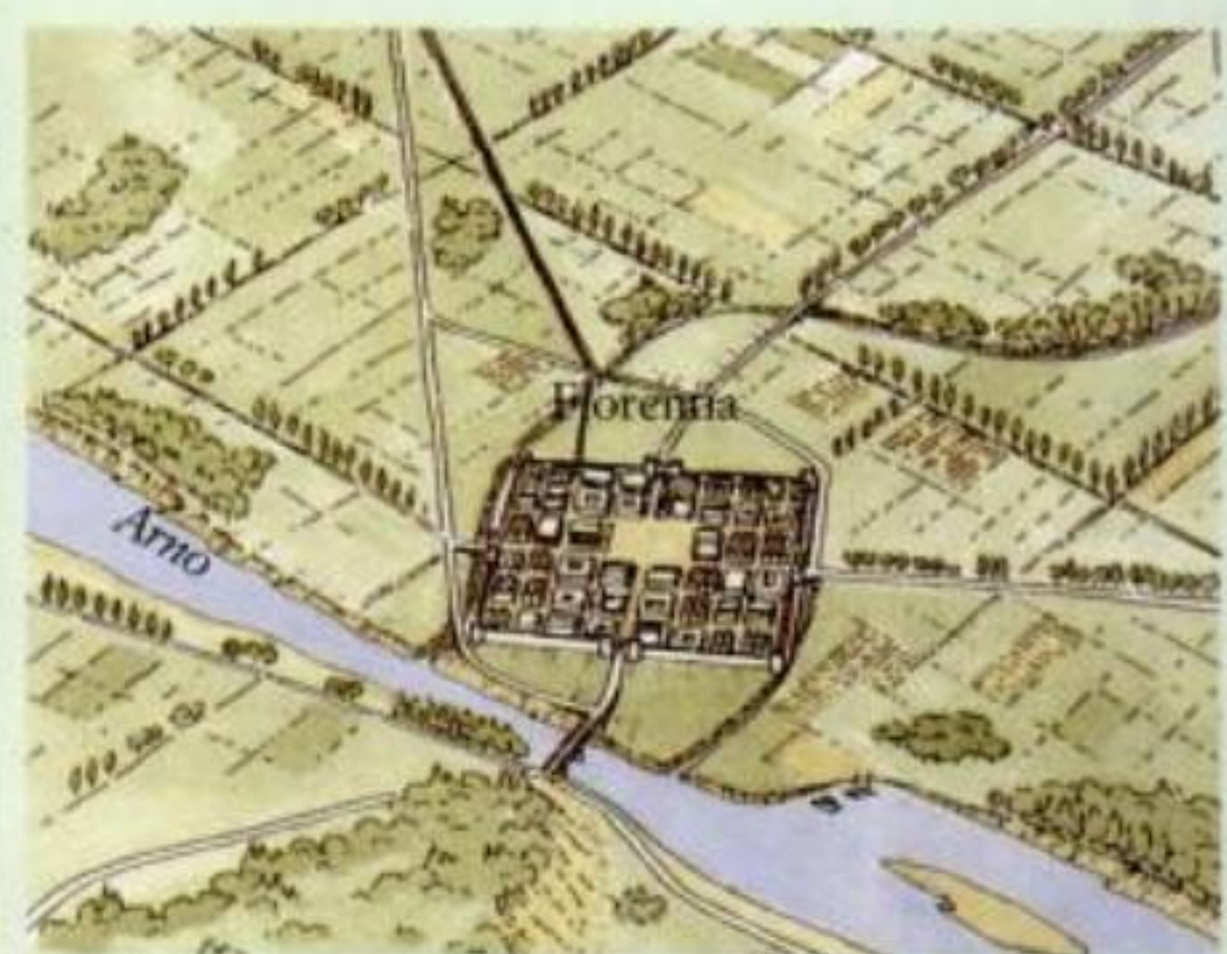
A cada imagen le acompaña un pie que indica el lugar de la página donde se encuentra; datos más exhaustivos sobre los objetos de las fotografías o dibujos -origen, fecha, localización, etc.- se encuentran en el elenco de ilustraciones al final del volumen.

1. EL MUNDO GRECORROMANO



La necesidad que tenían las legiones de Roma de trasladarse de un lugar a otro originó una articulada red viaria que constituye aún hoy el esqueleto de la circulación europea, y que ha marcado de forma significativa la geografía del Viejo Continente y del Próximo Oriente. Los trazados rectilíneos de las vías principales, tanto urbanas como extraurbanas, servían de líneas de referencia para la centuriación, es decir, para la división racional de las tierras cultivables en las zonas a las que se asignaban los colonos romanos, enviados a los territorios conquistados (en general veteranos del ejército). Una red de vías secundarias, llamadas *decurmani* (paralelas a la vía principal) y *cardines* (perpendiculares) delimitaba porciones cuadradas (centurias) de la superficie de unas 50 hectáreas.

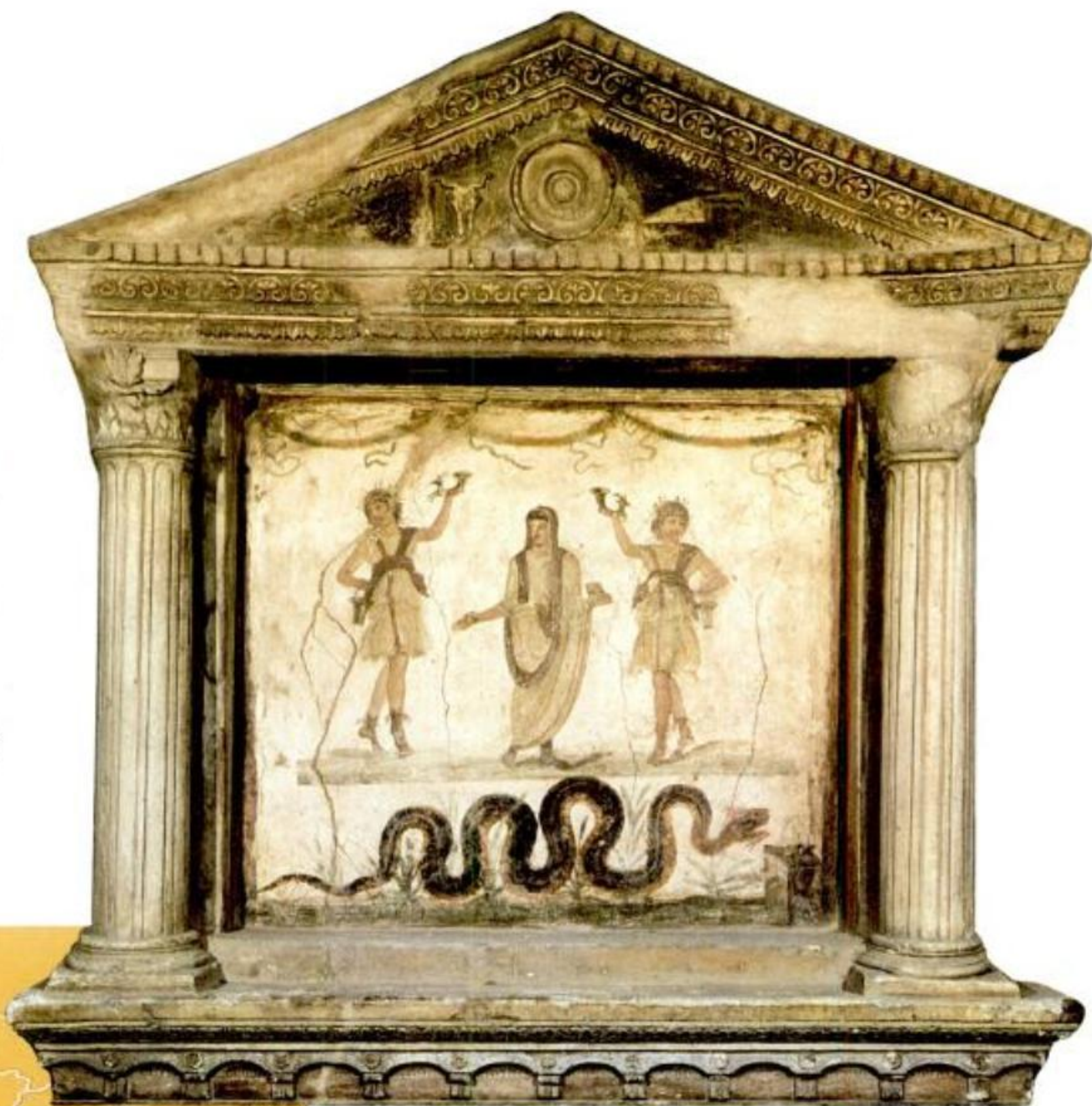
La centuriación conseguía el doble objetivo de compensar a los militares que, con frecuencia, pasaban muchos años de su vida en el ejército, y el de difundir, mediante la colonización, la cultura y la civilización romanas en los territorios conquistados.



La civilización grecorromana fue el ambiente en el que nació y se desarrolló el cristianismo, que, efectivamente, debe mucho a la mentalidad semita, a la cultura griega y a la organización romana.

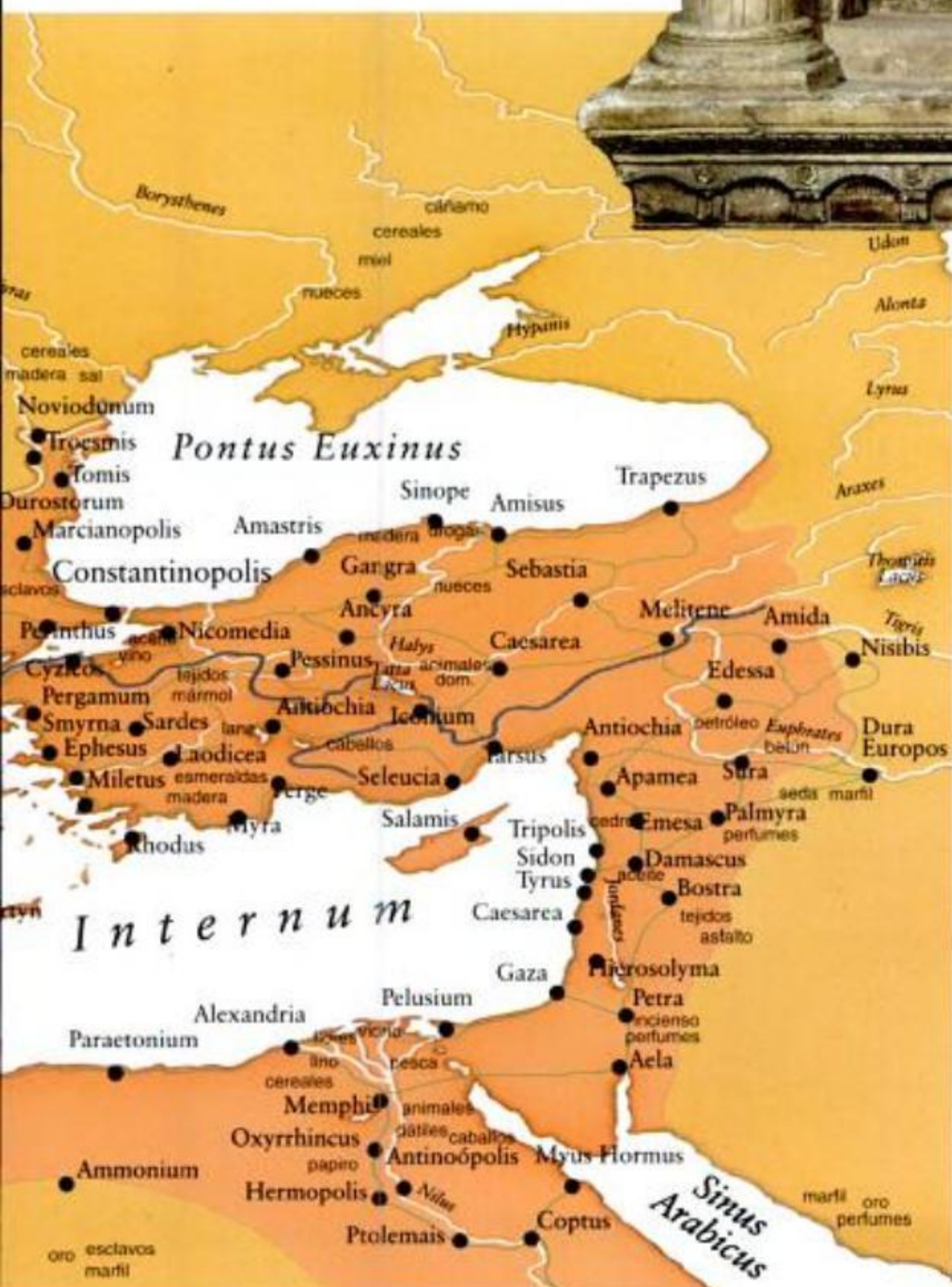
En el mapa: El Imperio romano de los primeros siglos de la era cristiana, con la línea que indica la división entre la parte occidental y la oriental después de la reforma de Diocleciano, en el siglo III, con las subdivisiones administrativas (*en azul*), la red viaria (*en verde*) y los principales productos de intercambio. La facilidad de comunicación fue un factor importante para la difusión inicial del cristianismo, mientras que la eficiente administración romana proporcionó la pauta para la posterior organización territorial de la Iglesia.

A la izquierda, arriba: la llamada «escuela platónica», mosaico del siglo I d.C. procedente de Pompeya. El mundo griego transmitió a los primeros cristianos la inclinación al estudio y al debate intelectual.



Arriba: un larario romano del siglo I d.C. El culto doméstico de los lares, las divinidades del hogar, lo oficiaba originalmente el *pater familias*.

Debajo: «tríada» de dioses, del siglo I a.C., de Palmira, en Siria: Baalsamem, divinidad semita, entre los dioses del sol y de la luna.



1. EL MUNDO GRECORROMANO

«En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por su Hijo...», dice la Carta a los hebreos.

El cristianismo es una religión revelada, histórica. El Verbo se encarnó en un año concreto, en una sociedad precisa, en un pueblo y en una cultura determinadas. Estos factores marcaron de manera sustancial el origen y la evolución posterior del cristianismo y de la Iglesia.

Poco antes del nacimiento de Cristo había surgido el Imperio romano, que abarcaba todos los países del Mediterráneo y se extendía por buena parte de Europa, norte de África y Asia Menor. Se caracterizaba por una sólida unidad político-cultural y un gran pluralismo religioso. El Imperio estaba organizado administrativamente por ciudades, provincias y diócesis, dirigidas por competentes administradores, según los preceptos del Derecho romano y con una importante presencia del ejército. Era el mundo del Estado, de la política y de la valoración del derecho positivo. La lengua griega, conocida y utilizada sobre todo en la parte oriental del Imperio, se había convertido en la lengua internacional, tanto de la cultura como del comercio. Su uso favorecía la comunicación entre los diversos pueblos de las ideas y doctrinas de la civilización griega y, en especial, de su preocupación por el conocimiento, por la filosofía y por la cultura. De esta manera, la tendencia de la filosofía griega hacia la moral y los problemas teológicos, presentes en muchos lugares, favorecerá el interés y la acogida de la nueva religión. Además, la fuerza especulativa del genio griego ayudó al cristianis-



El sentimiento religioso, con elementos más o menos intelectuales, más o menos sentimentales, era fuerte en el mundo romano y penetraba en todos los ámbitos de la vida. El cristianismo —a diferencia de los numerosos cultos orientales, populares en aquella época porque respondían a una difundida ansia de esperanza—, anunciaba la irrupción de Dios en la historia y, como consecuencia, la entrada de la eternidad en el tiempo; un hecho que implicaba un cambio radical de la condición humana.

Arriba: una placa que representa a Helios, el dios del sol, en relación con Júpiter Doliqueno. El nombre Doliqueno designaba a la divinidad siria Baal, fusionada con Júpiter por la costumbre, típicamente helenista, de identificar divinidades romanas, griegas y orientales. Júpiter Doliqueno, al que los soldados consideraban como protector especial, se confundió posteriormente con Helios.

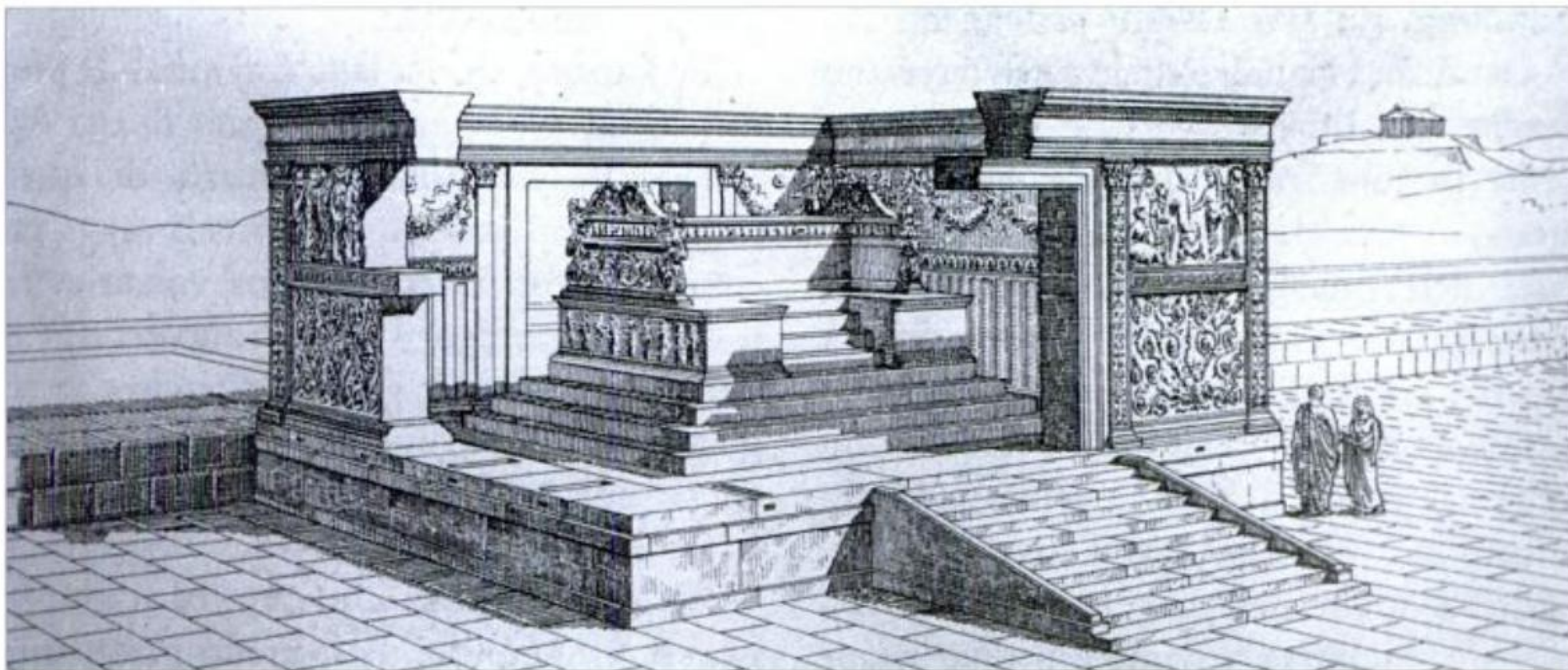


A la izquierda: pequeño relieve que representa un sacrificio mitraico. El culto de Mitra, antigua divinidad persa, tuvo gran éxito en la época imperial y se convirtió en el principal competidor del naciente cristianismo. Esta religión misteriosa, reservada sólo a los hombres, tenía sugestivos ritos secretos de iniciación, e imponía a sus adeptos duras pruebas, prometiéndoles la salvación y la inmortalidad. El ritual principal consistía en el sacrificio de un toro (*taurobolio*), en conmemoración de la muerte, a manos del dios, del toro primordial, de cuya sangre nacieron todos los animales y plantas. El culto de Mitra se practicaba en pequeñas criptas subterráneas. Tuvo muchos secuaces entre los soldados y, por medio del ejército, se introdujo en Germania, Galia y Britania.



A la izquierda: moneda de Augusto con espigas de trigo que aluden a la prosperidad del Imperio durante su reinado.

Debajo: el Ara Pacis Augustae en una reconstrucción seccionada. Cristo se llamará «Príncipe de la Paz» no sólo por los efectos de su enseñanza, sino también porque vivió en una de las raras épocas de paz y tranquilidad del mundo romano, circunstancia que favoreció también la primera difusión de su doctrina.



mo a formular una doctrina bien trabada y coherente y a convertirse en una potente fuerza espiritual. No obstante, la pasión griega por la especulación filosófica complicará los primeros pasos del cristianismo al enfrentarle con el problema de la fundamentación filosófica de la fe. Muchas de las primeras herejías tuvieron este origen. De hecho, los problemas teológicos se darán fundamentalmente en Oriente, apasionarán a su población y se resolverán en los primeros concilios que serán casi exclusivamente orientales.

La «pax Augusta» llevó la paz y el prestigio romano hasta los confines del imperio. La seguridad producida por esta paz y la facilidad de comunicaciones favorecieron la expansión de la nueva doctrina. San Lucas no ocultaba su admiración por el orden romano y por el sentido del derecho demostrado por sus magistrados. Roma nunca intentó imponer su religión a los pueblos que dominaba. En realidad, en tiempos de Jesús las religiones clásicas de Grecia y Roma habían perdido su fuerza y se encontraban bastante difuminadas. De hecho, gran parte de los espíritus cultivados profesaban el escepticismo. La helenización de Oriente llevó a un intercambio de dioses entre los diversos pueblos, a una helenización del mundo religioso romano y, sobre todo, a la introducción de los dioses orientales. Las tropas romanas, por su parte, conocieron y se entusiasmaron por el culto de Mitra en sus correrías.

Augusto, en su búsqueda de un imperio más cohesionado, intentó revitalizar los ritos y las creencias tradicionales con nuevos apoyos institucionales e integrando en la clase sacerdotal a miem-

bro de las familias importantes romanas, pero sólo consiguió organizar oficialmente su culto sin que la población participase vivencialmente. Cicerón en su obra sobre los dioses señala con claridad la deteriorada situación en la que se encontraba la religión clásica. La implantación del culto oriental de los emperadores, apoyada por los sucesores de Augusto, buscaba fortalecer la autoridad imperial y tuvo una importante repercusión política, pero causará dolorosos conflictos en la historia del cristianismo naciente.

Por otra parte, los cultos místicos orientales tuvieron enorme expansión en el mundo grecorromano, sobre todo a comienzos de nuestra era. Sus sugestivas ceremonias de admisión y purificación, su promesa de resurrección y de salvación en una época de desesperanza e incredulidad, y un culto brillante que movía y encauzaba los sentimientos y la piedad de los fieles consiguieron que buena parte de la población quedase positivamente impresionada por sus propuestas.

Fiestas religiosas, procesiones, oraciones, sacrificios y banquetes rituales acompañaban todas las funciones públicas. Las tradiciones, las costumbres, la cultura permanecían íntimamente relacionadas con el patriotismo local. Toda ciudad importante contaba con santuarios famosos. Esta identificación con los cultos locales o nacionales, aunque fuese sólo formal, dificultaba la conversión al cristianismo.

Este era el complejo ámbito espiritual en el que surgirá y dará sus primeros pasos la nueva religión.

2. PALESTINA EN TIEMPOS DE JESÚS

a) Geografía de Palestina.

b) El reino de Herodes el Grande, en tiempos del nacimiento de Jesús. La Anunciación tuvo lugar en Nazaret, Galilea. Desde allí partió María para visitar a su prima Isabel que, según una tradición que se remonta al siglo IV, vivía en Ain-Karim, y estuvo con ella hasta el nacimiento del Bautista. De vuelta a Nazaret, para cumplir con la obligación del censo, José y María, que estaba para dar a luz, fueron a Belén, donde nació Jesús. Cuarenta días después del nacimiento, la Sagrada Familia fue a Jerusalén para el rescate del hijo primogénito y la purificación de la puerpera, en el templo, con el sacrificio de un par de tórtolas. En esa ocasión el anciano Simeón anunció que Jesús iba a ser la salvación de Israel. Luego volvieron a Belén, desde donde posteriormente fueron a Egipto escapando de la matanza de los Inocentes, ordenada por Herodes para acabar con el recién nacido «rey de los judíos».

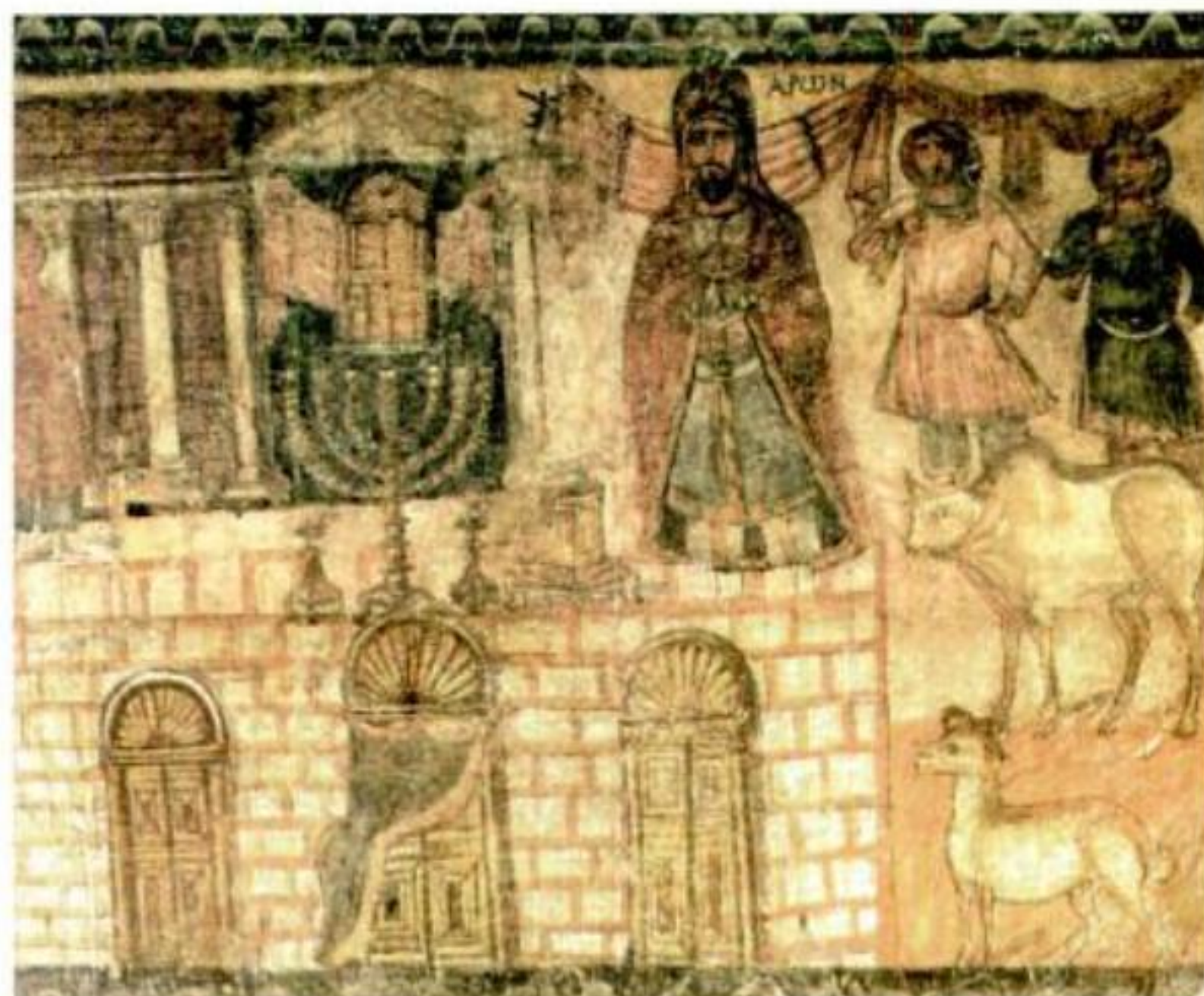


c) *En azul*, la peregrinación de la Sagrada Familia al templo de Jerusalén, con motivo de la Pascua. En esa ocasión Jesús, adolescente de doce años, se quedó discutiendo con los doctores del templo. *En rojo*, los primeros desplazamientos de Jesús y el encuentro con Juan Bautista. A orillas del Jordán, el Bautista predicaba la venida inminente del Reino de Dios e impartía el bautismo. Llegó Jesús, procedente de Nazaret, y recibió el bautismo. Después se fue al desierto, donde estuvo ayunando durante cuarenta días. La tradición mantiene que el lugar de este retiro fue el monte de la Cuaresma, que domina la llanura de Jericó. Desde ahí Jesús fue a Betania, donde estaba Juan Bautista, y de allí partió nuevamente para Galilea con Andrés, Juan y Simón Pedro, sus primeros

discípulos. Después fue con sus discípulos a Caná, donde estaba también María, para celebrar unas bodas. Posteriormente Jesús se estableció en Cafarnaún, que se convirtió en el centro de su predicación en Galilea.

A la derecha: el templo de Salomón, en los frescos de la sinagoga de Dura Europos, en Mesopotamia. Destacan los símbolos de la Ley judía: el Arca de la Alianza y la menorá (el candelabro de los siete brazos).

Abajo: la dispersión de los judíos en el mundo mediterráneo y las principales comunidades de la diáspora (símbolo rojo) desde el siglo VIII al III a.C.



LOS REYES MAGOS
La denominación de Magos indicaba a los seguidores de Zoroastro difundidos por toda Persia. No obstante, en la época helenística este título se atribuía también a los adivinos y a los astrólogos, numerosos en Babilonia. Marco Polo, en *El millón*, cita la tradición que hace proceder a los Magos de Irán septentrional, que entonces formaba parte del reino de los partos. El motivo de los Reyes Magos como fabulosos príncipes llegados de lejos para rendir homenaje al niño milagroso, cuyo nacimiento había anunciado una estrella, ha sido siempre muy atrayente para el folclore y la devoción popular.

Arriba: dos hipótesis del viaje llevado a cabo por los Magos.
A la izquierda: un mosaico de Ravenna los muestra, magníficamente ataviados al estilo oriental, en el momento de presentar sus dones.

2. PALESTINA EN TIEMPOS DE JESÚS

En tiempos de Jesús, Palestina formaba parte del Imperio y estaba gobernada por los procuradores romanos con sede en Cesarea, a orillas del Mediterráneo. El Sanedrín, autoridad puramente judía, bajo la presidencia del sumo sacerdote, dirigía los asuntos internos de los judíos. Esta división de poderes reflejaba la especial situación y consideración que los judíos consiguieron en Roma. Los judíos estaban convencidos de poseer la revelación de Dios, que les marcaba como pueblo escogido y que proporcionaba a todo judío, por pobre e ignorante que fuese, la conciencia de una superioridad indestructible.

De los casi seis millones de judíos existentes en aquel tiempo, más de cuatro vivían en la «diáspora», es decir, en decenas de comunidades situadas fundamentalmente en el mundo mediterráneo, razón por la que los apóstoles, especialmente Pablo, iniciaron su predicación en las sinagogas de la «diáspora». Lo que unía a estos judíos y protegía su identidad frente al mayoritario paganismo circundante era su profunda fe religiosa, peculiaridad que, al mismo tiempo, les apartaba de la cultura dominante y de las manifestaciones cotidianas de la vida civil pagana.

El judaísmo era, en realidad, una teocracia, un reino de Dios en la tierra. A diferencia de lo que sucedía entre los paganos, los judíos no sólo no sometían la religión a la política, sino que dirigían y explicaban todas las manifestaciones de la vida por sus preceptos y por su profundo sentido religioso. El monoteísmo y la promesa de un Mesías constituían el núcleo central de esta religión. En los tiempos de Jesús la idea mesiánica tenía un sentido prevalentemente político. Imaginaban al Mesías, que esperaban viniera pronto, como una especie de héroe nacional que liberaría a Israel del yugo romano, pero no faltaba en los medios más piadosos, en los «verdaderos israelitas», un sentido mesiánico más espiritual.

En la sociedad judía, fariseos y saduceos constituían dos partidos con concepciones diversas de la Ley y de la actitud que había que adoptar ante la cultura y las formas de vida no judías. El centro de las comunidades judías era la sinagoga, dirigida por un experto en cuestiones litúrgicas, mientras que un consejo de ancianos llevaba los asuntos de carácter civil. Se trataba de una consistente organización administrativa y judicial reconocida por el Estado romano. Pagaban anualmente un impuesto al templo de Jerusalén y viajaban a la ciudad santa en las solemnidades religiosas si las circunstancias lo permitían.

La sorprendente expansión geográfica de los judíos les llevó necesariamente a asimilar algunas características de los pueblos con los que convivían, y en primer lugar su lengua, la *koiné*, el griego



utilizado universalmente. En tiempos de Jesús la Biblia había sido ya traducida a este idioma en la ciudad de Alejandría, donde residía una importantísima comunidad judía. Esta versión es conocida con el nombre de Biblia de los LXX, versión que inmediatamente se convertirá en la Biblia del naciente cristianismo.

En estas comunidades encontramos un judaísmo también proselitista, que no desdeñaba la expansión en el mundo grecorromano, sobre todo en las grandes ciudades y en los centros comerciales. A este mundo, el judaísmo se presentaba como capaz de armonizarse con la cultura contemporánea, como una religión y una forma de vida comprensibles para una gente que los miraba con sospecha y, a menudo, rechazo. De hecho, su concepto de divinidad tan alejado de los dioses grecorromanos, sus sencillos y, al mismo tiempo,

El candelabro de los siete brazos, llamado *menorá*, fue colocado por Moisés dentro del santuario. Debía arder permanentemente como signo de la presencia de Dios. El

Arca de la Alianza, conservada en el Templo de Jerusalén, era para los judíos el símbolo más importante del pacto entre Dios y su pueblo.



La *menorá* que aparece (arriba) decoraba una estela funeraria; a la izquierda: reproducción del Arca, con tabernáculo sobre ruedas, de un relieve de la sinagoga de Cafarnaún.

Copyrighted material

Las cuevas de Qumrán, en el desierto de Judá, al oeste del mar Muerto, lugar de refugio de los esenios. Los esenios eran israelitas piadosos, contemporáneos de Jesús. Se consideraban el «resto santo» de Israel y cultivaban tendencias apocalípticas; llevaban una vida ascética basada en una regla muy severa, y estaban organizados en comunidades religiosas que sirvieron de modelo para los primeros monjes cristianos.

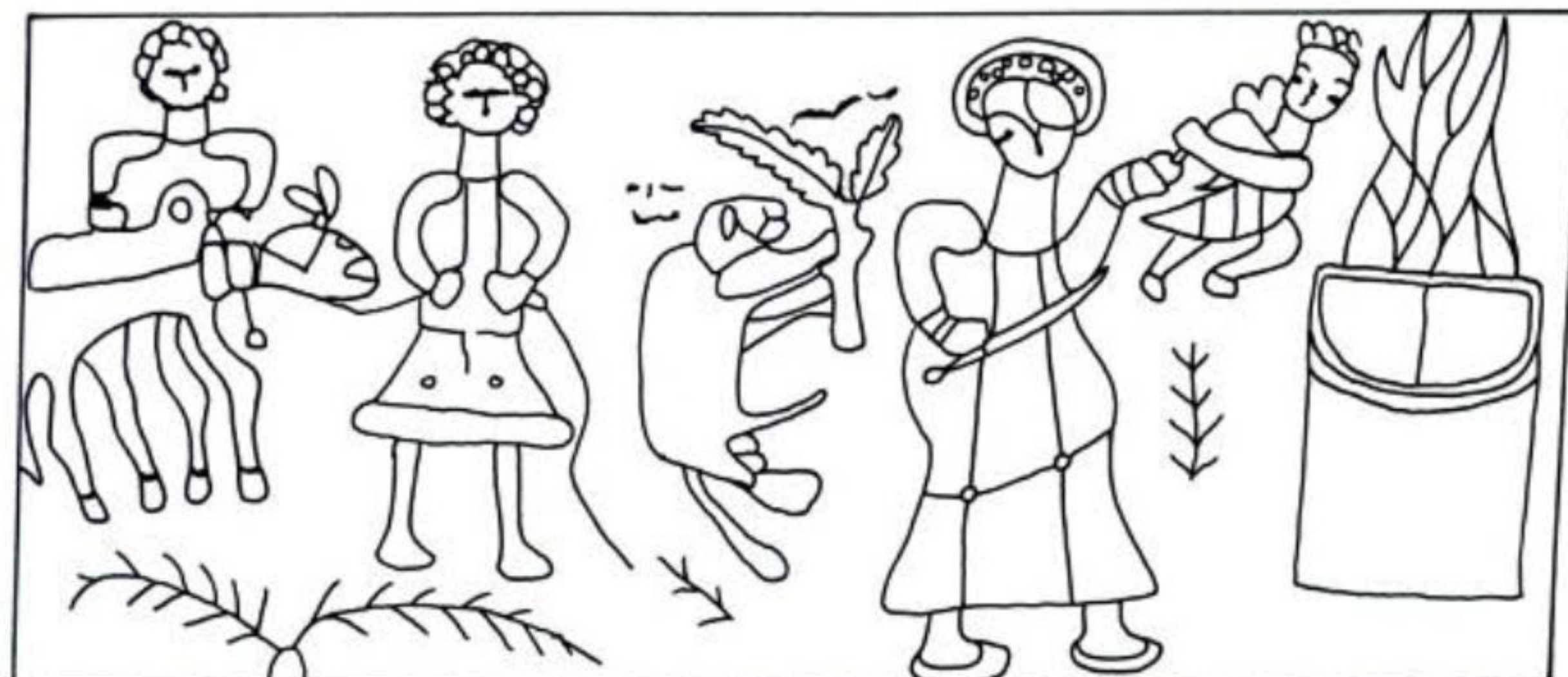


solemnes ritos y su exigente moralidad impresionaban a no pocas personas, al menos si eran capaces de sobreponerse a la fuerte sensación de exclusivismo que siempre acompañaba a los judíos. En aquel ambiente palestino podemos distinguir, también, dos tendencias en el campo político: la que invocaba el carácter nacional de su religión y reclamaba la independencia política como condición para el ejercicio legítimo del culto, y la que se mostraba indiferente a quien ejercitase el poder político con tal de que no obstaculizase el ejercicio del culto y la aplicación de la Ley: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César».

Para el cristianismo, nacido en y del judaísmo, este ambiente constituyó su caldo de cultivo inicial y lo favoreció y obstaculizó al mismo tiempo. La dispersión de los judíos marcó y dirigió el cris-

tianismo inicial. Las colonias judías marcaron los caminos que más tarde siguieron las misiones cristianas. Los apóstoles utilizaron las comunidades judías y las sinagogas como punto de partida de sus predicaciones y andanzas.

Al principio, los cristianos fueron considerados como una secta tanto por los judíos como por los gentiles. Pero muy pronto, todavía en tiempos de san Pablo, adherirse al cristianismo llevó aparejado el ser expulsado de la sinagoga, ser rechazado por la comunidad y exponerse a toda clase de serios peligros. Los judíos mantuvieron entre los romanos la consideración de religión nacional, mientras que los cristianos desde el primer momento rompieron las barreras nacionales y proclamaron su vocación de religión única y universal, pretensión que no iba a ser admitida por el Imperio.



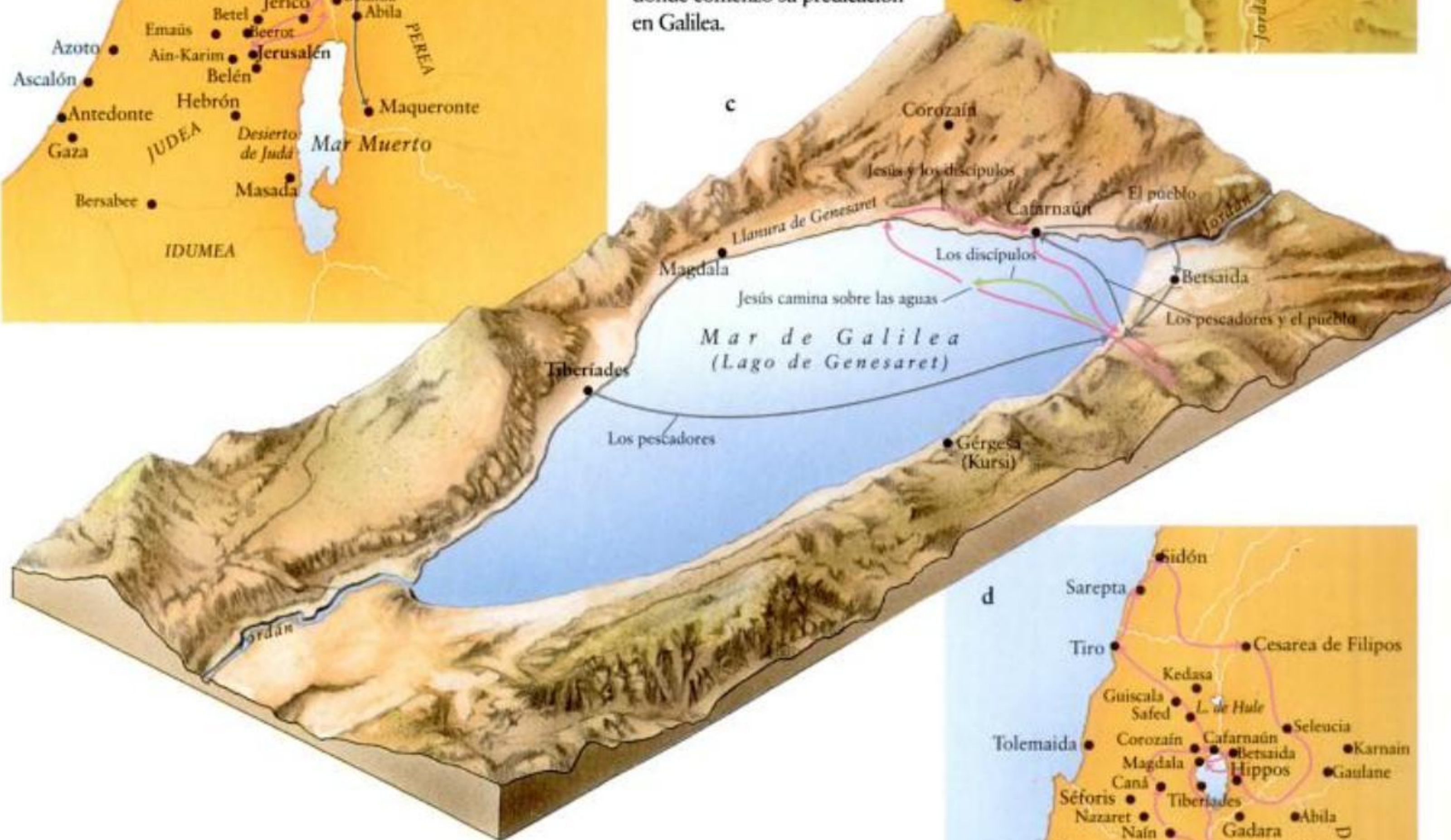
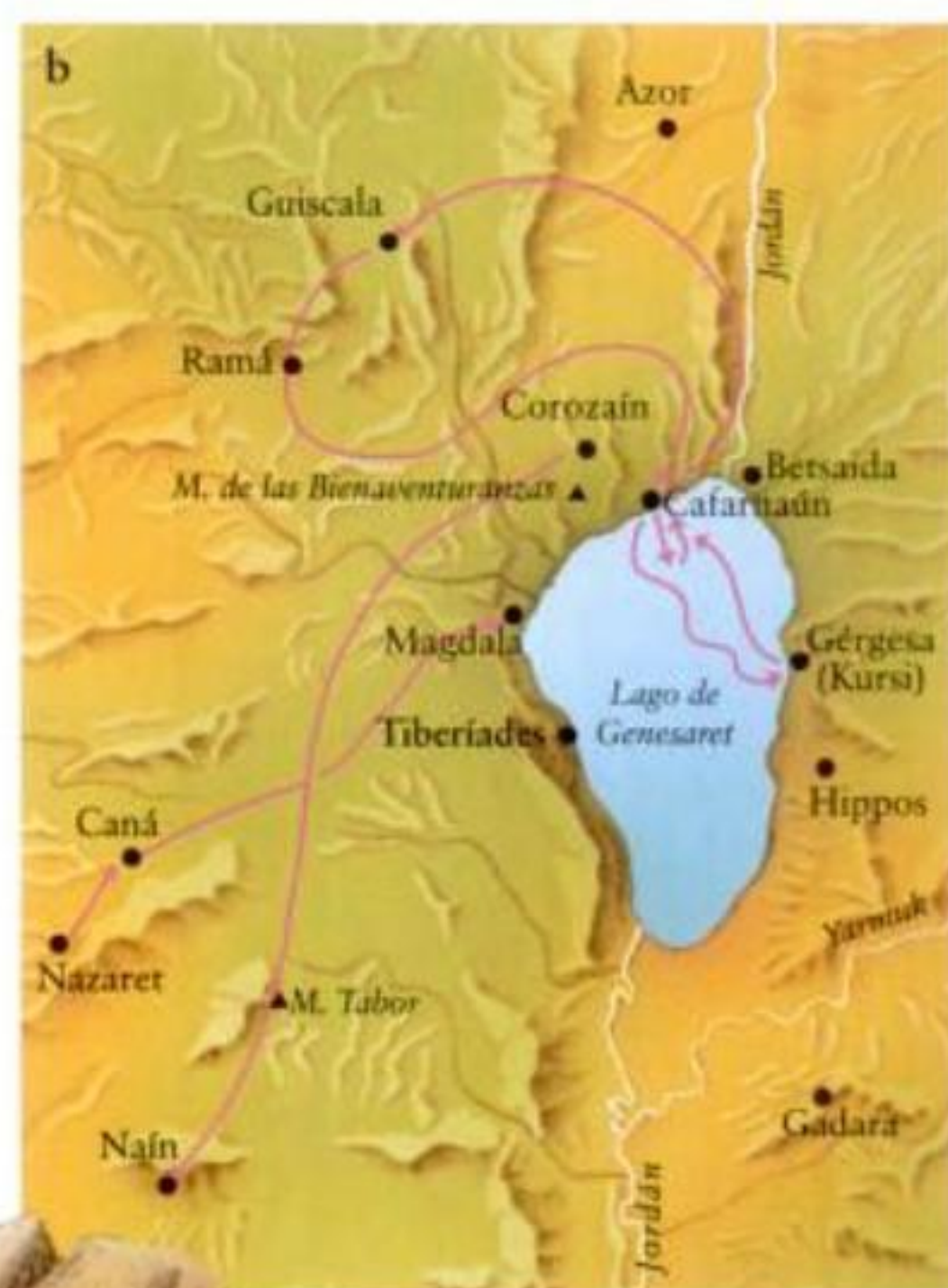
Esquema de un mosaico de la sinagoga de Bet Alfa en Palestina. La escena representa el sacrificio de Isaac.

Abrahán, dispuesto a sacrificar a su hijo primogénito, es considerado por judíos y cristianos como el padre en la fe, el patriarca del pueblo que se consideraba elegido por Dios.

3. EL CRISTO DE LA HISTORIA Y DE LA FE



a) Desde Cafarnaún, Jesús va a Jerusalén para las fiestas de Pascua, acompañado de sus discípulos. En la capital tiene lugar el episodio de la expulsión de los mercaderes del Templo. Desde ahí se retira a un lugar de Judea, al este de Jericó, donde los discípulos bautizan a imitación de Juan Bautista. Al mismo tiempo Juan predicaba en una localidad llamada Ainón, cerca de Salín. Atravesando Samaría, Jesús va a Galilea. Junto al pozo de Sicar, donde, según la tradición, estaba sepultado José, hijo de Jacob, tuvo lugar el encuentro con la samaritana. Después, pasando por Caná, Jesús llegó a Nazaret, donde comenzó su predicación en Galilea.



b) Jesús predica en Cafarnaún. A la mañana siguiente predica por los alrededores. De vuelta a Cafarnaún, predica desde la barca de Pedro. Aquí tiene lugar la pesca milagrosa. Al día siguiente elige a los doce apóstoles y pronuncia el sermón «del Monte».

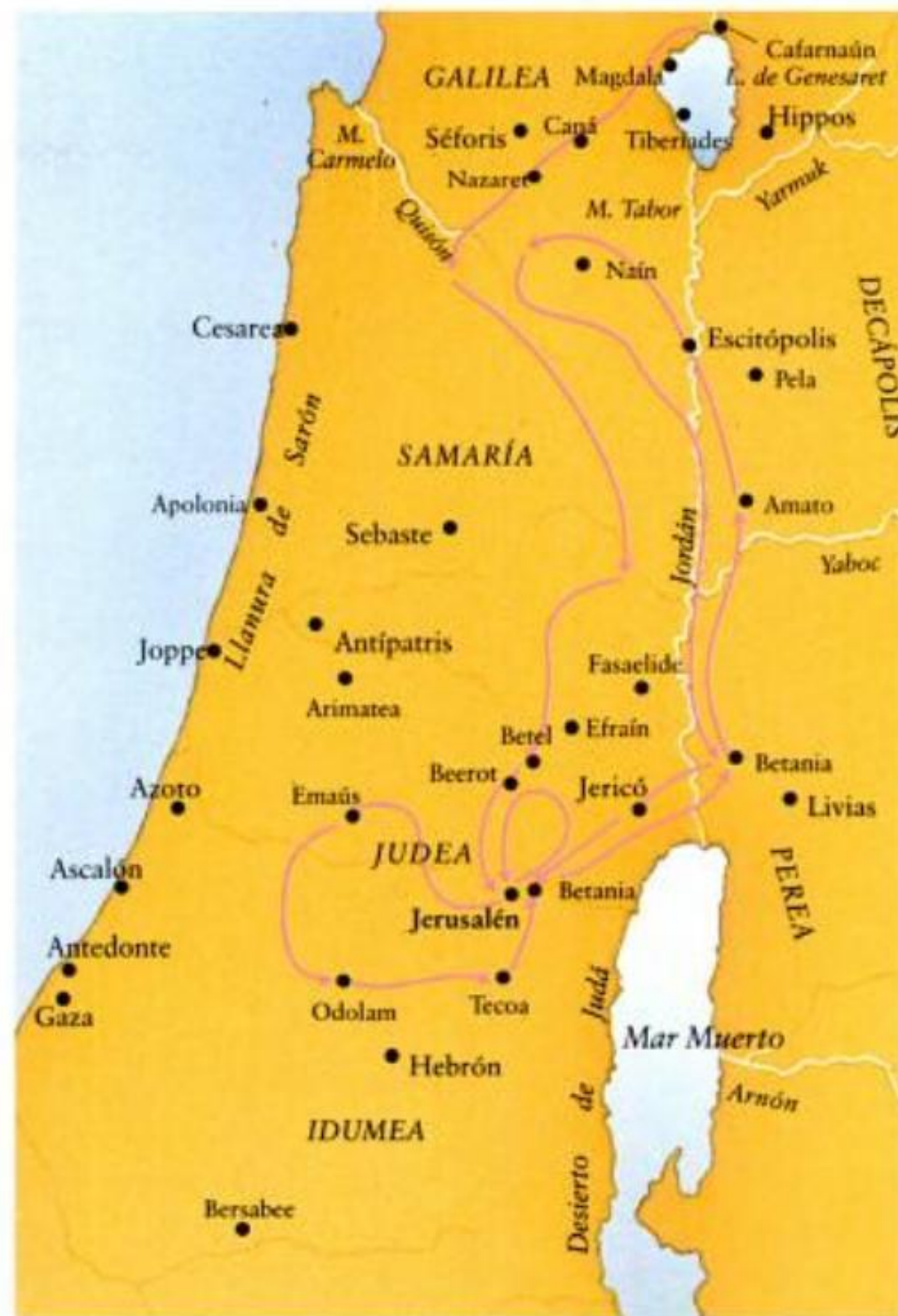
c) Predicación y multiplicación de los panes. Después de una noche de tormenta, Jesús camina sobre las aguas y calma las olas agitadas por la tempestad. A su vuelta a Cafarnaún, alcanzado por la multitud, pronuncia el discurso del «Pan de la Vida».

d) Desde Cafarnaún, Jesús sube a Jerusalén para Pentecostés. Pronuncia el discurso «de las Obras». De vuelta a Galilea, denuncia los errores del formalismo fariseo. Seguidamente, abandonando Galilea, entra en la región de Tiro y Sidón, luego en la Tetrarquía de Filipos y en la Decápolis. En los alrededores del Mar de Galilea, renueva el milagro de la multiplicación de los panes. Atravesando el lago, Jesús responde a los fariseos que le piden una «señal del cielo» anunciando su resurrección. Atravesando nuevamente el lago, y ya en Betsaida, instruye a los apóstoles contra «la levadura de los fariseos».



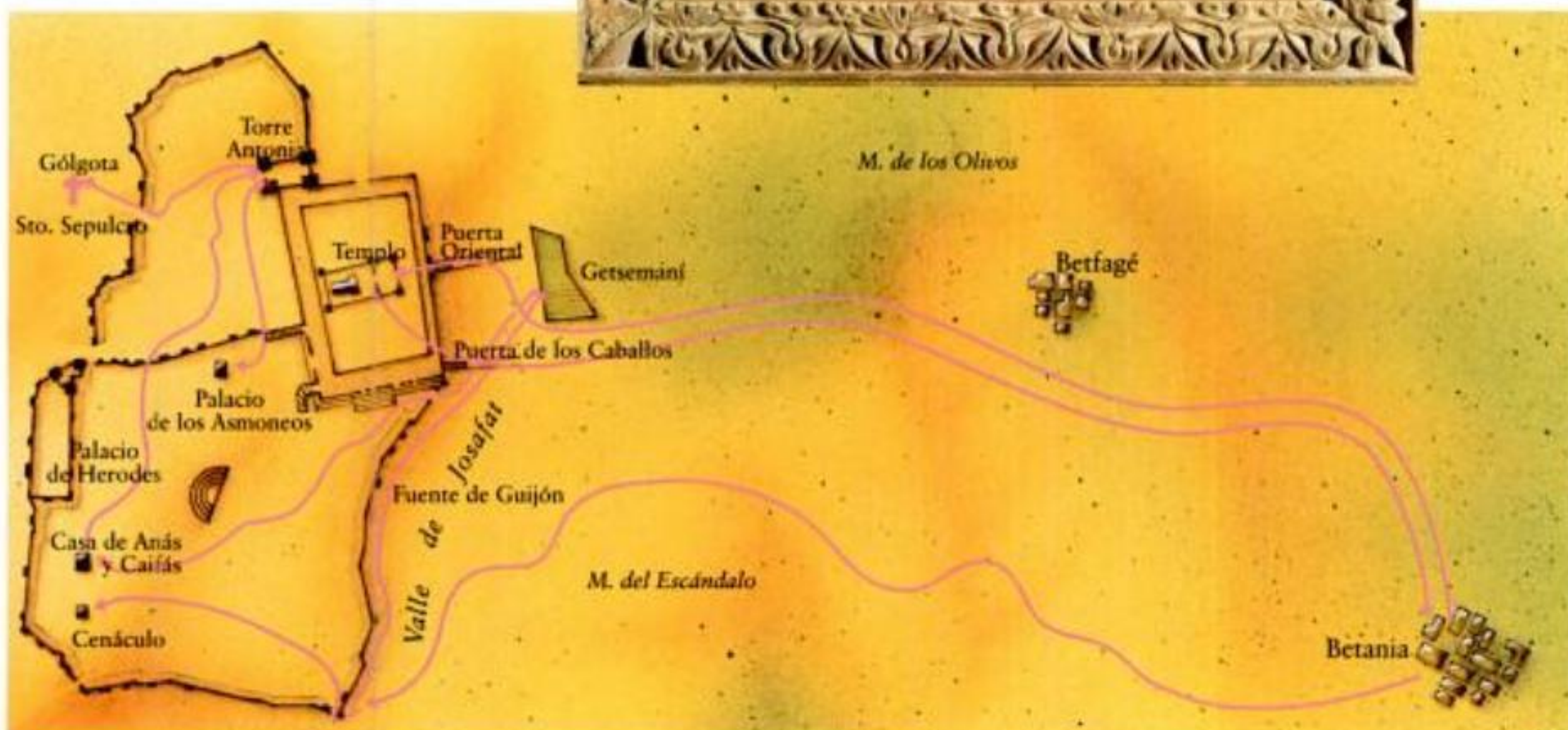


Miniatura de un evangelario bizantino del siglo VI sobre pergamino púrpura. El códice fue llevado a Calabria por monjes procedentes de Asia Menor. En él se ve representado, con gran eficacia narrativa, el episodio en el que Pilato, tratando de salvar a Jesús, propone a los judíos que elijan entre el Maestro de Nazaret y el ladrón Barrabás. Los iconos que están dentro del sillón de Pilato representan al emperador y al gobernador de Palestina, en cuyo nombre administraba justicia el procurador de Judea.



Arriba: últimos viajes de predicación de Jesús. En Jerusalén pronuncia el discurso «del Buen Pastor», enseña el Padrenuestro y habla abiertamente de su «naturaleza divina». En Betania tiene lugar el milagro de la resurrección de Lázaro.

A la izquierda: pieza de un portón de madera del siglo V con una de las imágenes más antiguas de la Crucifixión (pero el madero de la cruz no está representado); a los lados de Cristo están los dos ladrones.



A la izquierda: topografía de los lugares de la Pasión.

El Evangelio de Juan da una fecha precisa del comienzo de la Pasión: seis días antes de Pascua. Cuando llega a Jerusalén (Domingo de Ramos), Jesús quiere afirmar su dignidad mesiánica entrando en la capital con cierta solemnidad.

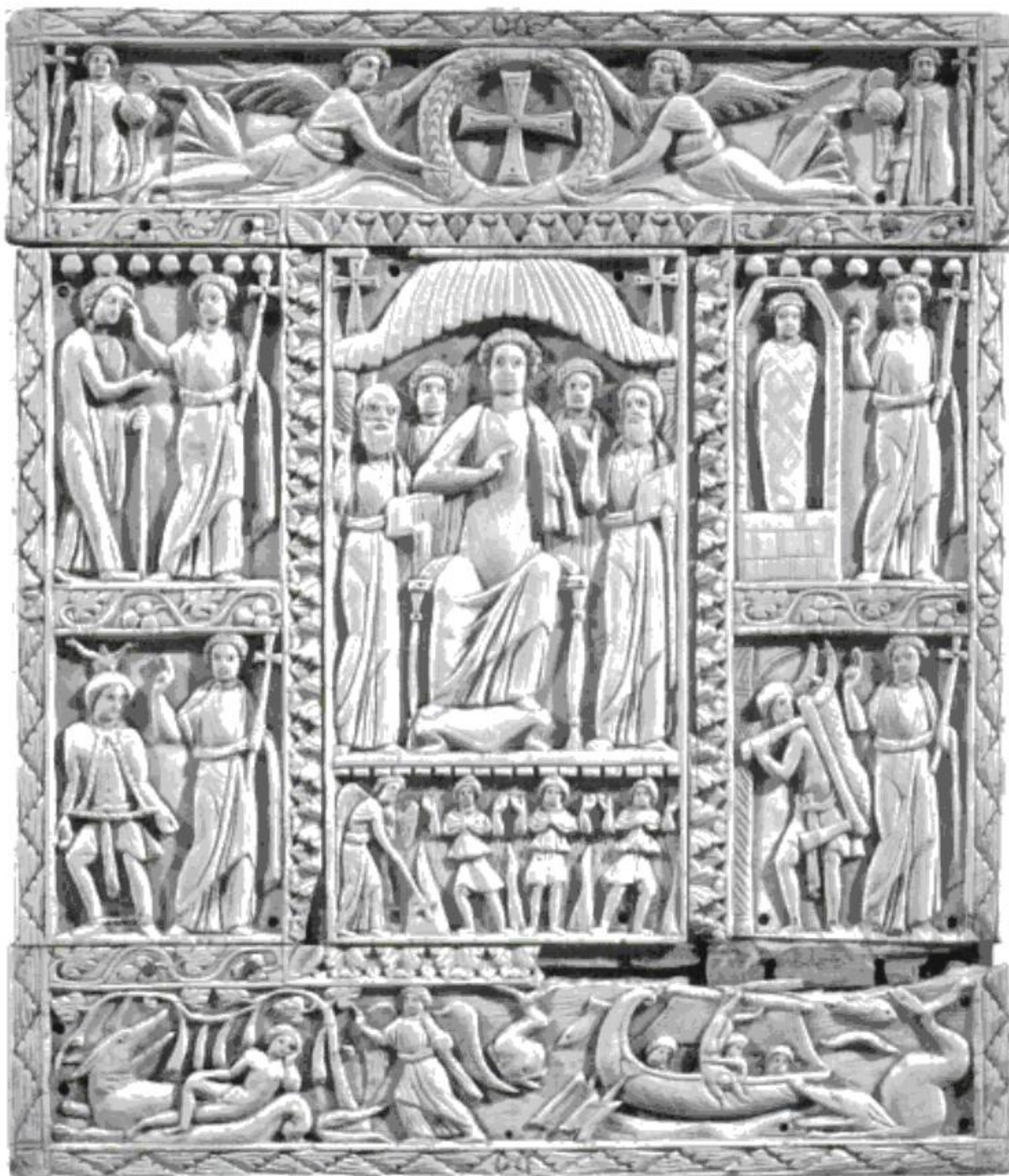
3. EL CRISTO DE LA HISTORIA Y DE LA FE

El cristianismo hace permanente referencia a su fundador, Jesús de Nazaret, hijo de María y de José, que nació en Belén, vivió ocultamente unos treinta años en Nazaret, predicó la cercanía del Reino de los cielos y murió crucificado en Jerusalén.

Los textos a los que debemos referirnos para conocer la vida y la enseñanza de Jesús y las andanzas de los primeros discípulos son los cuatro Evangelios, las Cartas de Pedro, Pablo, Juan y Santiago, los Hechos de los apóstoles y el Apocalipsis. Al mismo tiempo y en diversos lugares se escribieron, también, cartas y evangelios que la Iglesia no consideró fiables y que son conocidos como apócrifos. El Nuevo Testamento, nombre con el que se conoció este conjunto de escritos relacionados directa o indirectamente con los apóstoles, reconocidos como sacros y contrapuestos al Antiguo Testamento, eran leídos en los servicios litúrgicos y constituían el ineludible punto de referencia de las comunidades cristianas.

Desde entonces, los cristianos se han preguntado quién fue en realidad Jesús y si es posible conocerle tal como fue a través de las páginas del Nuevo Testamento. ¿Por qué esta pregunta? Las fuentes que narran esta historia son de naturaleza especial. Ninguna de ellas pretende ofrecer una biografía de Jesús ni son, en realidad, libros estrictamente históricos, sino más bien expresión de la predicación apostólica y de la fe que la sostenía. Pero esto no nos impide afirmar que estas fuentes nos ofrecen verazmente acontecimientos especiales de su vida, dichos y hechos de Jesús, que fundamentaron la predicación sobre él. La predicación apostólica quiso dar expresamente testimonio de que el Jesús terreno de Nazaret era justamente el Cristo predicado, del que viene la salvación eterna para todos los hombres.

En los Evangelios encontramos una serie de conductas, palabras y actitudes que pertenecen indiscutiblemente al Jesús de la



Los cristianos comenzaron muy pronto a expresar su fe en Cristo, en su muerte y resurrección, en formas artísticas originales, representando sus hechos, especialmente los milagros, y episodios del Antiguo Testamento adecuados para reforzar la esperanza de la salvación.

A la izquierda: el llamado «díptico de Murano», marfil del siglo V de arte copto, quizás portada de un evangelio. En él aparece Cristo en el trono en actitud de maestro, rodeado de dos ángeles y dos apóstoles. A los lados, algunos milagros: la curación del ciego, la liberación del endemoniado, la resurrección de Lázaro y la curación del paralítico. Debajo, otros dos motivos predilectos de los primeros cristianos: los tres jóvenes en el horno y la historia de Jonás.

En la página siguiente, abajo: detalle de un sarcófago paleocristiano con una representación simbólica de la resurrección de Jesús.

Cristo representado como el sol triunfante con los atributos de Apolo, la cuadriga y los caballos, en un mosaico del siglo III o IV.

historia, al Jesús que vivió y murió en Palestina al inicio de nuestra era, y todas ellas revelan una sorprendente y nítida concepción de su misión y de sus posibilidades. No cabe duda de que tenemos un suficiente acceso al hombre Jesús, a través de su conducta, sus actitudes y el significado de su predicación.

A orillas del lago de Tiberíades Jesús eligió a sus apóstoles y comenzó su predicación anunciando la venida del Reino y la paternidad de Dios y proclamando las bienaventuranzas, programa de la humanidad nueva. La ley suprema de la religión por Él revelada es el incondicional amor a Dios y un amor al prójimo que abarca a los hombres de toda raza y condición. Él enseñaba con autoridad, no como los escribas, y confirmaba su enseñanza con milagros y, al mismo tiempo, exigía el seguimiento sin condiciones: el que quiera ser su discípulo, tiene que aborrecer su propia vida, abandonar a su padre y a su madre, no mirar hacia atrás, seguirle libre de toda atadura.

Sus discípulos constituyeron una nueva comunidad religiosa. Es Jesús quien llama «mi Iglesia» a esta comunidad y dedica buena parte de su tiempo y su acción a la preparación de esta Iglesia, sobre todo a través de la elección y formación de los doce apóstoles, a quienes enseña con esmero porque ellos han de recibir y continuar la misión que a Él le confió el Padre del cielo: «Como el Padre me ha enviado a mí, así yo os envío a vosotros».

Su última subida a Jerusalén resultó ser el camino hacia la muerte en la cruz. Parecía que esta muerte aniquilaba las pretensiones de su predicación y vaciaba de sentido la comunidad por Él fundada, pero Dios le glorificó y al tercer día le resucitó.

El mensaje apostólico está dominado por el acontecimiento pascual, la muerte, resurrección y exaltación del Señor, quedando en segundo término, para una reflexión posterior de la comunidad cristiana la preexistencia del Verbo —Evangelio de san Juan— o el desarrollo de la cristología —Cartas de san Pablo— y la misma espera ansiosa de la parusía. El plan salvífico de Dios es el tema que une y da continuidad a la doctrina y la vida de Cristo; esta proclamación de la salvación de Dios, expresivo resumen del Evangelio, es al mismo tiempo una llamada a la conversión de los creyentes dentro y por la Iglesia.

En todo pregón o mensaje apostólico encontraremos tres partes diferenciadas: un hecho de vida, como puede ser la curación del mendigo paralítico, la presentación de los discípulos ante el tribunal judío o un recorrido de Pablo por Atenas. Después viene el núcleo central, que constituye el anuncio propiamente dicho: el misterio de Cristo; y concluye con una llamada a la conversión de



fe y de vida, que consiste en aceptar personalmente la salvación de Dios por Jesucristo el Señor.

El enunciado básico de esta predicación era el siguiente: Jesús Hijo de Dios, muerto y resucitado por nosotros, ha sido constituido por el Padre como Señor y Juez de vivos y muertos; Él es la salvación de Dios para quien le acepta mediante una conversión de fe.



4. EL NACIMIENTO DE LA IGLESIA



A la izquierda: la venida del Espíritu Santo, representada en un evangelio sirio del siglo VI. Aunque en el libro de los Hechos de los apóstoles no se hable de la presencia de María, la tradición cristiana asoció desde el principio Pentecostés con la Madre de Jesús, que recibió el Espíritu Santo junto con los apóstoles, lo mismo que participó en todos los momentos fundamentales de la Iglesia.

A la derecha: sarcófago paleocristiano que representa a Cristo rodeado de los apóstoles; a su lado están las dos columnas de la Iglesia primitiva, Pedro y Pablo. Los apóstoles son los testigos de la vida, de los hechos y de las palabras de Jesús. Ellos han recibido, junto con su enseñanza, la tarea de llevar su mensaje a todo el mundo.



En el mapa grande, arriba: las primeras comunidades cristianas y los viajes misioneros de san Pablo. Él fue el primer evangelizador del área mediterránea y se sintió llamado sobre todo a la conversión de los paganos. Su actividad y sus escritos fueron fundamentales para la primera difusión del cristianismo; pero también otros apóstoles y discípulos recorrían el Imperio predicando.

A la derecha: efigie del apóstol Pablo en un mosaico de Ravena.

En el mapa pequeño, a la derecha: la procedencia de los «helenistas», convertidos al cristianismo, que practicaban una evangelización fervorosa y radical, y que soportaban a disgusto la disciplina impuesta por la comunidad de Jerusalén. Los «helenistas», procedentes principalmente de los ambientes acentuadamente impregnados de



cultura griega de la diáspora judía, defendían la necesidad de una predicación entusiasta y mostraban gran aversión hacia los fariseos y hacia el Templo de Jerusalén, ante el que los Doce mantenían una actitud prudente. Los discursos provocadores de Esteban, uno de los dirigentes de los helenistas, contra el Templo ocasionaron su condena a muerte, convirtiéndose en el primer mártir cristiano.



LA COMUNIDAD DE PABLO DE TARSO

E C C L E S I A

COMUNIDAD

OBISPO

En la comunidad de Pablo, donde no existe aún una jerarquía y las diversas tareas están unas junto a otras en un plano de igualdad, se tiende, no obstante, a destacar ya la figura del obispo. Para Ignacio, la Iglesia se reúne en torno al obispo, que es el jefe absoluto de la comunidad y el garante de sus actos. La comunión entre el obispo, los presbíteros y los diáconos es el fundamento de la jerarquía, que se convierte en el alma de la Iglesia.

LA COMUNIDAD DE IGNACIO DE ANTIOQUÍA

COMUNIDAD

DIÁCONOS
PRESBÍTEROS

OBISPO

4. EL NACIMIENTO DE LA IGLESIA

Lucas, unos cincuenta años después de sucedidos los acontecimientos y después de redactar su Evangelio, escribió los Hechos de los apóstoles, donde narra la historia de los primeros años de la Iglesia. En el día de Pentecostés, estando todos reunidos en el mismo lugar, se oyeron ruidos extraños, aparecieron como lenguas de fuego, y dividiéndose sobre cada uno de los asistentes, se llenaron todos de Espíritu Santo y comenzaron a hablar diversas lenguas, de forma que gentes de todos los orígenes eran capaces de comprenderles. Todas estas imágenes recuerdan el acontecimiento del Sinaí, dando a entender que se trataba de una nueva alianza con este nuevo pueblo de Dios reunido en oración, en la espera del Reino de los cielos anunciado por Jesús. Se trataba de la llegada del «prometido del Padre» acompañada por sucesos extraordinarios.

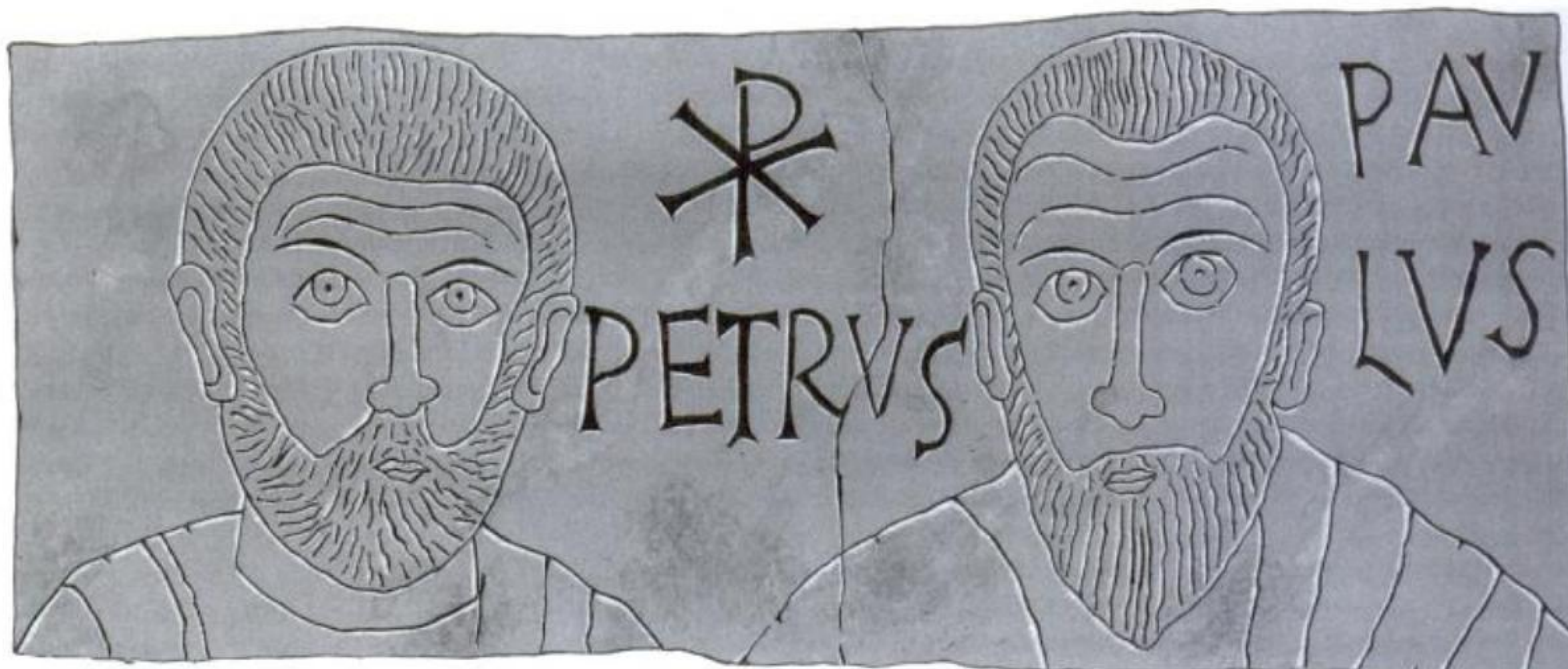
Pedro anunció al pueblo que Jesús era el Señor, que había sido crucificado, había resucitado y ascendido a los cielos. Se multiplicaron las conversiones y la multitud de los creyentes formaba «un solo corazón y una sola alma» (He 4,32). Entre los nuevos creyentes debemos distinguir por su diversa procedencia, los «judeo-cristianos», los del primer momento, los «cristiano-helenistas», también judíos pero de la diáspora, es decir, que vivían fuera de las tierras de Israel, y los cristianos convertidos directamente del paganismo.

Con la multiplicación de las conversiones se dificultó la acción caritativa y asistencial de los apóstoles, muy importante desde el

primer momento. Los helenistas se quejaron porque sus viudas no eran suficientemente atendidas y los apóstoles propusieron elegir siete diáconos, todos con nombres griegos, que se dedicasen fundamentalmente a las obras de caridad, dado que ellos no debían «desatender el mensaje de Dios por servir a la mesa». Los Doce les impusieron las manos y rezaron. Desde entonces hasta nuestros días, la ordenación de obispos, sacerdotes y diáconos consta del rito de imposición de las manos y de la oración consagratória. Esteban y Felipe estaban entre los siete. Poco después Esteban fue lapidado por los judíos, convirtiéndose en el primer mártir cristiano. La dispersión de los fieles provocada por la persecución favoreció la expansión de la nueva doctrina.

Santiago el Menor, hijo de Alfeo (Mt 10,3), fue el guía de la primera comunidad de Jerusalén. Pablo lo considera como una de las columnas de la Iglesia primitiva (Gál 2,9). Hacia el año 62 el sumo sacerdote Ananías lo hizo lapidar.

Pablo de Tarso, fariseo de formación conservadora, no conoció personalmente a Jesús pero persiguió con pasión a sus discípulos hasta que se encontró con el Señor resucitado en el camino de Damasco adonde iba con el fin de apresar algunos cristianos. Predicó y fundó comunidades a lo largo del Mediterráneo, les escribió cartas para dirigirles y confirmarlas en la fe, y envió discípulos que dirigieron estas primeras comunidades. La sorprendente actividad de Pablo resultó determinante en la conformación de la



doctrina y en la organización de numerosas comunidades. Pedro, por su parte, aparece como el primer testigo de la fe pascual y como el referente principal en los acontecimientos narrados en el Nuevo Testamento. Pablo asumió su papel de desvincular la Iglesia de Cristo de los angostos límites del judaísmo y de Palestina. Por este motivo se enfrentó a los judíos, que exigían para salvarse a los cristianos convertidos del paganismo, además del bautismo la circuncisión y someterse a las prescripciones del Antiguo Testamento. Pablo se enfrentó, también, a Pedro por este motivo (Gál 2,11).

El llamado concilio de Jerusalén o de los Apóstoles se pronunció contra esta pretensión. Se trataba, en realidad, de un tema fundamental: decidir si el cristianismo era una religión universal, para todos los pueblos, fundamentada exclusivamente en la persona de Cristo, o si se reducía a una variante de la religión judía. El rechazo de las obligaciones de la ley mosaica manifestó la ruptura entre la Iglesia y la Sinagoga. Jesús representaba la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de las promesas, el Mesías anunciado. Para muchos, resultaba difícil y doloroso aceptar esto y, al mismo tiempo, abandonar los preceptos que habían marcado durante siglos la vida ritual de los judíos. La novedad del cristianismo estaba en que para ser cristiano era necesaria y suficiente la fe en Cristo Salvador.

En el año 70, la destrucción de Jerusalén y de su templo y la consiguiente emigración, forzaron y favorecieron aún más el universalismo cristiano. De hecho, todavía en vida de los apóstoles encontramos comunidades cristianas asentadas en un radio que va desde Siria hasta la península Ibérica y algunas tradiciones señalan la temprana predicación en Edesa e, incluso, en la India.

Hacia el año 67 Pedro y Pablo sufrieron el martirio en Roma. Dos basílicas colosales en esta ciudad nos recuerdan su martirio y la importancia de su actuación en la implantación del cristianismo.



Arriba: lipsanoteca (cofrete para reliquias) de marfil, del siglo IV.

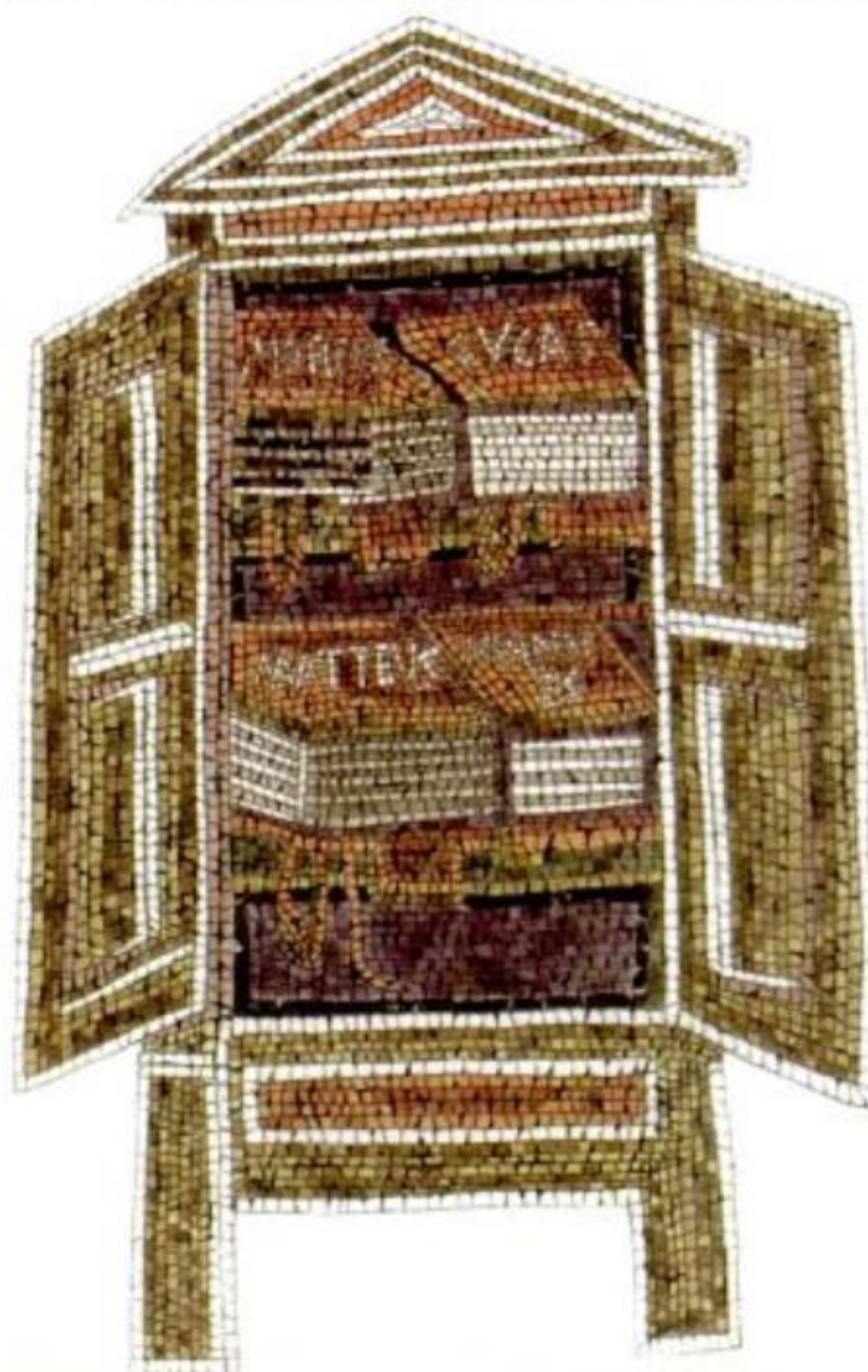
En el centro, Cristo, sosteniendo un rótulo abierto, enseña a los apóstoles. Los otros paneles ilustran escenas de ambos Testamentos. En la franja superior, medallones con retratos de Jesús y los apóstoles.

Cristo está representado como un adolescente imberbe, con rasgos de un antiguo efebo. Para los primeros cristianos, de formación clásica, Dios encarnado era el hombre ideal. Su juventud significa que él no está sometido al paso del tiempo. Es el *logos* encarnado.

La autoridad de los apóstoles procede de la elección de Jesús y del hecho de haber sido testigos directos de los acontecimientos de la vida de Cristo y haber escuchado sus palabras desde el comienzo de la vida pública hasta la resurrección.

En la página anterior: grafito de una losa sepulcral procedente de las catacumbas romanas, con los apóstoles Pedro y Pablo, que con frecuencia se encuentran representados juntos. El primero es la «piedra» sobre la que Cristo edificó su Iglesia; el segundo, el más grande evangelizador y escritor incansable, que puso las bases de la doctrina cristiana.

5. LOS INICIOS DE UNA FE



A la izquierda: los cuatro Evangelios, colocados en las baldas de un armario abierto, en este espléndido mosaico de Ravenna, detalle de un luneto que representa a san Lorenzo, a quien, como diácono, se le habían encomendado las Sagradas Escrituras.

En la página siguiente: uno de los tapices del siglo XIV, de la serie del «Apocalipsis de Angers»: Juan oye una voz que le ordena escribir sus visiones en un libro y enviarlo a las siete Iglesias de Asia Menor, es decir, a las comunidades de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea, representadas simbólicamente como edificios.

En los mapas: los lugares y fechas de origen de las Sagradas Escrituras, y la isla de Patmos, donde Juan tuvo las visiones descritas en el Apocalipsis.



LAS SAGRADAS ESCRITURAS

El cristianismo, nacido en el seno del judaísmo, acogió las Escrituras del Antiguo Testamento, pero bien pronto comenzó a elaborar las suyas propias. Los textos servían, ante todo, para el anuncio de la pasión y resurrección de Jesús y experimentaron un fuerte incremento con la obra de san Pablo. Poco después de mediados del siglo I se escribieron los textos más importantes del Nuevo Testamento.

Por sus géneros literarios, este se divide en tres grupos: narrativo, epistolar y profético. Al primer grupo pertenecen los cuatro Evangelios canónicos:

El Evangelio según san Mateo, el más antiguo, escrito en Jerusalén tal vez en los años 45-60, en arameo, la lengua hablada por los judíos de aquel tiempo. El original se perdió, mientras que el texto de Mateo nos ha llegado a través de una versión realizada hacia el año 70 por un autor desconocido.

El Evangelio según san Marcos, escrito probablemente en Italia, bajo la influencia de Pedro, casi seguramente antes del año 70.

El Evangelio según san Lucas, de origen antioqueno o, según otros, macedonio. Lucas, según muchos testimonios, era médico y fue discípulo de san Pablo. Según Ireneo, Lucas escribió

efectivamente el Evangelio predicado por Pablo. Lucas fue también autor del libro de los Hechos de los apóstoles, escrito quizás en Roma después del año 63, cuando llegó allí san Pablo y Lucas terminaba su narración.

El Evangelio según san Juan, sobre cuya fecha de composición existe gran incertidumbre, aunque la mayoría lo considera escrito entre los años 90 y 100.

Al segundo grupo pertenecen las Cartas. El *corpus* de las 14 Cartas de san Pablo o atribuidas a él: a los Romanos, 1ª y 2ª a los Corintios, a los Gálatas, a los Efesios, a los Filipenses, a los Colosenses, 1ª y 2ª a los Tesalonicenses, 1ª y 2ª a Timoteo, a Tito, a Filemón y a los Hebreos. A estas se añaden las Cartas de Santiago,

1ª y 2ª de san Pedro, 1ª, 2ª y 3ª de san Juan y la Carta de san Judas.

Al tercer grupo pertenece el Apocalipsis de san

Juan. El Apocalipsis, escrito en griego, contiene muchos elementos judíos; sus citas directas e indirectas están tomadas todas ellas del Antiguo Testamento.

Se han identificado dos componentes llamados texto I y texto II.

El texto I se escribió quizás para animar a los cristianos supervivientes después de la primera ola de persecuciones bajo Nerón (64); el texto II, en la época de la segunda gran ola de exterminio, en el 95, bajo Domiciano. El Apocalipsis, resultado de la fusión de ambos textos, se habría presentado a los cristianos de finales del siglo I como una llamada a la esperanza en Dios. Texto histórico y alegórico al mismo tiempo, tuvo también gran difusión en la Edad media.



TRADUCCIONES DE LA BIBLIA

Salvo algunas excepciones en arameo y griego, la lengua del Antiguo Testamento es el hebreo. Su versión antigua más célebre es la grecoalejandrina, llamada «de los LXX» porque, según la tradición, fue realizada en Alejandría de Egipto por 72 traductores en el siglo II a.C. Otra traducción es la famosa *Héxapla*, la monumental obra de Orígenes, quien la compuso entre el año 228 y el 240 d.C.

El gran filólogo alejandrino dispuso todo el Antiguo Testamento en unas 6.500 páginas, a seis columnas, de las cuales la primera ofrecía el original hebreo con caracteres hebreos, la segunda el texto hebreo con caracteres griegos, y las otras cuatro daban, en este orden, las versiones de Aquila, Símmaco, los Setenta y Teodoción. El manuscrito se conservaba en la biblioteca de Cesarea y fue consultado, entre otros, por Eusebio y san Jerónimo. Su desaparición está relacionada probablemente con la ocupación árabe del siglo VII.

Del año 150 d.C. es una de las primeras versiones sistemáticas latinas del texto griego, llamada «Vetus Latina» o «Itala», recomendada por san Agustín.

En el año 383 y en el 392, Jerónimo, encargado por el papa Dámaso, publicó dos sucesivas revisiones de los Salmos en latín, corrigiendo la versión Itala, adoptadas inmediatamente por la Iglesia romana con el nombre de Salterio romano. Antes del año 420 Jerónimo publicó la «Vulgata» (*Editio*

Vulgata), versión integral de la Biblia del original hebreo, traducción de insuperable maestría y de gran valor literario.

La expresión «Vulgata», atribuida ya por san Jerónimo a la versión griega «de los Setenta», fue retomada en la Edad media por Roger Bacon aplicada a la obra de Jerónimo, confirmada por Erasmo de Rotterdam al principio del siglo XVI y consagrada oficialmente en 1546 por el concilio de Trento, que declaró la versión de Jerónimo como «auténtica».

Sobre la Vulgata se fundaron las antiguas traducciones a las lenguas «vulgares», como la inglesa de John Wyclif, en el siglo XIV. En 1590 el papa Sixto V mandó publicar una revisión (*Vulgata Sixtina*) que le devolvió su antiguo estilo después de siglos de transcripciones y reediciones. Lo mismo hizo su sucesor Clemente VIII (*Biblia Clementina*).

Una versión que tuvo mucha importancia fue la redactada en lengua gótica del texto griego por Ulfilas, obispo arriano de los godos del bajo Danubio (alrededor del año 311-383). De ella quedan diversos manuscritos incompletos, redactados probablemente en la época de la dominación ostrogoda en Italia. El más importante (187 hojas) es el llamado «Codex argenteus» de Upsala. Ulfilas fue el principal instrumento para la conversión al cristianismo de los pueblos germánicos. Su lengua, el gótico, el más antiguo idioma germánico que conocemos, no era, sin embargo, la lengua hablada por todos los teuto-

nes del siglo VI. Según el testimonio del historiador Procopio, era la lengua que hablaban los ostrogodos, los visigodos, los vándalos y los gépidos.

La versión moderna más célebre es la Biblia de Lutero. El gran reformador alemán quiso dar a su pueblo el libro fundamental del cristianismo en un lenguaje cercano a su modo de sentir. Antes de la versión de Lutero existían en Alemania nada menos que 14 versiones en alto alemán y 3 en bajo alemán, todas ellas escritas entre 1466 y 1522. Lutero no tomó nada de la Vulgata, sino que partió del texto hebreo y griego revisado en 1516 por Erasmo de Rotterdam. Lutero usó para su obra capital un estilo próximo a la sensibilidad alemana de la época. Como escribió en el *Mensaje sobre la traducción*: «no hay que preguntarse cómo se debe decir en alemán el escrito latino, sino que se debe interrogar a la madre que está en casa, a los niños de la calle, al hombre del pueblo en el mercado...». Esta obra monumental vio la luz definitivamente en Wittenberg, en 1534.

En Inglaterra, Enrique VIII mandó publicar la más conocida de las versiones inglesas, la «Great Bible».

A mediados del siglo XVI, los protestantes ingleses, exiliados en Ginebra durante el reinado de la católica María, publicaron la «Genevan Bible», que repetía la lección protestante publicada en 1540 por Nicolás Malingre en colaboración con Calvino.

5. LOS INICIOS DE UNA FE

Los predicadores que anunciaban la nueva fe no lo hacían de manera anárquica, cada uno a su modo, sino que se atenían a ciertas pautas y formas de presentarla bastante comunes. Evidentemente, los públicos variaban. No era lo mismo que hablaran a un público judío, egipcio o grecorromano. Por eso observamos que tales «resúmenes» o esquemas, manteniendo los puntos básicos comunes a todos, contienen matices diferentes referidos a la situación religiosa y a la formación cultural del público concreto al que hablaban.

Ya san Pablo, en su discurso en el Areópago utilizó conceptos filosóficos para predicar el mensaje revelado por Cristo. La teo-



Una página de la Biblia griega, de mediados del siglo IV, llamada «Códice vaticano B», uno de los pocos de época antiquísima que han conservado casi íntegro el texto griego de la Biblia.

La mano de san Lucas, en un relicario medieval, sostiene la pluma con la que escribió su Evangelio.



logía nace desde el momento en que se intenta expresar y comprender lo que Dios nos dice con conceptos y reflexiones propias de las diferentes culturas y filosofías. Naturalmente, el peligro consistía en desnaturalizar el mensaje revelado, convirtiéndolo en una filosofía o en un ejercicio dialéctico. Por esto era necesario tener muy claro el contenido de lo que Dios había querido revelar en Jesús.

Con el fin de conseguirlo, poco a poco fueron apareciendo escritos bajo la forma de cartas, evangelios y apocalipsis. Trataban de mantener la doctrina de Jesús en su integridad. Habían sido escritos por los apóstoles o por escritores garantizados por ellos. Mateo y Juan eran apóstoles, Marcos era discípulo de Pedro y Lucas pertenecía al círculo de Pablo y escribió lo que Pablo predicaba. Se escribieron, también, otras muchas narraciones que las comunidades consideraron apócrifas, es decir, que no tenían la garantía ni la autoridad de la predicación apostólica.

Esto nos plantea la pregunta sobre el motivo por el que unos escritos fueron aceptados y otros no. Las diversas comunidades discutieron mucho sobre esta cuestión y llegaron poco a poco al convencimiento de que el contenido de sólo unos cuantos escritos (los

A la derecha: el Rostro de Cristo, impreso en el lienzo con el que la Verónica le enjugó el sudor camino del Calvario, ha llegado a ser en Occidente lo que para Oriente era la imagen de Cristo llamada *mandylion* o *aquiropoeta*, es decir, no hecha por manos humanas, el primer icono por excelencia.

En la otra página, abajo: los dos testigos del Apocalipsis, enviados por Cristo a profetizar, de un *Comentario al Apocalipsis* del siglo X.

que van a ser considerados «canónicos») correspondía en su integridad al testimonio fiel de la predicación apostólica. Tengamos en cuenta que, en esas primeras generaciones, la transmisión de las palabras del Señor seguía siendo en gran parte oral, con la autoridad que tenían los predicadores que habían conocido personalmente a los apóstoles.

Los escritos del Nuevo Testamento representaban una estabilidad que los preservaba del permanente peligro de adulteración, pero esto no significó que la tradición oral perdiese importancia. Por el contrario, escritos y tradición oral se apoyaron mutuamente y confirmaron la autoridad de ambos.

Al mismo tiempo que se consolidaba el cuerpo doctrinal, las comunidades cristianas adquirían una organización bien estructurada. En la Iglesia, desde el primer momento los apóstoles tuvieron conciencia de su autoridad y la ejercieron tanto en el campo doctrinal como en el pastoral y de jurisdicción.

Podemos distinguir tres etapas en la evolución de la organización de la Iglesia durante el primer siglo: la época de la comunidad primitiva de Jerusalén (30-43), la época apostólica (43-65 aproximadamente) y la de los evangelizadores y pastores (65-95).

En las diversas comunidades, los apóstoles nombraban a sus representantes mediante la imposición de las manos y los investían con su propia autoridad, pero la organización de las comunidades dependió de los lugares y del apóstol que las fundaba. En la primera época nos encontramos con «los Doce» y «el grupo de los Siete». Los Doce aún no son llamados apóstoles, al menos, de manera exclusiva, y el empeño en conservar ese número es una referencia a las doce tribus de Israel. Los Doce constituyen el sacerdocio de la Nueva Ley, una participación del sacerdocio de Cristo que es el único y verdadero sacerdote.

La conversión de los «helenistas», más ricos y cultos, lleva a la



elección de unos auxiliares, diáconos, para realizar determinadas tareas materiales. En la segunda época se habla de «apóstoles» (enviados, misioneros) para referirse a los predicadores de la cuenca mediterránea. «Profetas» eran los que predicaban en las asambleas litúrgicas, y «maestros» o «doctores» se ocupaban de la enseñanza. Esta organización, típica de la Iglesia de Antioquía no era la única de las existentes, ya que existían otras tradiciones en Éfeso, en Roma y en otros lugares. La tercera época constituye el momento de la consolidación de las comunidades. Los diáconos aparecen por primera vez, más allá de los siete primeros, en la comunidad de Éfeso, y los «presbíteros» a veces son denominados «episkopos». Había Iglesias dirigidas por un colegio de presbíteros y otras gobernadas por un solo obispo.

Al final del siglo I el nombre y título de obispo quedó reservado al que regía de forma monárquica la comunidad. Toda la vida de la comunidad (bautismo, penitencia, eucaristía, admisión y exclusión de la Iglesia) estaba bajo su dirección. En los primeros tiempos, cada comunidad tenía su propio obispo. Los presbíteros eran sus ayudantes tanto en la enseñanza como en el culto. Los diáconos y las diaconisas completaban la organización.

6. DE LA CASA PRIVADA A LA BASÍLICA



El Buen Pastor. Reproducción de una losa grabada en el siglo III, de las catacumbas de Sousse, en Túnez. Este motivo, especialmente querido para los primeros cristianos, expresa estupendamente la idea de Cristo como Pastor universal que cuida del rebaño humano.



La difusión del cristianismo en los siglos III, IV y V

- ✚ Patriarcados
- ✚ Primados (en Occidente) y exarcados (en Oriente)
- Comunidades cristianas



A la izquierda: una pila bautismal del siglo VI, concebida como una pequeña piscina, con escaleras para descender al agua. En los primeros siglos, el sacramento del bautismo, por el que el individuo pasa a formar parte del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia, se administraba sumergiendo al candidato en el agua. Prácticas semejantes se habían practicado en la secta judía de los esenios, que realizaban frecuentes abluciones rituales para el perdón de los pecados. También en otras civilizaciones existen ritos de iniciación que atestiguan la creencia en un poder purificador del agua.

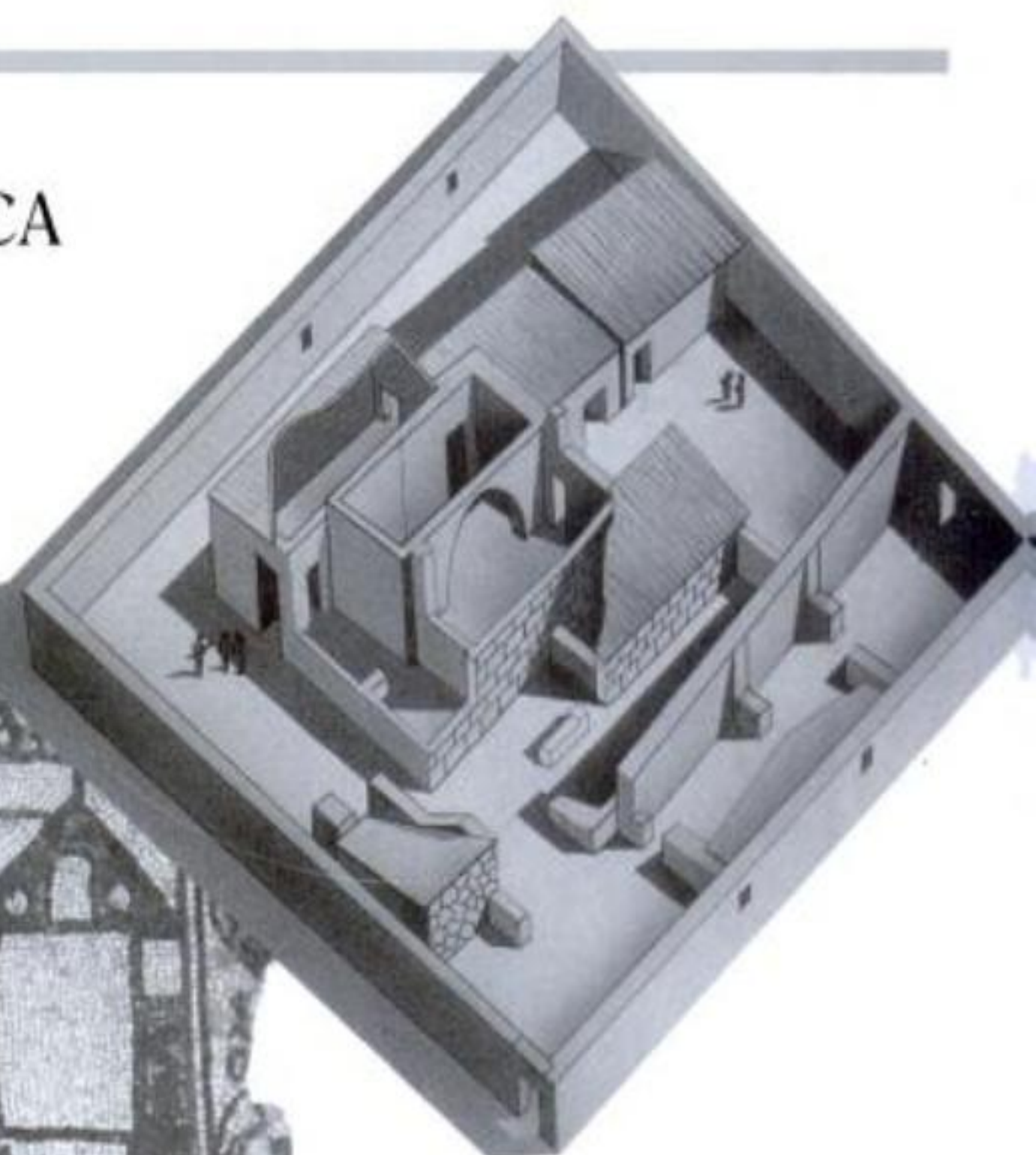


Arriba: en las catacumbas, las sepulturas de las personas más acomodadas se decoraban frecuentemente con motivos bíblicos que expresaban la esperanza en la salvación; otras veces se representaba al difunto en actitud orante (cámara sepulcral) de las catacumbas de Priscila, en Roma. Representa a la difunta evocando los momentos más importantes de su vida de esposa y madre: a la izquierda un obispo celebra su matrimonio, mientras a la derecha aparece, en una imagen de conmovedora frescura, como joven madre con su hijito en brazos.

A la derecha: el arte paleocristiano abunda en símbolos que expresan la fe en el más allá y la esperanza en la salvación del alma. La losa sepulcral de «Firmia Victoria, que vivió 65 años», presenta los símbolos de la nave, o sea, el alma, que se dirige hacia un faro, es decir, la fe, que la conducirá hasta el puerto del paraíso. En el mosaico, el ancla, símbolo de la salvación, y el pez, que representa a Jesucristo, según un acróstico de la palabra griega que significa *ikthys*, cuyas letras corresponden a las iniciales de *Iesous Khristos Theou Hyos Soter* = Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.



6. DE LA CASA PRIVADA A LA BASÍLICA



Desde el principio los cristianos insistieron en la necesidad de una conversión íntegra, completa, de los candidatos a ser miembros de la Iglesia. El sacramento del bautismo no podía concederse a un sujeto mal dispuesto o a quien la fe no hubiera transformado en profundidad. Para ser admitido al bautismo resultaba imprescindible cumplir tres requisitos: el pesar y el arrepentimiento de los pecados, porque el bautismo es un «baño para la remisión de los pecados». La fe en la Iglesia como maestra de verdad: todo lo que ella enseña, todo lo que ella dice, debe ser aceptado como verdadero. Esta exigencia suponía evidentemente una seria enseñanza anterior. Así se comprende la importancia del catecumenado que duraba tres años. Finalmente, se exigía una vida transformada, ya que había que asegurarse de que el candidato era capaz de vivir de acuerdo a la doctrina y modelo de vida de Jesús.

A comienzos del siglo III algunas ceremonias acompañaban el rito del bautismo: la imposición del signo de la cruz, la renuncia al demonio, exorcismos, la promesa de fidelidad a Cristo y la unción con el «óleo de acción de gracias».

La fe cristiana implicaba a todo el ser humano, tanto en sus relaciones con Dios como en su trato con los hermanos. El apologeta Teófilo describía a los creyentes así: «entre ellos se halla el sabio autodomínio, se ejercita la morigeración, se observa la monogamia, se mantiene la castidad, se elimina la injusticia, se extirpa el pecado en su raíz, se practica la justicia, se observa la ley, se demuestra la piedad con los frutos, se considera la verdad como la cosa suprema». Este comportamiento implicaba una intensa vida religiosa, pero los cristianos no tenían ni templos, ni sacrificios de animales, ni siquiera un sacerdocio comparable al judío o al pagano. Por esta razón, los paganos les consideraban

ateos. En realidad, la explicación la encontramos en la conversación de Jesús con la samaritana al borde de un pozo de agua tal como la describe san Juan: «Pero se acerca la hora, o mejor dicho, ha llegado, en que los que dan culto auténtico darán culto al Padre en espíritu y verdad, pues de hecho el Padre busca hombres que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran han de dar culto en espíritu y verdad» (Jn 4,23-24).

Los cristianos sabían que aunque no tuvieran solemnidades religiosas ni celebraciones culturales impresionantes, ellos eran «los auténticos adoradores» de Dios, pues toda la vida y las humildes reuniones fraternas en las que celebraban «la cena del Señor» o el bautismo de nuevos adeptos, constituían un culto verdadero a Dios.

Así como los judíos se reunían los sábados en las sinagogas, los cristianos comenzaron a reunirse los domingos —el día de la resurrección del Señor— para celebrar la eucaristía, la bendición del cáliz y la fracción del pan, acompañada de oraciones que expresaban su agradecimiento por la creación y la redención. Esta celebración se convirtió en el centro de la nueva vida religiosa. Se trataba de la expresión sensible de la unidad de la comunidad: «Como hay un solo pan, aun siendo muchos formamos un solo cuerpo, pues todos y cada uno participamos de ese único pan» (1Cor 10,17). Esta celebración venía precedida, a imitación de la sinagoga, de la lectura de textos bíblicos y de la homilía del sacerdote. Se distribuía la comunión bajo las dos especies, y ya Tertuliano da a entender que era costumbre recibirla en ayunas.

La Iglesia primitiva exigía mantener la pureza bautismal de manera «sacra e inviolable», por lo que eran muy severos con los

pecadores. No obstante, sólo algunos obispos llevaban su rigorismo hasta el extremo de excluir definitivamente de la Iglesia a quienes habían cometido los llamados «pecados capitales». La penitencia eclesiástica para el cristiano que había pecado gravemente constituía la ocasión de reintegrarse en la comunidad.

Los pecados graves (especialmente la apostasía, el asesinato y el adulterio) exigían una confesión y una penitencia pública. Los pecadores públicos no recibían la eucaristía. La reconciliación con la Iglesia tenía lugar el Jueves Santo, generalmente después de una larga penitencia, que, a veces, llegaba hasta el momento de la muerte.

Los días de ayuno eran los miércoles y los viernes. Se trataba de identificarse con el Señor que sufre. El ayuno se ha mantenido como una devoción y un instrumento de penitencia en la comunidad cristiana de manera ininterrumpida hasta nuestros días.

No disponían de locales particulares para sus congregaciones religiosas, por lo que se reunían en casas privadas, en habitaciones suficientemente amplias para acogerles. Desde comienzos del siglo III se empezó a constituir una propiedad eclesiástica que

englobaba los lugares de culto y los cementerios. La casa-iglesia fue el lugar más común antes de la paz de Constantino; después fue sustituida por el edificio basilical, de plano uniforme, heredado de la arquitectura civil de Roma y que se convirtió en el estilo característico de la arquitectura cristiana.

El desarrollo del arte figurativo se produjo al mismo tiempo que se construían iglesias y se instalaban necrópolis subterráneas, de las cuales merecen destacarse por su importancia y estado de conservación las catacumbas de Roma. La producción artística está representada por sarcófagos esculpidos y por las pinturas de las catacumbas. Abundaban las figuras de orantes, del Buen Pastor, de pescadores, y motivos simbólicos: la paloma, el ancla, la barca, el pez. Encontramos, también, escenas con las figuras de Jonás, Noé, Daniel y el foso de los leones, Lázaro y otros milagros. Todas servían para ilustrar la confianza del cristiano en el poder salvador de Cristo. La escena del bautismo de Jesús y las representaciones de la cena simbolizaban los sacramentos.

La fiesta de Pascua sustituyó el *Pesah* judío, recuerdo de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, y mantuvo viva la memoria de la muerte y resurrección de Cristo.

En la página anterior: reconstrucción de una casa privada hallada en Cafarnaún, destinada al culto cristiano ya en el siglo I y considerada como la casa de Pedro; y mosaico que representa una basílica paleocristiana. La inscripción *Ecclesia mater* traduce la idea antiquísima de que la Iglesia cuida de sus hijos como una madre.

Abajo: escena de ágape, relieve sobre la cubierta de un sarcófago cristiano del siglo III. Siguiendo la antigua costumbre pagana de conmemorar a los difuntos banqueteeando o haciendo libaciones sobre sus tumbas, los cristianos se reunían en las catacumbas o en casas privadas para honrar a sus muertos celebrando una cena eucarística.



7. PRIMERAS HEREJÍAS Y VÍNCULOS ENTRE LAS IGLESIAS

4 d.C.	PUBLIO OVIDIO NASÓN: <i>Arte de amar</i> y <i>Metamorfosis</i>
12	HIGENIO publica el <i>Libro de fábulas</i> , compendio de mitología
17	Muere el geógrafo ESTRABÓN, autor de una <i>Geografía</i> en 17 libros (el III describe Iberia)
20 ca.	Muere TITO LIVIO, el mayor historiador latino, autor de la obra en 142 volúmenes <i>Ab urbe condita</i>
25 ca.	Actividad de FEDRO, el mayor fabulista latino
30	AULO CORNELIO CELSO publica <i>De re medica</i>
40	POMPONIO MELA escribe el manual <i>Corografía</i>
40	QUINTO CURCIO RUFO escribe, en diez libros, la <i>Vida de Alejandro</i>
41 ca.	J. MODERATO COLUMELA escribe <i>Sobre la agricultura</i>
41	SÉNECA escribe <i>Naturales quaestiones</i>
41	SÉNECA escribe <i>Apocolocyntosis</i> , pequeño poema satírico
50 ca.	PABLO de Tarso, 1ª y 2ª Carta a los Tesalonicenses
54	PABLO, 1ª y 2ª Carta a los Corintios, a los Gálatas y a los Romanos
62	Muere el poeta AULO PERSIO FLACO
65	Suicidio de L. ANNEO SÉNECA y M. ANNEO LUCANO
66	Suicidio de CAYO PETRONIO ARBITRO, autor del <i>Satiricón</i> , primera novela latina
70 ca.	Cesa la actividad de la secta de los esenios, los <i>Manuscritos del mar Muerto</i> se encierran en las grutas de Qumrán
70 ca.	<i>Evangelio</i> según san MARCOS
79	Muere PLINIO EL VIEJO, autor de una monumental obra de geografía e historia natural
80	FLAVIO JOSEFO publica <i>La guerra de los judíos</i>
80	MARCO VALERIO MARCIAL publica el <i>Libro de los espectáculos</i>
85 ca.	<i>Evangelio</i> según san MATEO
89	PUBLIO PAPINIO ESTACIO publica las <i>Líricas</i>
90 ca.	<i>Evangelio</i> según san LUCAS y <i>Hechos de los apóstoles</i>
93	El historiador FLAVIO JOSEFO termina las <i>Antigüedades judaicas</i>
95 ca.	San JUAN escribe el <i>Apocalipsis</i>
96	Muere QUINTILIANO
96	CLEMENTE ROMANO, <i>Carta a los Corintios</i>
98	PUBLIO CORNELIO TÁCITO publica <i>La Germania</i> y <i>La Vida de Agrícola</i>
100	NICÓMACO de Gerasa escribe manuales científicos divulgativos muy populares en el medievo
100 ca.	PLINIO EL JOVEN compone el <i>Panegírico de Trajano</i>
100 ca.	<i>Evangelio</i> según san JUAN
100 ca.	Primeras manifestaciones musicales cristianas. Manifestaciones vocales corales en estilo <i>antifonal</i> (dos coros que se alternan) o <i>responsorial</i> (respuesta del coro al canto del sacerdote)
111 ca.	PLINIO EL JOVEN, <i>Cartas a Trajano</i>
120	El heresiarca BASÍLIDES, autor de un <i>Evangelio</i> y de un <i>Comentario</i> , comienza su enseñanza en Alejandría, centro del gnosticismo culto
124	CUADRADO, apologista griego, presenta al emperador Adriano la más antigua defensa conocida del cristianismo
127	Muere PLUTARCO de Queronea, autor de <i>Vidas Paralelas</i>
135	Muere JUNIO JUVENAL, uno de los mayores poetas satíricos latinos
135	Un llamado <i>Evangelio</i> de SANTIAGO, de tendencia ascética, atestigua la supervivencia de una comunidad judeo-cristiana en Jerusalén
140	Alrededor de este año CLAUDIO TOLOMEO de Alejandría escribe la <i>Composición matemática</i> o <i>Almagesto</i> , y luego la <i>Geografía</i>
150 ca.	HERMAS escribe <i>El Pastor</i> , en el que aparece por primera vez una doctrina sobre la penitencia
150 ca.	MARCIANO ARÍSTIDES escribe una <i>Apología</i> del cristianismo
155 ca.	Martirio de POLICARPO, obispo de Esmirna. La noticia se recoge en el <i>Martirio de Policarpo</i> , que atestigua el culto de los mártires y de las reliquias
162 ca.	Publicación en Roma de las obras mayores del médico GALENO de Pérgamo
165 ca.	Martirio de JUSTINO, que en el <i>Diálogo con Trifón</i> había defendido la unidad entre Cristo y el Logos
171 ca.	Redacción de la <i>Descripción de Grecia</i> , de PAUSANIAS
176	ATENÁGORAS de Atenas escribe la <i>Apología</i> en favor de los cristianos
180	Se completa el Canon de la Biblia
180	El emperador filósofo estoico MARCO AURELIO es el autor de los



En estas páginas: cuadro cronológico de referencia de la producción literaria en el Imperio romano durante los primeros siglos de la era cristiana. Se recogen los principales autores paganos y cristianos que escribían en latín o en griego. La literatura en los primeros siglos del cristianismo –los últimos de la antigüedad– es muy amplia, tanto en ámbito pagano como cristiano: las obras van desde los grandes tratados históricos de Livio y Tácito hasta las obras naturalistas y geográficas de Estrabón, Plinio, Tolomeo y Pausanias, las médicas de Galeno, las novelas de Petronio y Apuleyo y las obras filosóficas de Séneca y Plotino. En este marco de ideas se encuadra la primera producción cristiana: ante todo las obras de los evangelistas, pero también las primeras grandes sistematizaciones teológicas y filosóficas de grandes eruditos como Orígenes, Tertuliano y Clemente de Alejandría.

Arriba: fragmento de sarcófago del siglo III-IV con una escena de conversación filosófica.

Las mujeres tuvieron un papel importante en los primeros siglos del cristianismo, no sólo en el campo de la organización de la Iglesia, sino también en la elaboración de la doctrina. Tres clases de mujeres trabajaron de forma especial en la vida de la Iglesia: las diaconisas, las viudas y las vírgenes. A partir del siglo IV, las vírgenes participaron en la Iglesia de manera muy profunda y original con respecto a las otras dos categorías. Estaban dedicadas al servicio de la Iglesia porque se habían dedicado a Cristo, mientras las diaconisas estaban dedicadas a Cristo porque se habían dedicado, ante todo, al servicio de la Iglesia. La categoría de las vírgenes acabó absorbiendo la de las diaconisas.

Los cismas, las herejías, los enfrentamientos de doctrina y de costumbres, o incluso de psicologías diversas, son una constante de la vida eclesial de un cristianismo que surge y se desarrolla de forma muy espontánea. Junto a la gran Iglesia, se desarrollan y viven grupos, sectas e Iglesias de origen muy distinto, con características diversas. Tal diversidad no llegó a transformarse en un caos porque las comunidades conservaron muy vivo el sentido de pertenencia a la única Iglesia de Cristo. Poco a poco fueron tomando conciencia de la importancia decisiva del obispo, de los escritos del Nuevo Testamento y de la Tradición, en la configuración de la verdadera Iglesia.

A la izquierda: camafeo gnóstico, acaso un talismán, en jaspe amarillo.

Abajo, sobre el mapa: colgante de bronce del siglo IV, con el monograma de Cristo, completado con el Alfa y la Omega.

En el mapa: los lugares de origen de los grandes filósofos de la época imperial.

- 180 *Pensamientos*, obra en griego, de meditación estoica
- 183 Muere LUCIO APULEYO, autor de las *Metamorfosis*, conocidas como *El asno de oro*
- 190 El obispo TEÓFILO de Antioquía compone los tres volúmenes de *Ad Autolico*, en defensa del cristianismo
- 190 Muere LUCIANO de Samosata, principal exponente de la escuela neosofista
- 190 ca. Muere IRENEO de Esmirna, obispo de Lyon, autor de importantes escritos contra el gnosticismo
- 197 Primera versión latina de la Biblia
- 197 QUINTO SEPTIMIO TERTULIANO de Cartago es autor de escritos apoloéticos que defienden el cristianismo con los métodos de la retórica clásica
- 200 ca. TERTULIANO compone *De praescriptione haereticorum*
- 200 ca. ARÍSTIDES QUINTILIANO escribe el tratado *De musica libri VII*
- 203 ca. ORÍGENES, gran erudito, da una aportación de primer orden a la sistematización doctrinal del cristianismo y a la exégesis bíblica. Sus obras más célebres son: la apología *Contra Celso*, el tratado *De principiis* y el *Diálogo con Heráclides*
- 213 TERTULIANO sostiene la corporeidad del alma en el *De carne Christi*
- 225 ca. HIPÓLITO, discípulo de Ireneo, comienza la composición en griego de la *Confutación de todas las herejías*, en 10 volúmenes
- 229 El historiador CASIO DIÓN publica en griego su *Historia romana*
- 232 ca. DIONISIO EL GRANDE, discípulo de Orígenes, escribe el tratado epistolar *Sobre la naturaleza*, contra Demócrito y Epicuro, y cartas de carácter dogmático
- 239 FILÓSTRATO DE LEMNOS, autor de una *Vida de Apolonio de Tiana*, compone las *Vidas de los sofistas*
- 244 PLOTINO, filósofo neoplatónico, abre una escuela en Roma
- 250 ca. LONGO SOFISTA escribe la novela en griego *Dafnis y Cloe*; composición del más antiguo ejemplo de Himno cristiano (*papiro de Oxirrínco*)

(continúa en la página 92)



7. PRIMERAS HEREJÍAS Y VÍNCULOS ENTRE LAS IGLESIAS



Policarpo de Esmirna, discípulo de san Juan, escribió a los filipenses: «Es necesario someterse a los presbíteros y a los diáconos, como a Dios y a Cristo. Es menester huir de todo lo que es doctrina vana y vacía y del error común, es necesario permanecer firmes en los mandamientos del Señor y en lo que el Señor ha enseñado». En el trasfondo de estas palabras encontramos las dificultades creadas en el mundo cristiano por cuantos afirmaban teorías y doctrinas que se componían mal con el mensaje evangélico.

¿Qué es la ortodoxia?, se preguntaba Vicente de Lérins, y respondía: «Lo que siempre, lo que en todas partes, lo que por todos ha sido creído». Las novedades, los pensamientos subjetivos, los intentos de compaginar evangelio y otras religiones o teorías contradictorias, desembocaban fácilmente en herejías, es decir, en doctrinas que seleccionaban mensajes evangélicos y añadían otros temas que nada tenían que ver con lo que había dicho Jesús.

Los puntos principales de la fe cristiana tal como aparecían en la regla de fe eran el monoteísmo, la Trinidad, la Santa Iglesia, la penitencia para el perdón de los pecados, el bautismo y la resurrección de la carne. Pero, ¿cómo eran comprendidos e interpretados tales temas por quienes procedían del judaísmo o del paganismo? Pronto aparecieron numerosas teorías y doctrinas que, con mayor o menor éxito, pretendieron explicar el cristianismo no a partir de la revelación de Cristo sino de un conocimiento superior o de una fidelidad a cuanto antes habían creído y que resultaba incompatible con la novedad de la nueva religión. Simón el Mago, Pablo de Samosata, Valentiniano, Sabelio, los gnósticos, Novaciano, los montanistas y tantos otros propusieron doctrinas que fueron condenadas y rechazadas por la Iglesia.

Para unos, el Antiguo Testamento y el Nuevo eran contradictorios y presentaban distintos dioses, por lo que rechazaban el Antiguo o manipulaban el Nuevo Testamento. Otros eran incapaces de compaginar la divinidad de Cristo con la unicidad de Dios. No reconocían a Cristo como Dios y como hombre al mismo tiempo, por lo que o bien lo consideraban como un mero hombre que en su bautismo había sido poseído por el Espíritu Santo o, por el contrario, consideraban que se trataba de un nuevo «modo» de presentación por parte del Padre, rechazando así la distinción personal entre el Hijo y el Padre, o afirmaban que se trataba de tres revelaciones distintas del mismo Dios: como Padre en la creación, como Hijo en la redención y como Espíritu Santo en la santificación de los hombres.

Los gnósticos, por su parte, interpretaban alegóricamente la Sagrada Escritura y la desnaturalizaban con conceptos de la filosofía platónico-pitagórica, con un extremado dualismo (Dios y la materia eterna) y con elementos de otras religiones, sobre todo, orientales. En realidad, el gnosticismo era y es una teosofía con variados ingredientes. Los gnósticos no creían que Dios se hubiese hecho carne en Cristo ni que hubiese sido crucificado. En la primera carta de san Juan se combate precisamente este rechazo. No daban importancia a los sacramentos del bautismo con agua (hablaban sólo de un bautismo de fuego) y de la eucaristía.

Por otra parte, ya en el ámbito moral, nos encontramos con los montanistas, que practicaban un extremado rigorismo y predicaban la huida del mundo, y con los seguidores del presbítero romano Novaciano, que rechazaron la posibilidad de perdonar a los apóstatas, es decir, a quienes habían sacrificado a los dioses duran-

te las persecuciones, especialmente numerosos después de la persecución de Decio (251). No aceptaban la posibilidad de la penitencia y del perdón de los pecados. Pensaban que el bautismo constituía la única oportunidad que Dios había concedido a los pecadores para ser perdonados. En realidad, se trata de una tentación siempre nueva, la de convertir a la Iglesia en un reducto de puros e incontaminados.

La Iglesia reaccionó con determinación. Justino, Ireneo, Tertuliano, Hipólito y otros escritores eclesiásticos contraatacaron con argumentos fundamentados en la Tradición apostólica. Se formuló más claramente el credo bautismal. Se estableció el canon fijo de las Escrituras. Se reconoció la correlación de los dos Testamentos, aceptándolos con igual veneración. Es decir, al subjetivismo de los herejes la Iglesia enfrentó la solidez de una doctrina que se reconocía revelada por Cristo a los apóstoles y por estos

transmitida a las Iglesias. El núcleo de la propuesta eclesial estaba fundamentado en la tradición apostólica y en la sucesión apostólica. Ya Ireneo de Lyon, hacia el 180, en la controversia con los gnósticos, presentó, como argumento que demostraba la fidelidad de la Iglesia a los orígenes evangélicos, listas de obispos de las Iglesias principales que tenían su origen en los mismos Apóstoles y que se sucedían ininterrumpidamente.

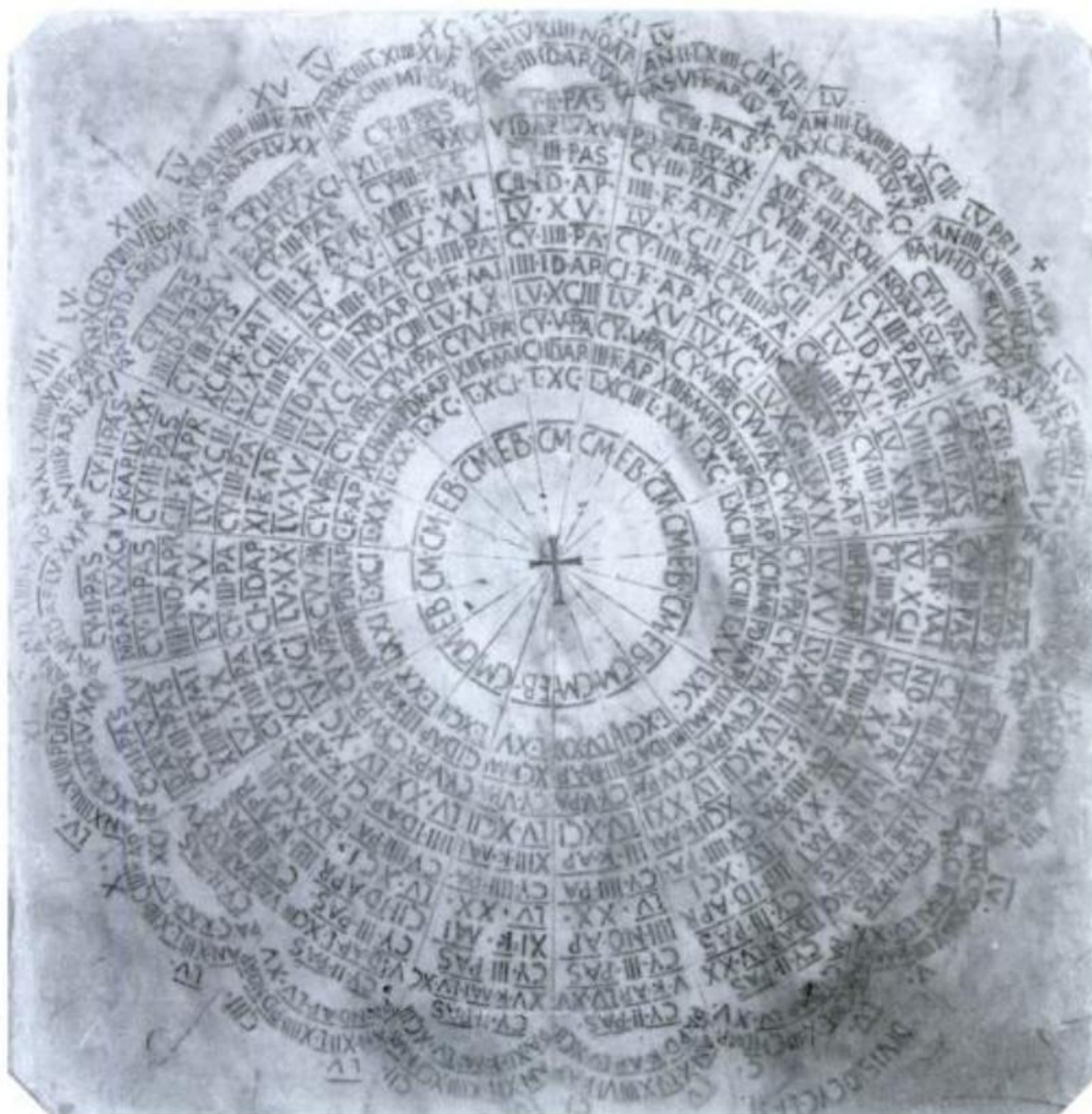
En efecto, la Iglesia venció las herejías porque las comunidades dirigidas por sus obispos las rechazaron con determinación y, entre estas, hay que señalar a Roma, que desde muy pronto se convirtió en punto de referencia y de confirmación en las controversias doctrinales. El mismo Ireneo atribuye a la Iglesia romana una especial preeminencia y explica que por esto la Iglesia particular que desee conservar la tradición apostólica debe necesariamente concordar con ella.

A la derecha: calendario pascual, grabado en una losa de mármol, de mediados del siglo VI; servía para determinar el día de Pascua durante un período de 94 años, desde el 532 hasta el 626.

Entre Roma y las diócesis de Asia hubo durante mucho tiempo una animada polémica sobre la fecha de la Pascua. Los asiáticos la conmemoraban contemporáneamente con la Pascua judía, mientras los romanos la celebraban el domingo siguiente. El papa Víctor convocó varios concilios provinciales que aprobaron e impusieron la costumbre romana.

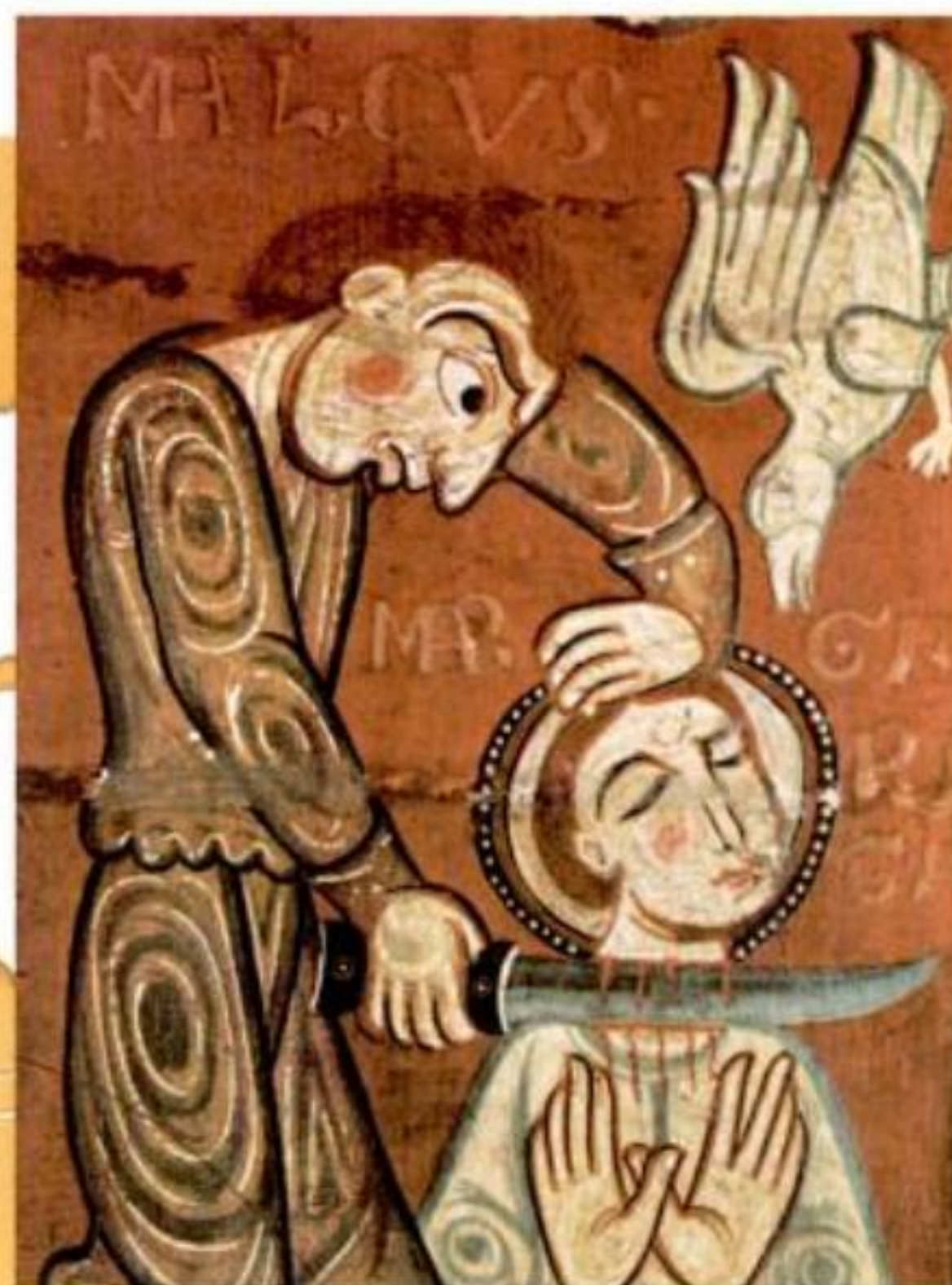
En la página anterior: grafito del siglo III, en una catacumba romana, con invocaciones a los apóstoles Pedro y Pablo.

La celebración de la memoria de los apóstoles y de los primeros mártires fue para las comunidades cristianas de los primeros siglos un importante elemento de cohesión.



8. PERSECUCIÓN Y TOLERANCIA





La degollación de santa Margarita, martirizada durante la persecución de Diocleciano, en una pintura románica catalana del siglo XII. En ella aparecen muchos elementos típicos de la sensibilidad medieval: la violencia puesta en evidencia, la contraposición entre el verdugo descompuesto y airado y la compuesta serenidad de la santa, asistida por la paloma, que representa el Espíritu Santo. En los primeros siglos no era raro que los cristianos buscaran el martirio para llegar pronto a Cristo y a la vida dichosa.

Abajo: planimetría del enorme complejo, en varios niveles, de las catacumbas de Domitila, en Roma, que surgieron como ramificaciones de los sótanos de la basílica paleocristiana de los santos Nereo y Aquileo.



A la izquierda: red de las catacumbas romanas, situadas a lo largo de las principales vías consulares. En color claro el área de la Roma imperial; en color oscuro, la Roma medieval.

En la otra página, a la izquierda: una galería de las catacumbas de san Jenaro, en Nápoles; en las paredes de la galería están excavados los nichos para las sepulturas.

En la otra página, a la derecha: un «fosor» —empleado cristiano encargado de excavar catacumbas— en su tarea.



8. PERSECUCIÓN Y TOLERANCIA

La sangrienta persecución de los cristianos por parte del Imperio romano sorprende porque parece contradecir su política tolerante habitual. Las religiones del tiempo se identificaban generalmente con los diversos pueblos y no era raro acoger en el propio Panteón religioso dioses de otros pueblos. Es bien conocido el caso de Septimio Severo, quien tenía en su capilla, entre otras muchas, una representación de Cristo, y en Roma, en el Panteón, acogían representaciones de diversos dioses adorados a lo largo del Imperio.

Los cristianos, sin embargo rechazaban tajantemente toda tentación de sincretismo, cualquier compromiso en este campo. Cristo era el único Señor, a Él solo debía dirigirse el culto y la oración. En este tema se mostraron en todo momento inflexibles. El cristianismo tenía conciencia de ser una religión no nacional sino universal y monoteísta en sentido absoluto.

Esta actitud significaba que tampoco estaban dispuestos a ofrecer sacrificios al emperador, ritos de origen oriental con un fuerte componente político que buscaban enlazar y acoplar un Imperio tan plural con grave peligro de desintegración. Desde este punto de vista el rechazo de los cristianos fue visto, a menudo, no sólo como una actitud religiosa sino sobre todo como muestra de desinterés político.

Los cristianos tenían una idea muy clara de la neta separación entre el poder político y la convicción religiosa y exigieron la pro-

tección de los derechos de la persona humana y su libertad de conciencia. No se trataba de una estrategia, impensable en un grupo reducido sin pasado y sin grandes perspectivas de futuro, sino de una consecuencia lógica de quienes propugnaban una religión universal formada por miembros que se convertían personalmente, rompiendo con toda clase de lazos familiares, sociales y culturales. Ellos se sentían ciertamente romanos, amaban a su patria y respetaban las autoridades legítimas, pero eran conscientes de que no se les podía exigir nada que fuese contra su conciencia.

Tal vez era esta actitud lo que más sorprendía y molestaba al pueblo, en el que se desarrolló una suspicacia y un rechazo irracional contra los cristianos que desembocó con frecuencia en calumnias y acusaciones sorprendentes, carentes de toda lógica. Además, para los paganos, la celebración de los misterios cristianos no tenía las características de un culto litúrgico. No tenían ni templos ni altares en el sentido tradicional, por lo que fueron considerados ateos y mirados con sospecha. Por otra parte, la vida austera y retraída de los cristianos y su alejamiento de la vida social era percibida por muchos como un callado reproche al ambiente dominante, demasiado sensual y materialista.

Nerón no fue, ciertamente, creído cuando les acusó de ser los causantes del incendio de Roma, pero esa primera persecución, en la que murieron san Pedro y san Pablo, no fue vista con desagrado por el pueblo. Poco tiempo después se les acusaría de delitos públicos (infanticidios, orgías, incestos...), de introducir costumbres nuevas no aprobadas por las leyes romanas y, sobre todo, de ateísmo, de desprecio de los dioses. Las persecuciones se sucedieron a lo largo de los tres primeros siglos y el número de mártires fue superior a los cien mil y seguramente inferior al millón. Tenemos que recordar además a los confesores, mutilados y torturados que no llegaron a morir, y a quienes no tuvieron el valor suficiente para confesar su fe y ofrecieron los sacrificios requeridos. Esto constituía para los cristianos el pecado más grave ya que lo consideraban una infidelidad y una negación de Cristo que no podía ser perdonada.

Constantino fue consciente de que el Imperio podía salvarse sólo si conseguía integrar a los cristianos, ya entonces los más crea-

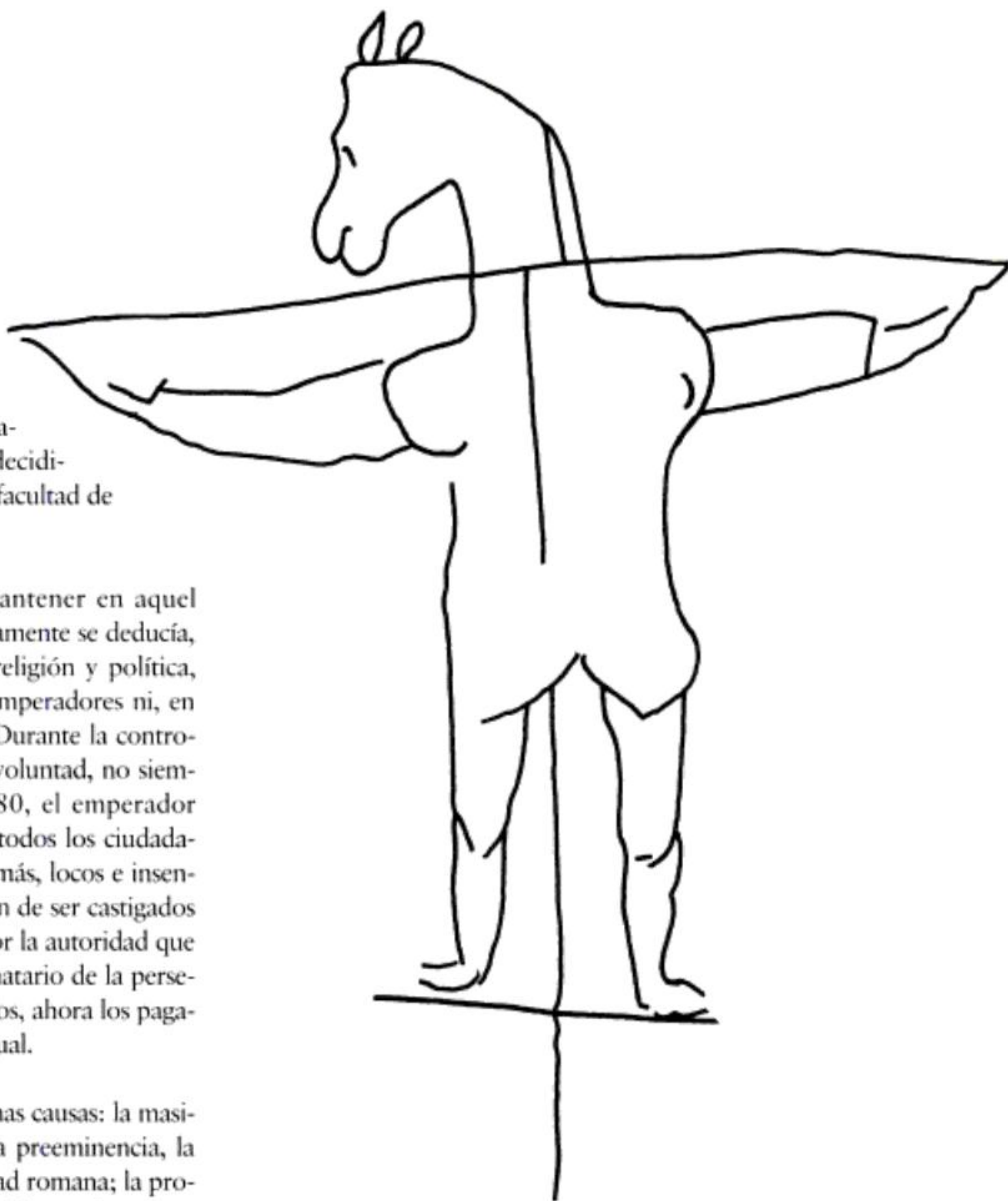


tivos y los más activos de sus ciudadanos. Esto explica el Edicto de Milán del 313 que desarrolla una nueva actitud tolerante: «Hemos decidido... conceder a los cristianos y a todos la libre facultad de seguir su religión preferida...».

Uno puede preguntarse si era posible mantener en aquel momento esta libertad y lo que de ella necesariamente se deducía, es decir, la neta y absoluta separación entre religión y política, entre la Iglesia y el Estado. De hecho, ni los emperadores ni, en general, los políticos mantuvieron esa actitud. Durante la controversia arriana, los emperadores impusieron su voluntad, no siempre acorde con la ortodoxia, y en el año 380, el emperador Teodosio en el Edicto de Tesalónica impuso a todos los ciudadanos la profesión del cristianismo: «todos los demás, locos e insensatos, padezcan la deshonra de la herejía, y... han de ser castigados no sólo con la venganza divina, sino también por la autoridad que la voluntad celestial nos ha otorgado». El destinatario de la persecución había cambiado —antes eran los cristianos, ahora los paganos— pero la filosofía, el talante, permanecía igual.

¿Qué había pasado? Podríamos señalar algunas causas: la masiva conversión al cristianismo, que dio a este la preeminencia, la mayoría y, de hecho, el dominio sobre la sociedad romana; la proliferación de sectas, a menudo violentas, antisociales y subversivas que causaron confusión y malestar; la importancia del arrianismo, que negaba o ponía en cuestión un aspecto fundamental del cristianismo —la consustancialidad del Verbo—; la progresiva identificación de sectas y herejías con regiones y nacionalidades determinadas y que originaban un grave problema de disgregación del Imperio y, también, el convencimiento de que la religión seguía siendo vehículo de unidad y fundamento del Imperio.

En el fondo se trataba de la idea de que el orden religioso y el civil constituían dos aspectos de una misma realidad, por lo que el hereje no sólo se mantenía al margen de la Iglesia sino también del Estado, Estado que, formado por diversos pueblos, lenguas y culturas, a menudo era frágil y necesitaba del cemento de la religión y de la institución eclesiástica para mantenerse unido y operativo. Así podemos comprender de alguna manera que, algunos siglos más tarde, Carlomagno, a medida que conquistaba los pueblos sajones, los forzaba a la conversión al cristianismo, o la expulsión de los judíos y moriscos de España en tiempos de los Reyes Católicos, o la obligada emigración de las diversas minorías religiosas europeas durante los siglos XVII y XVIII a una América más acogedora.



Arriba: caricatura del Crucifijo en un grafito de los siglos II-III. Evidentemente, uno de los motivos de la incompreensión y burla de los paganos hacia los cristianos era el hecho de que el Dios que adoraban no sólo se había hecho hombre, sino que había padecido incluso el suplicio infamante reservado a los criminales. Los mismos cristianos rehusaban representar la crucifixión; el arte cristiano no adoptará este motivo hasta los siglos VI-VII.

En la página anterior, arriba: fondo de copa de vidrio con el retrato de una familia de cristianos.

En la página anterior, abajo: fragmento de una inscripción; se trata de una súplica anticristiana, del año 312, dirigida por las poblaciones de Licia y Panfilia al emperador Maximino Daya. A veces estas súplicas, auténticos actos de acusación popular, desencadenaron persecuciones locales.

9. LOS PUEBLOS GERMÁNICOS



En el mapa: la dispersión de los pueblos bárbaros en el siglo IV d.C.

A la izquierda: grupo en pórfido de los tetrarcas; así se llamaban los cuatro jefes que gobernaban el Imperio romano después de la reforma de Diocleciano. Al instituir un régimen en el que una pareja de gobernantes, un *Augustus* y un *Caesar*, reinaban en la parte occidental y otra en la parte oriental del Imperio, este emperador prefiguró la división que tuvo lugar definitivamente con Teodosio. La descentralización que implicaba esta forma de gobierno, preparó el terreno a la desmembración de la estructura administrativa del Imperio. Esto favoreció que posteriormente los bárbaros se establecieran dentro de sus fronteras. El grupo escultórico de las dos parejas de reinantes abrazados quiere subrayar su concordia en este gobierno conjunto.

A la derecha: reconstrucción de un paisaje agrario romano centuriado, es decir, dividido en parcelas, con una construcción militar al fondo (*castellum*) y la gran *villa*, verdadera hacienda agrícola, además de residencia veraniega, de un propietario terrateniente.



Arriba: sarcófago de finales del siglo II con una escena de batalla entre romanos y germanos.

Las dramáticas representaciones de batallas con los bárbaros, tan frecuentes en los sarcófagos romanos de la época, dejan entrever, tal vez, una difundida angustia por la crisis del Imperio y la amenaza de los pueblos bárbaros, que presionaban en las fronteras. Con frecuencia aparece en ellas el propio emperador, al mando de las tropas en liza, en actitud de vencedor magnánimo que recibe el homenaje de los prisioneros, como sucede en la franja superior que decora la tapa.



Típica fibula bárbara en forma de águila, hermoso ejemplo del gusto de estos pueblos por los adornos vistosos. Estas hebillas se usaban como broches para cerrar o sujetar vestimentas y capas. Arte visigodo del siglo V.



9. LOS PUEBLOS GERMÁNICOS

La historia del cristianismo europeo no puede entenderse sin Roma y Grecia, pero tampoco sin la contribución decisiva de los pueblos bárbaros. El Imperio romano fue la cuna y el vehículo de transmisión del primer cristianismo, pero los pueblos eslavos contribuyeron de manera decisiva, con su entusiasmo, su capacidad de acoger con sumisión la palabra y la doctrina de Cristo, y con su capacidad ética, a la conformación de una sociedad más íntegramente cristiana.

Desde mediados del siglo II, marcomanos, alamanes, godos y francos presionan en las fronteras del Imperio. Los romanos abandonaron la provincia de Dacia (270), y los godos iniciaron la penetración por la línea del Danubio. En el siglo V los germanos orientales se convirtieron en los principales protagonistas de las migraciones que comenzaron en el año 375 con los hunos y terminaron en el 568 con el asentamiento de los longobardos.

Junto a las deidades de la fecundidad y a los fenómenos atmosféricos, los pueblos germánicos veneraban a Odín y Thor, dioses de la estirpe. En todo lugar sagrado construían templos con ídolos de madera o metal. Para conocer los designios de las divinidades recurrían al oráculo. Una misma persona asumía la autoridad política y religiosa.

Las invasiones tuvieron como consecuencia la disolución del Imperio romano de Occidente y su sustitución por un mosaico de reinos germánicos cuyo origen fue favorecido por la previa descentralización del Imperio iniciada con las reformas de Diocleciano.

En realidad, el Imperio romano se encontraba en una situación de enorme debilidad e inestabilidad. En Occidente la economía se encontraba prácticamente en quiebra, a causa de la disminución de la producción agrícola y de las crisis de abastecimiento, por la pérdida de las minas, la decadencia de la industria y del comercio y la confusión del sistema monetario, mientras que en Oriente la situación permanecía mucho más estable y controlada.

Los jefes militares, los terratenientes y los bárbaros constituyen los nuevos centros de poder, sobre todo en el campo, hacia donde se desplaza el centro de gravedad de la sociedad. En las ciudades, sobre las ruinas de la administración municipal, fue engrandeciéndose la actividad y el influjo temporal de los obispos que, a menudo, se convierten en la única autoridad existente gracias a la organización con que cuentan, a su cultura y a su ascendiente religioso. La población en las provincias intenta evitar la opresión fiscal y la miseria, bien entregándose a los patronos y convirtiéndose en pro-



Prisionero germano, de un bronce romano del siglo III, y yelmo ostrogodo del siglo VI, encontrado en los Abruzzos.

tegidos y siervos, bien entrando a formar parte de las comunidades de los monasterios o dedicándose al bandillaje. Por otra parte, la población prefirió el yugo de los bárbaros en regiones proclives a la secesión, por ejemplo en la Galia y en Hispania.

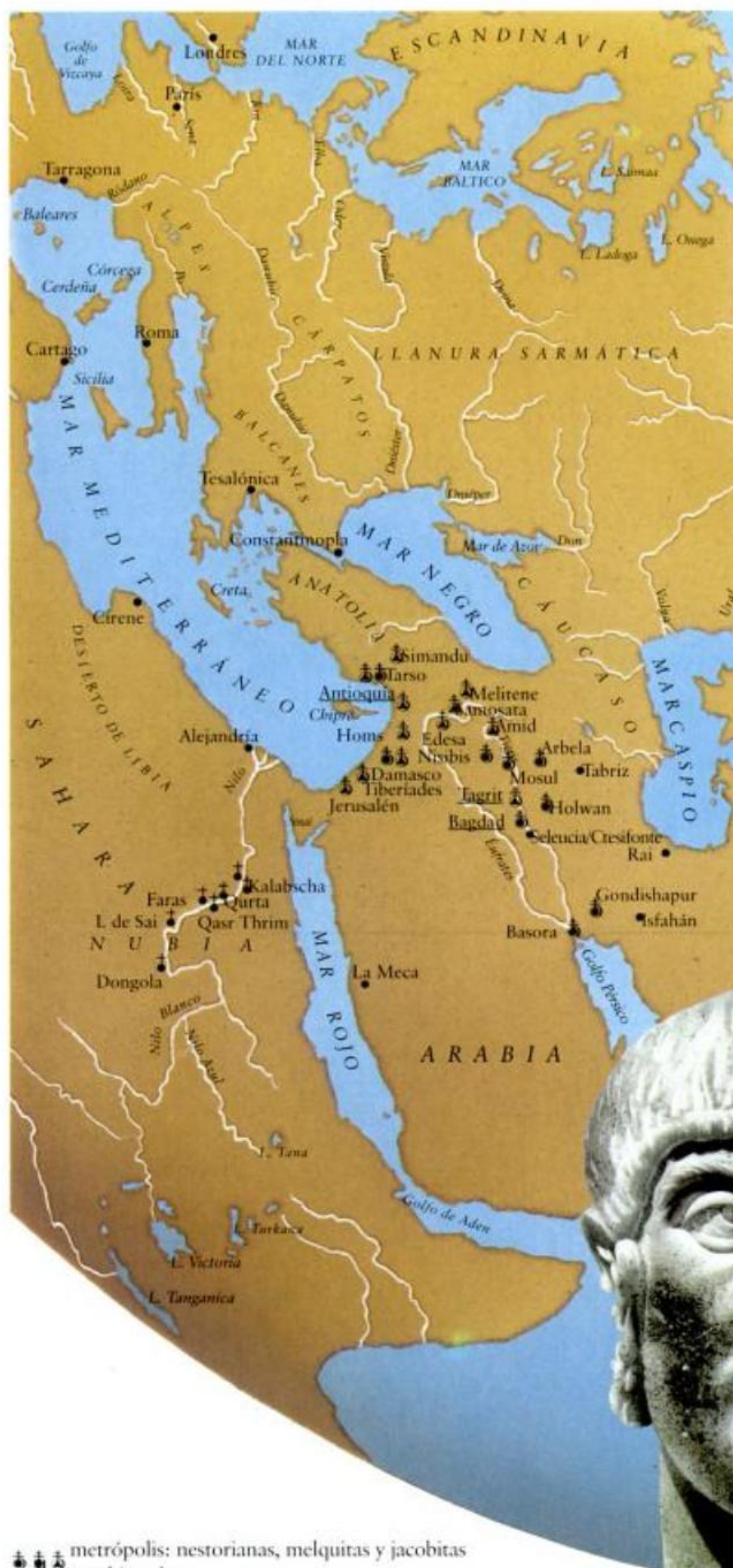
En Oriente se publica el Código de Teodosio (438) que destruye, de hecho, la unidad jurídica del Imperio, y se adopta el griego como lengua oficial en la administración (440), siglo y medio después de la imposición del latín por Diocleciano. Ambas determinaciones significan la división definitiva de lo que durante siglos había constituido el Imperio romano. Sin embargo, el elemento más importante de transformación y diferenciación entre Oriente y Occidente fue ciertamente el conjunto de los pueblos recién llegados al Imperio. Lo que llamamos mundo medieval, en Oriente será mucho más tradicional y tendrá rasgos bizantinos y en Occidente cuajará en el nuevo sistema de los Estados romano-bárbaros.

Por otra parte, la fundación de Constantinopla tuvo incalculables consecuencias históricas. «Desde la fundación de Roma, no ha sido creada en el mundo una ciudad más importante que esta», escribió Gregorovius. Y es que Constantinopla representaba el triunfo de la síntesis de dominación romana, cristianismo griego y



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

10. CONSTANTINO Y LA LIBERTAD RELIGIOSA



Constantino el Grande, que reinó desde el año 306 hasta el 337, trasladó la capital del Imperio a Bizancio, reconstruyendo y engrandeciendo la ciudad y dándole su nombre. Constantinopla, capital del Imperio, aspiró al rango de «nueva Roma», incluso en el campo religioso.

Constantino fue también el primer emperador que concedió libertad de culto a los cristianos. Durante la época de tolerancia que él inauguró, el cristianismo no sólo se consolidó en el Imperio, dando comienzo a la lenta penetración en todas sus esferas, sino que comenzó a traspasar también sus fronteras, extendiéndose hasta África (Etiopía) y Asia (Persia e India). De este modo nació una visión de la Iglesia a imagen del Imperio que, aunando los destinos de los pueblos bajo un solo reino, puede realizar una paz universal.

En el mapa: la difusión del cristianismo en Asia antes del año 1000.

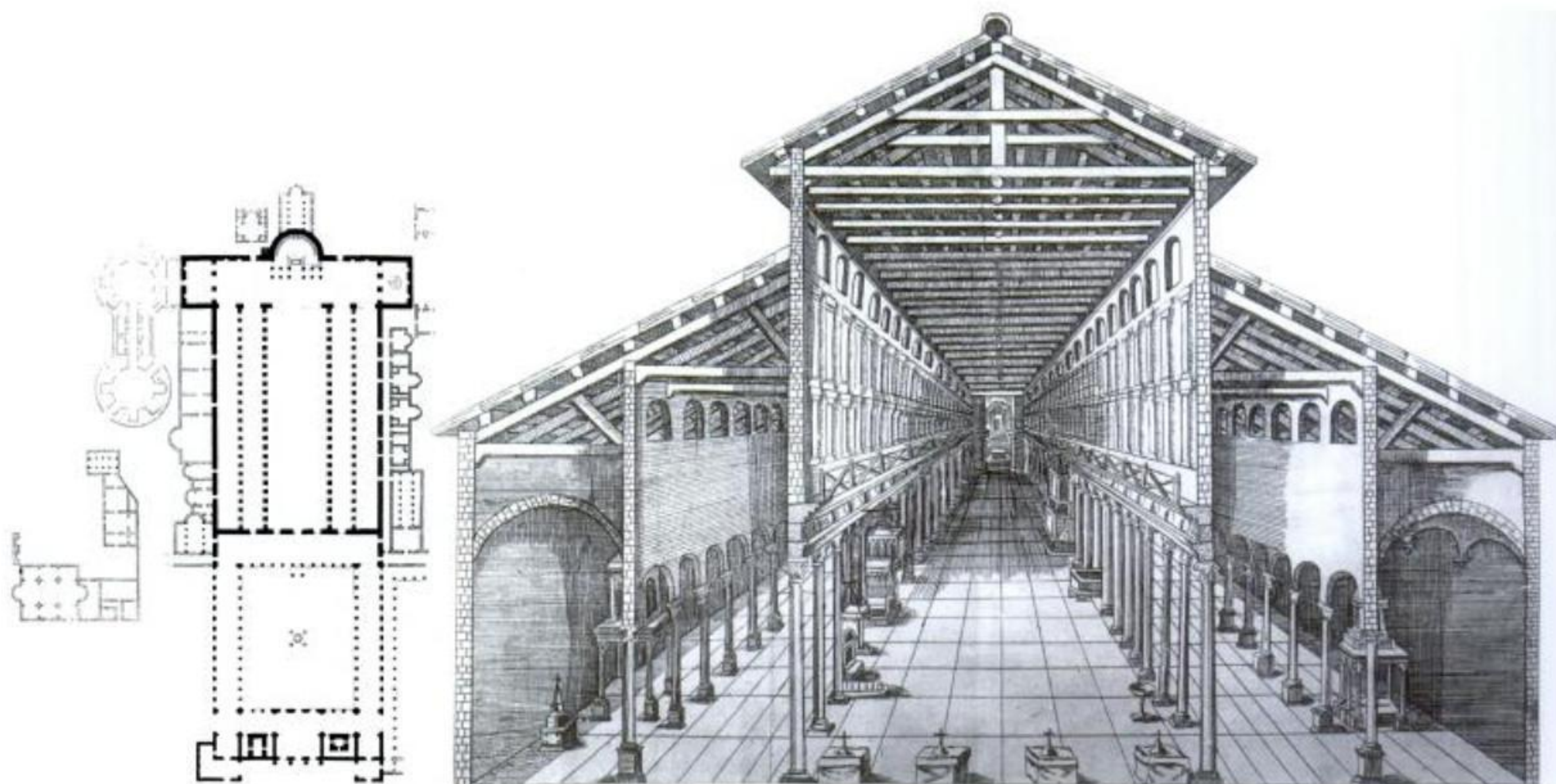
- ✚✚✚ metrópolis: nestorianas, melquitas y jacobitas
- ✚✚✚ arzobispados
- ✚✚✚ monasterios nestorianos
- ✚✚✚ obispados nubienses
- ✚✚✚ localidad genérica
- ✚✚✚ Tagrit subrayadas las sedes de los patriarcados

Retrato de Constantino, el primer emperador que aceptó la fe cristiana y recibió el bautismo.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

10. CONSTANTINO Y LA LIBERTAD RELIGIOSA



A comienzos del siglo IV la Iglesia católica, ignorada o perseguida en el período precedente, consigue por medio del Edicto de Milán (313) no sólo una libertad total sino también protección y privilegios, debido a que el Estado romano, sin abandonar del todo el paganismo, adopta oficialmente el cristianismo. El emperador Constantino está indisolublemente unido a este hecho, sobre todo tras su victoria contra Majencio que fue inmediatamente interpretada como una ayuda del Dios cristiano.

Para el Imperio romano no fue un asunto intrascendente el cambio de la religión oficial y de la ideología dominante, y para el cristianismo constituyó una auténtica revolución el abandonar una situación de tolerancia, siempre insegura, por una situación de favor y, poco después, de exclusividad.

Esta nueva actitud significaba, más que una conversión en el sentido bíblico, el reconocimiento de que el cristianismo representaba una fuerza de renovación y creatividad muy necesaria para un Estado que iniciaba su decadencia, con el peligro de intentar manipular al cristianismo tal como se acostumbraba hacer con la religión pagana.

Resultó paradójico y sorprendente: mientras que para Tácito el cristianismo era una superstición que confirmaba la extraña y llamativa capacidad humana de creer en cosas increíbles, la mayoría de los cristianos renunciaba al mundo, pero, con Constantino Iglesia e Imperio llegan a un acuerdo: el Imperio aceptaba la doctrina cristiana y los cristianos decidían participar en la marcha del Imperio.

Tres hitos pueden resumir las relaciones del cristianismo con el Imperio en este tiempo, con consecuencias decisivas para las relaciones de la Iglesia con el Estado en los siglos sucesivos. El primero es el Sínodo de Milán (355), cuando Constancio quiso imponer a los obispos de Occidente la condena de Atanasio, obispo de Alejandría, el gran enemigo de Arrio. A la negativa de aceptar esta imposición el emperador contrapuso la aceptación sumisa de los obispos orientales. Ya desde ese momento aparece este rasgo diferenciador: la Iglesia oriental, a lo largo de su historia, aceptará y soportará la tutela opresora del Estado, es decir, el cesaropapismo, mientras que la occidental se opondrá, defenderá y mantendrá con más decisión su autonomía.

El segundo consiste en la resistencia y denuncia de Ambrosio de Milán ante el decreto imperial del 386 promulgado en nombre de Valentiniano II por la emperatriz Justina a favor de los arrianos, y la exigencia de penitencia pública impuesta por el mismo obispo en el 390 al emperador Teodosio, por la matanza de Tesalónica. Representó un acto espectacular de autoridad moral y ética que impresionó a los contemporáneos e impresionará a la posteridad.

El tercer hito se sitúa después de la toma de Roma por Alarico y sus godos el 410. La aristocracia romana, pagana, acusa a los cristianos de haber privado a Roma del apoyo de sus dioses nacionales. Los cristianos reaccionarán afirmándose en la idea de que la patria verdadera es la ciudad celeste. San Agustín elaborará la nueva perspectiva en su conocida obra *La ciudad de Dios*, donde plantea el sentido del mal en el transcurso de la historia. La «ciudad

En la página anterior: grabado que muestra el interior de la basílica de San Pedro, en Roma, antes de su reconstrucción, y planta de la basílica constantiniana. Constantino mandó edificar también una basílica semejante en Jerusalén, en el lugar donde, según la tradición, Cristo había sido crucificado.

Abajo: Constantino y Elena, ambos santos, sosteniendo una cruz, en una miniatura siria de comienzos del siglo XIII. La peregrinación de Elena, madre de Constantino, a Palestina dio origen a la leyenda del hallazgo del madero de la cruz en que murió Jesús, que, a su vez, procedería del Árbol del bien y del mal del Paraíso terrenal. De ahí nació una fiesta litúrgica común a las Iglesias de Oriente y de Occidente. Los cristianos atribuyeron un valor inmenso a las reliquias del madero de la cruz, que se veneran aún hoy en numerosas iglesias de la cristiandad que conservan trozos de diversos tamaños.



de Dios» es una obra divina, en cuya realización colabora toda la historia universal.

La expansión del cristianismo siguió su curso fuera del Imperio. Antes del concilio de Éfeso existía ya una Iglesia independiente en la Persia asiática y en el norte de Irán. Esta penetración partió de Edesa y ha mantenido hasta nuestros días el sirio, rama del arameo, como lengua litúrgica. Llegó a ser importante, bien organizada, pero no llegó a ser religión oficial. Se enfrentó al peligro del maniqueísmo, presente desde la segunda mitad del siglo III y al zoroastrismo, religión de Estado, con un potente clero.

Por las «pasiones» de los mártires sabemos que muy pronto hubo numerosas sedes episcopales. Se hicieron presentes en el concilio de Nicea (325) y mantuvieron estrechas relaciones con el patriarca de Antioquía hasta el 424, cuando decidieron que el Katholicós asumiese todo el poder. Las causas de este primer paso hacia la independencia fueron las circunstancias políticas, las guerras incesantes entre persas y bizantinos, las acusaciones de traición y espionaje recibidas de ambos bandos. No hubo entonces razones doctrinales que sí estuvieron presentes en la ruptura definitiva de finales de siglo.

Las persecuciones del 230, 287 y 301 marcan los inicios de la Iglesia armenia. A principios del siglo V contaba con 12 obispos más el Katholicós. La estrecha unión entre realeza y patriarcado hacía de la Iglesia uno de los engranajes esenciales de la organización feudal del país. La invención del alfabeto armenio por el monje Mesrop Mashtots permitió la traducción de las Escrituras y de los Padres, la evangelización del pueblo en su propia lengua y la creación de una cultura propia. El aislamiento y el prolongado desarrollo autónomo, más que una opción teológica o el nacionalismo, llevaron a la creación de una Iglesia armenia monofisita.

El cristianismo se introdujo en Etiopía hacia el 350 por obra del cristiano Frumencio, ordenado más tarde obispo de Aksum y colocado a la cabeza de la nueva cristiandad por Atanasio de Alejandría. La Iglesia copta etíope desde su nacimiento fue una filial de la Iglesia de Alejandría.

Se ha escrito mucho sobre las Iglesias apostólicas de la India y sobre los cristianos de santo Tomás, el apóstol que según una tradición evangelizó Asia. No existen datos ni de esta actividad ni de comunidades tan primitivas. Sí existieron más tarde grupos nestorianos y jacobitas, y no podemos dudar del hecho de que estas comunidades mantuvieron con relación a otras Iglesias una autonomía jurídica y una personalidad propia que sus hábitos y costumbres contribuyeron a mantener intacta.

De origen menos antiguo, pero con más vitalidad, encontramos la Iglesia sirio-malabar. La predicación pudo llegar por medio de cristianos persas que habían huido de su país durante las persecuciones del siglo IV.

11. CONCILIOS Y CREDO

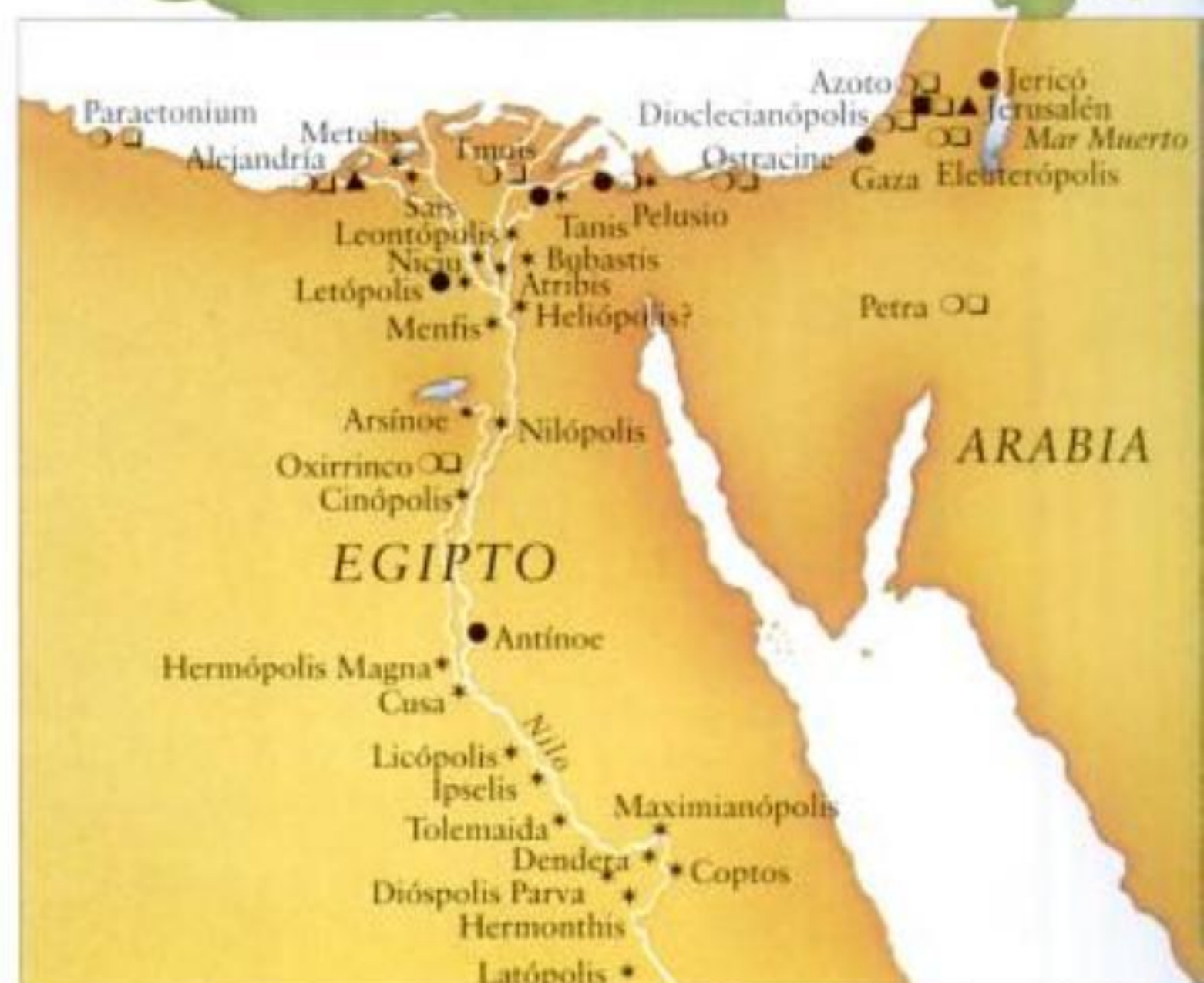
LOS PRIMEROS CONCILIOS DE LA IGLESIA

50	Jerusalén	los gentiles, no sujetos a las leyes mosaicas
261	Roma	contra Sabelio y los que negaban la Trinidad
264	Antioquía I	contra Pablo de Samosata
268	Antioquía II	contra Pablo de Samosata
269	Antioquía III	excomunión de Pablo de Samosata
301	Elvira	decisiones disciplinarias
303	Sinuessa	acusación de apostasía contra el p. Marcelino
313	Roma	condena de Donato
325	Nicea I I conc. ecuménico	Convocado por el emperador Constantino. Papa Silvestre I. Contra Ario: consustancialidad del Hijo con el Padre
335	Tiro	destitución de Atanasio
340-41	Roma	rehabilitación de Atanasio
343	Sárdica	condena de los Eusebianos
353	Arles	condena forzada de Atanasio
359	Rímmini	decisiones favorables a los arrianos
378	Roma	contra las herejías
381	Constantinopla I II conc. ecuménico	Convocado por el emperador Teodosio I. Papa Dámaso I. Divinidad del Espíritu Santo
386	Roma	disciplina del clero
390	Roma	afirmación de la virginidad de María
391	Capua	cisma antioqueno
400	Toledo	contra los priscilianos
411	Cartago	contra Pelagio
415	Dióspolis	rehabilitación de Pelagio
416	Milevo	contra Pelagio
417	Roma	rehabilitación de Pelagio
418	Cartago	contra el pelagianismo
430	Alejandro	contra Nestorio
430	Roma	contra Nestorio
431	Éfeso III conc. ecuménico	Convocado por el emperador Teodosio II. Papa Celestino I. Maternidad divina de María contra Nestorio.
449	Éfeso	"latrocinio" de Éfeso; rehabilitación Eutiques
451	Calcedonia IV conc. ecuménico	Convocado por el emperador Marciano. Papa León Magno. Dos naturalezas en la única persona de Cristo (condena del monofisismo)
465	Roma	refuerzo de la disciplina eclesiástica
529	Orange	contra el semipelagianismo
553	Constantinopla II V conc. ecuménico	Convocado por el emperador Justiniano I. Papa Vigilio. Condena de los "Tres Capítulos" de los nestorianos.
610	Roma	sobre el cisma de los "Tres Capítulos"
680-81	Constantinopla III (o Trullano I) VI conc. ecuménico	Convocado por el emperador Constantino IV. Papa Agatón y León II. Condena de la doctrina de una voluntad en Cristo (monotelismo); cuestión de Honorio.
684	Toledo	condena del monotelismo
691	Trullano II	contra el ayuno y el celibato eclesiástico

En el mundo romano, un *concilio* era la reunión general de una sociedad, especialmente con fines religiosos. En la era imperial *concilium* es la asamblea de los notables y delegados de las ciudades y cantones de una provincia (más tarde de una diócesis). Su objetivo principal era el reconocimiento de la autoridad del emperador. Los concilios asumieron funciones importantes en la administración provincial y, tras un período de decadencia, en el siglo III

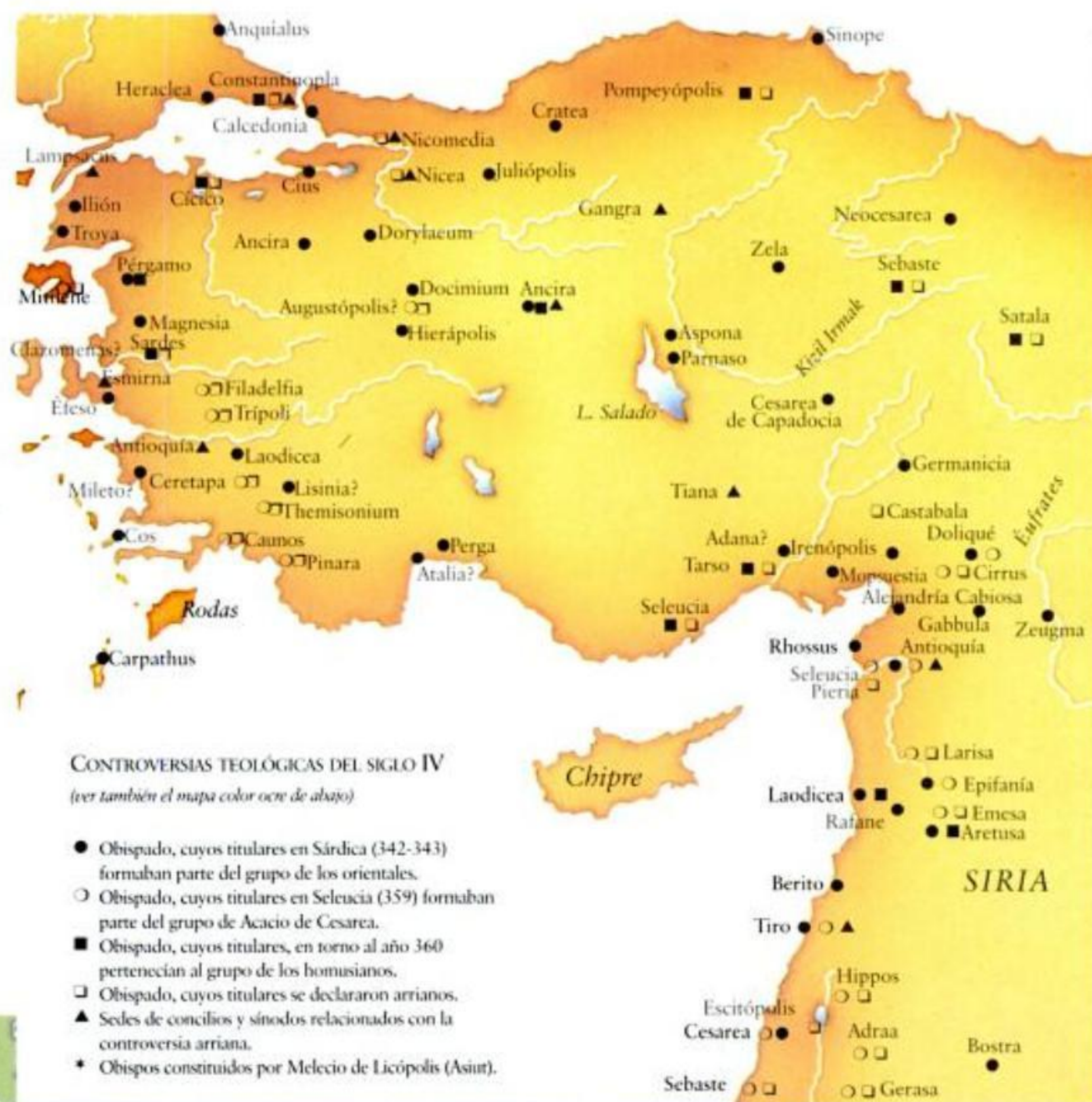
recuperaron su importancia con las reformas de Diocleciano y la introducción del cristianismo, que condujo al derribo del culto imperial.

En el cristianismo los concilios se transformaron en asambleas generales de una Iglesia, o de un grupo de Iglesias, para mantener o restablecer la unidad perdida o amenazada por divisiones y controversias doctrinales. Cuando una Iglesia se consideraba incapaz de proveer a sus necesidades espirituales o de organización, recurría a la ayuda de otras Iglesias vecinas, llamando a participar a sus representantes y, especialmente a sus obispos, a las propias reuniones. Si, por ejemplo, había que elegir al sucesor de un obispo difunto y no era fácil encontrarlo entre el clero local, se convocaba un concilio o un sínodo para elegir al nuevo obispo, el cual, por costumbre, debía recibir la aprobación y la consagración de sus hermanos en la jerarquía. Cuando un obispo expresaba ideas heréticas, el clero ortodoxo no tenía más defensa que la de recurrir a los representantes de



las Iglesias vecinas para juzgarlo. Generalmente, cuando se trataba de tomar decisiones que afectaban a varias Iglesias, se convocaban concilios en todas las Iglesias interesadas. Así, por ejemplo, bajo el papa Víctor I (189-198), se convocaron concilios tanto en Oriente como en Occidente para decidir el día de celebración de la Pascua. Desde comienzos del siglo III, los concilios se transformaron en reuniones sólo de obispos, que gozaban ya de un poder monárquico sobre sus respectivas comunidades y podían así representarlas, ellos solos o acompañados de consultores. Con la expansión del cristianismo nacieron los concilios provinciales, convocados por el obispo de la metrópoli que había afirmado su superioridad jerárquica sobre los obispos de las ciudades más pequeñas. A partir del siglo IV, comenzaron a intervenir los emperadores. En el año 325, Constantino convocó el concilio de Nicea, el primero ecuménico, es decir, extendido a todas las Iglesias del Imperio, para derrotar la herejía arriana.

En la página anterior, arriba: la condena del hereje Arrio en el concilio de Nicea, presidido por el emperador Constantino, en un fresco búlgaro del siglo XII.





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

pués fue considerado y aceptado como el primer concilio ecuménico, sólo asistieron cinco obispos de Occidente. En este sentido, debemos tener en cuenta que la aceptación equivale a la participación. El obispo de Roma fue representado por dos presbíteros.

Nicea no aclaró definitivamente la discusión teológica. La táctica de los arrianos consistió en elaborar fórmulas doctrinales que, sin contradecir explícitamente las definiciones de Nicea, las vaciaban de contenido, buscando después que el emperador exigiera a todos los obispos que las suscribiesen. Así el conflicto doctrinal adquiría connotaciones políticas y se robustecían las tendencias cesaropapistas a las que tan aficionados eran los emperadores. Atanasio, obispo de Antioquía, alma de la resistencia contra el arrianismo, el incansable defensor de lo aprobado en Nicea, fue calumniado, depuesto y exiliado. Daba la impresión de que el partido arriano estaba consolidándose gracias, sobre todo, a maniobras y apoyos políticos.

Era evidente que convenía completar Nicea, que resultaba necesario aclarar definitivamente las relaciones entre la naturaleza humana y la divina de Cristo, determinar cómo se combina lo divino y lo humano en Cristo. Nestorio, obispo de Constantinopla, decía que el Logos habitaba en el hombre Jesús como en un templo, por lo que había que llamar a María «Madre de Cristo», pero que no era lícito llamarla Madre de Dios. Se le opuso Cirilo, obispo de Alejandría. El emperador Teodosio II convocó un concilio ecuménico en Éfeso (431), que se celebró entre tensiones y divisiones y que reconoció que María era verdaderamente Madre de Dios, ya que sólo existía un Cristo, un Hijo y Señor. En este concilio aparecieron, una vez más, las rivalidades existentes entre los patriarcados y las diferencias de método entre la escuela alejandrina y la antioquena.

El tema no era sencillo. Los nestorianos separaban las dos naturalezas de Cristo, de forma que peligraba la unidad del Salvador, mientras que sus adversarios acentuaban tanto la divinidad de Cristo que parecía desaparecer su humanidad, absorbida en la divinidad.

En el concilio de Calcedonia (451) se estableció definitivamente la doctrina cristológica. En la primera sesión se leyó la carta de León I, papa de Roma, al obispo Flaviano de Constantinopla en la que establecía que a pesar de la unión de las dos naturalezas y sustancias en la única persona de Cristo, no se verifica ninguna mezcla de las dos naturalezas, sino que cada una actúa en relación a aquello que le es propio. Calcedonia fijó un símbolo que declara: «Nosotros enseñamos y profesamos un único e idéntico Hijo, nuestro Señor Jesucristo, completo en cuanto a la divinidad y completo en cuanto a la humanidad, en dos naturalezas, inconfusas e intransmutadas (contra los monofisitas), inseparadas e indivisas (contra los nestorianos), ya que la unión de las naturalezas no ha suprimido sus diferencias sino que cada naturaleza ha conservado sus propiedades y se ha unido con la otra en una única persona y en una única hipóstasis». La respuesta teológica elaborada como respuesta a Arrio se tradujo en la formulación teológica de

San Atanasio triunfa sobre Arrio, en una miniatura medieval.

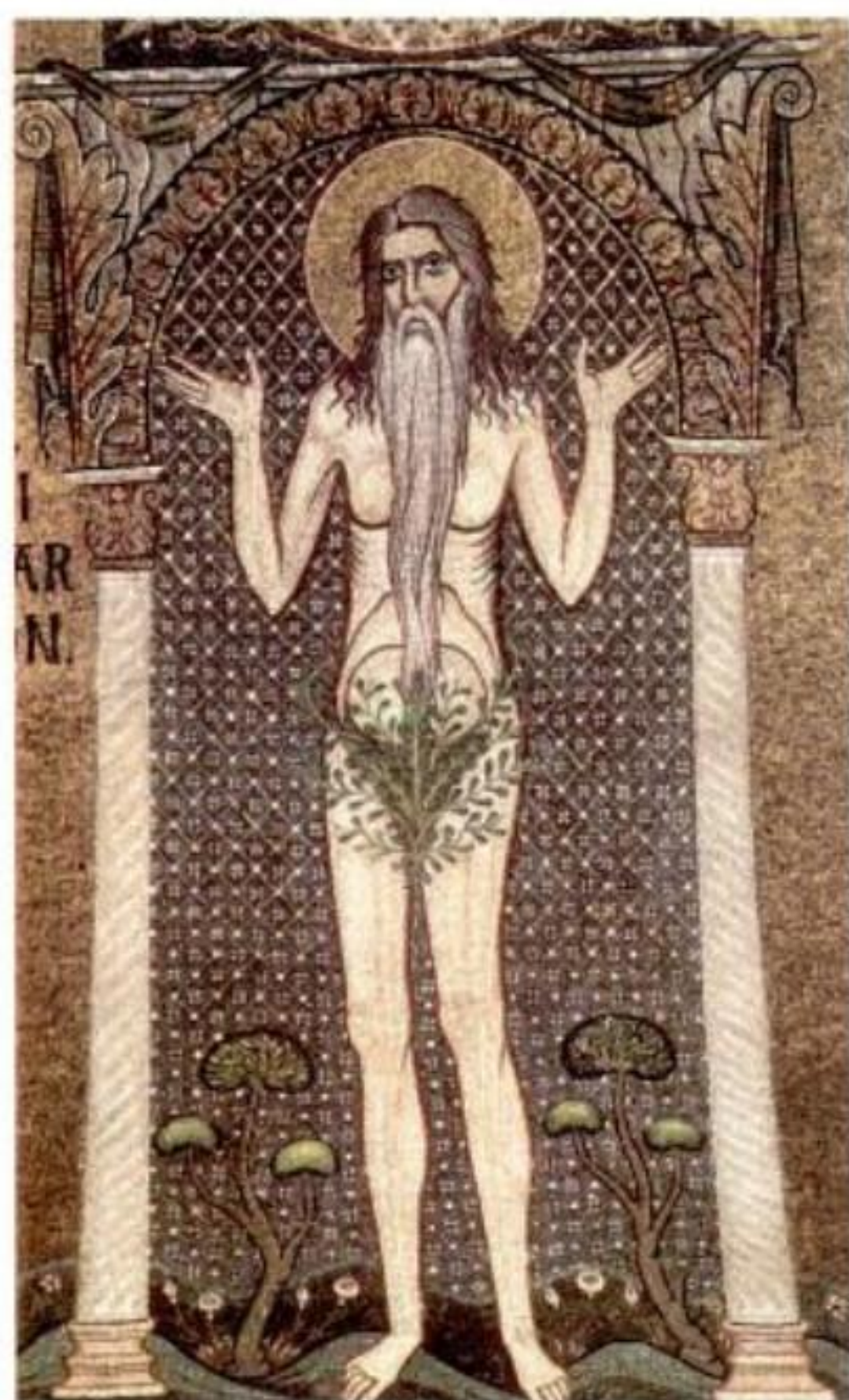
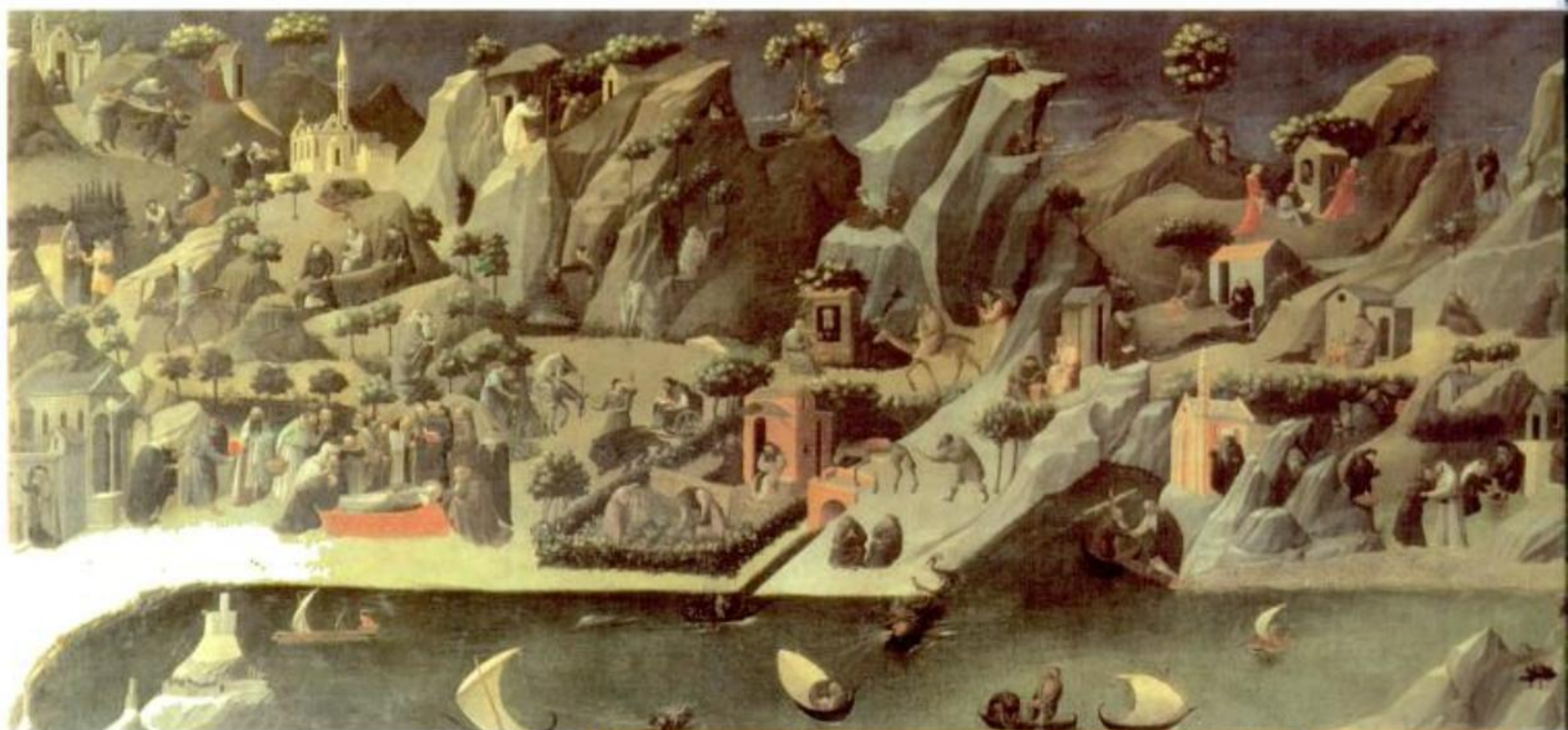
Atanasio, obispo de Alejandría, se convirtió en el más aguerrido defensor de la divinidad de Cristo. A lo largo de su vida fue depuesto de su diócesis, desterrado y torturado, pero pudo contar con el apoyo de los obispos de Roma y con la fidelidad de los numerosos monjes de su diócesis. Ha permanecido en la historia con el sobrenombre de campeón de la ortodoxia.



la Trinidad, expresada en la igualdad esencial de Cristo y del Espíritu Santo con el Padre. El arrianismo constituyó la gran cuestión teológica del siglo IV que se prolongó a lo largo de los siglos siguientes. La ambigüedad del término *omousios* favoreció las diversas interpretaciones entre griegos y latinos, ampliándose las diferencias ya existentes entre ellos. Su desarrollo histórico, tan relacionado con las intromisiones de los emperadores, creó una verdadera tradición cesaropapista en Oriente, y exigió un gran avance en la reflexión de los teólogos y en la profundización del dogma. Por otra parte, el conflicto arriano causó mucho daño a la Iglesia, pero favoreció el robustecimiento de su unidad.

Entre los siete concilios de la antigüedad cristiana sobresalen por su autoridad doctrinal los cuatro primeros a causa de que han formulado los dogmas fundamentales del cristianismo con relación a la Trinidad (Nicea y Constantinopolitano I) y a la Encarnación (Éfeso y Calcedonia). Gregorio Magno los consideró, junto a los Evangelios, como la piedra angular del edificio de la fe.

12. EL MONACATO PRIMITIVO



Una imagen del ermitaño Hilarión que expresa bien la idea, rodeada de leyenda, que el mundo cristiano tuvo del ascetismo riguroso y de la abnegación de quienes se habían retirado al desierto dando la espalda al mundo; está desnudo, cubierto sólo con su propia barba, sus cabellos y un manojo de follaje.



En Capadocia puede admirarse aún hoy un espectáculo asombroso: un paisaje de rocas monolíticas excavadas, que sirvieron antiguamente de habitaciones. También hay allí numerosas iglesias y monasterios. Esta región, en la que floreció un austero monacato, fue cuna de tres grandes padres de la Iglesia oriental, denominados precisamente «los Capadocios»: Basilio de Cesarea, Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

12. EL MONACATO PRIMITIVO



A la izquierda: relieve copto con un monje orante.

En la página siguiente, abajo: estela copta que representa un *apa*, padre de los monjes.

El monje es otro Cristo. En las vidas y en los dichos de los Padres descubrimos su persuasión de conformarse a la vida y a la pasión de Cristo. Allí se descubre también la certeza de que tal conformación puede realizarse de la mejor forma con una vida sacrificada.

constituían dos modelos de vida siempre presentes. Para muchos, este género de vida se convertía en un sucedáneo del martirio. Según escribe Casiano, refiriéndose a los cenobitas, «la paciencia y la fidelidad rigurosa con que perseveran devotamente en la profesión que abrazaron un día, como que nunca dan satisfacción a sus deseos, los convierte de continuo en crucificados para el mundo y mártires vivientes». Rechazando una Iglesia mediocre, los anacoretas abandonaban el mundo, se negaban a sí mismos y se entregaban totalmente a Dios. A primera vista, su objetivo era puramente individual: se reducía al deseo de purificarse, de santificarse, y a este fin parecen encaminarse todas las acciones del monje. Sin embargo, desde el primer momento su horizonte era mucho más amplio y su ambición abarcaba todo el campo eclesiástico. En palabras de Eusebio de Cesarea, los que, separándose del mundo, se consagran por entero al servicio de Dios, obran «como representantes de todo el género humano».

Los cenobitas sirios se consagraban a la hospitalidad, al servicio de las parroquias y al apostolado misionero. Severo de Antioquía pensaba que Cristo en persona iba de pueblo en pueblo, como un pobre más, para comprobar si se cumplían los deberes evangélicos hacia los necesitados. Gracias al celo misionero de los monjes, el cristianismo, que hasta este momento casi se reducía al ámbito urbano, experimentó una expansión masiva entre la población rural.

San Antonio no fue el primer anacoreta, pero probablemente fue el más famoso y quien más influyó. Es casi seguro que fue el primer eremita, es decir, el primero que se retiró al desierto con ánimo de llevar una vida estable. No fue el fundador de una orden, pero sí el padre espiritual de muchos anacoretas que vivían en lugares dispersos. Tampoco fue un asceta de los más austeros, sino que, por el contrario, evitó los extremismos en los que cayeron no pocos. Pero la narración de su vida por san Atanasio, difundida en todo el mundo occidental, ejerció un gran influjo en el fenómeno de la vida ascético-monacal y dio origen a una vida religiosa semicomunitaria.

Estos solitarios no podían impedir la presencia masiva de quienes buscaban orientación y doctrina. Casi espontáneamente fueron surgiendo las colonias de anacoretas que mantenían su aislamiento, aunque celebraban juntos la eucaristía. Pacomio dio forma a un sis-

El proceso de cristianización acelerado en el siglo IV, tras el decreto de libertad religiosa de Constantino, afectó más a los comportamientos externos que a las actitudes y convicciones personales. A menudo, se trataba más de un cristianismo sociológico que de una auténtica conversión, buscaban más formar parte de la Iglesia que adherirse personalmente a Cristo o a su Evangelio. Desde entonces, en muchos casos, ser cristiano hacía referencia más a unos ritos, signos, ceremonias o costumbres que a las exigencias de Jesús y a un cambio profundo de valores y de talante. No faltaron, sin embargo, quienes deseaban llevar una vida más exigente, quienes protestaban por la nueva situación caracterizada por la relajación y mundanización de la comunidad eclesiástica. Y su protesta se tradujo en el abandono de cuanto poseían y en su posterior huida al desierto. La vida de estos Padres del desierto debe ser interpretada como la reacción instintiva del sentido cristiano contra una reconciliación indebida con los poderes del mundo o como la continuación del espíritu de aquellos cristianos que no habían dudado en enfrentarse con las fieras para defender la integridad del Evangelio. La paz y masificación de la Iglesia y la consiguiente oleada de mediocridad que penetró en ella contribuyeron en gran manera a engrosar las filas de los anacoretas, palabra que viene de *anachorein*, «retirarse, irse al monte», y que significa el que ha dejado el mundo.

Los primeros monjes se sentían continuadores de la vida de los ascetas judíos. Recordemos el lugar central ocupado por el desierto en la historia y en la formación del pueblo judío. El desierto no era sólo un lugar de encuentro con Dios, sino, también, de prueba, tentación y lucha con los enemigos de Dios. Elías y Juan el Bautista



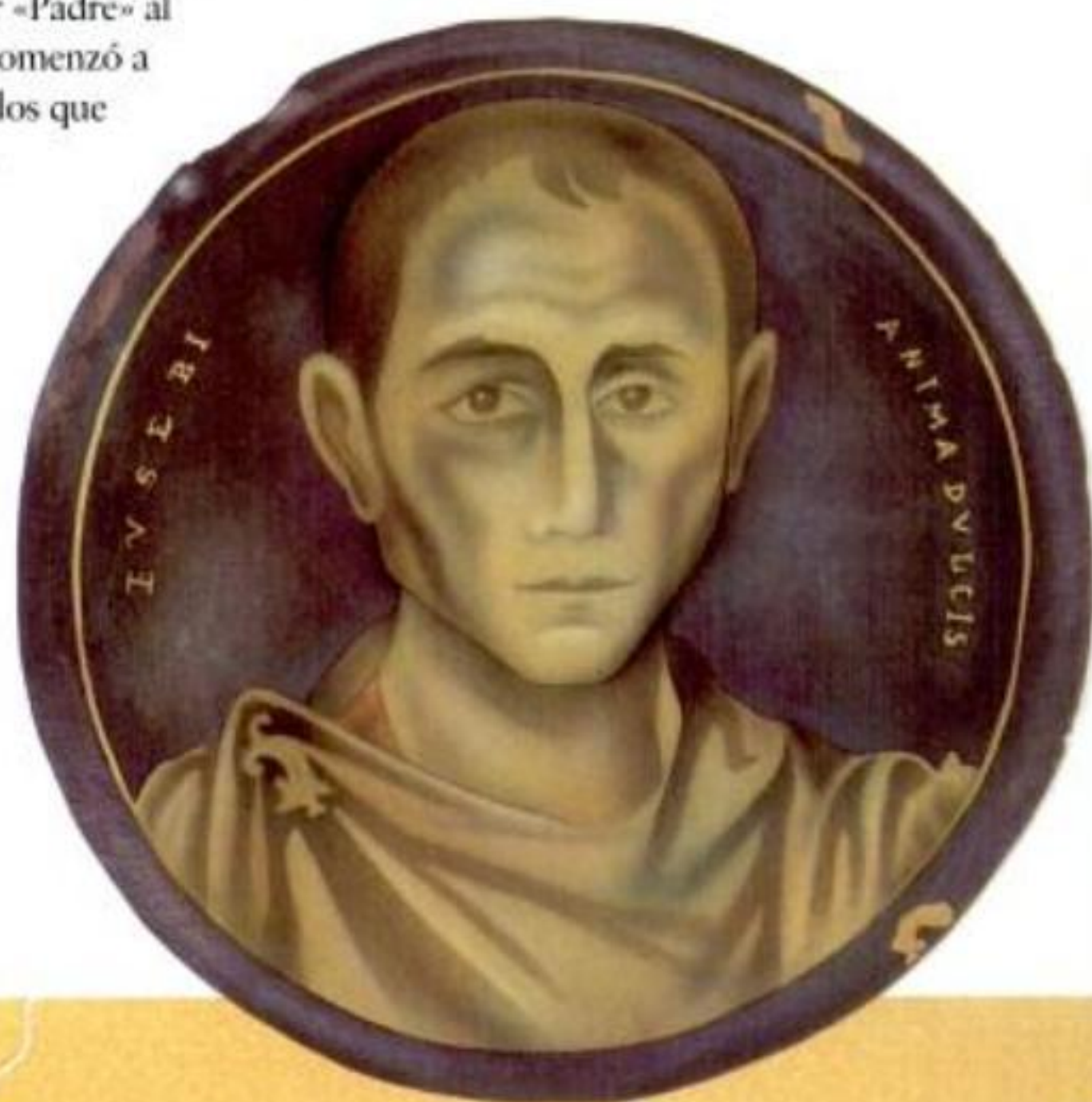
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

13. LOS PADRES DE LA IGLESIA

El período que va desde el concilio de Nicea (325) hasta el de Éfeso (431) —según algunos historiadores hasta la muerte de Gregorio Magno (604)—, se ha denominado la edad de oro de los padres de la Iglesia. En este período se suceden en las principales sedes episcopales grandes figuras de apologetas del cristianismo, teólogos y compiladores de la doctrina, oradores, escritores y organizadores de excepcionales capacidades, tanto en latín como en griego. Son los «Padres» y «Doctores» de la Iglesia. Parece que el primero que recibió el título de «Padre de la Iglesia» fue san Policarpo, obispo de Esmirna, mártir en la segunda mitad del siglo II. En aquella época se comenzaba a llamar «Padre» al obispo, costumbre que llegó a ser habitual en el siglo III. Con el plural de este apelativo se comenzó a designar con el tiempo a aquellos obispos, generalmente de los primeros siglos cristianos, a los que se reconocía una autoridad especial en campo doctrinal; aunque a veces se aplica también a personalidades no episcopales, como es el caso de san Jerónimo.

Será Vicente de Lérins quien dé la definición de «Padres» que quedará como clásica en la Iglesia romana. En su *Commonitorium*, escrito el año 434, declara: «... si surge alguna nueva cuestión, a propósito de la cual nadie ha tomado decisiones, hay que recurrir a las opiniones de los santos Padres, es decir, de aquellos que en sus tiempos y lugares permanecieron en la unidad de comunión y de fe, y fueron considerados como maestros probados».

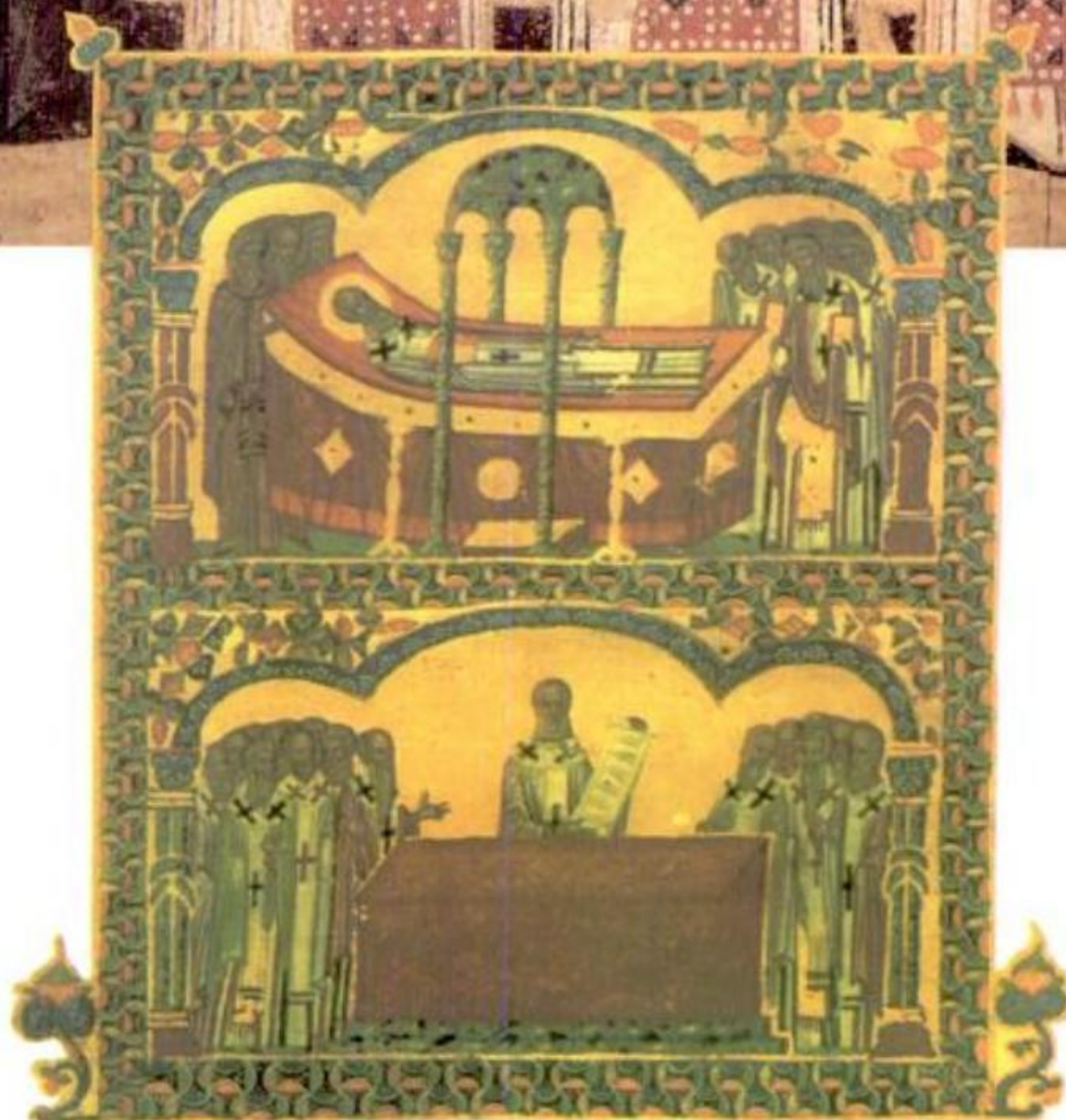
Los Padres más representativos de la Iglesia latina son: Hilario, obispo de Poitiers, Ambrosio, obispo de Milán, Jerónimo, sacerdote y traductor de la Biblia, Agustín, obispo de Hipona, y el papa Gregorio Magno. Entre los Padres de lengua griega se distinguieron: Ireneo de Lyon, Atanasio, obispo de Alejandría, Basilio el Grande, obispo de Cesarea, Gregorio Nacianceno, obispo de Constantinopla, Gregorio, obispo de Nisa y Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla.





A la izquierda: tres santos padres de la Iglesia oriental, acompañados por una santa, en un icono ruso del siglo XV: Gregorio de Nisa, Juan Crisóstomo y Basilio el Grande.

Abajo: la muerte de Atanasio de Alejandría y su funeral celebrado por Gregorio Nacianceno; miniatura bizantina del siglo XII.



*En la otra página, arriba: vidrio dorado del siglo V con el retrato de un hombre llamado Eusebio, tradicionalmente identificado con Eusebio de Cesarea. Gran erudito y heredero de la biblioteca de Orígenes, fue autor de una *Historia eclesiástica* de importancia fundamental. Muy apreciado en la corte, Eusebio fue el gran sostenedor de la política de Constantino. En interés del Imperio defendió una postura intermedia entre la ortodoxia nicena y las concepciones arrianas. Se le considera fundador de la historiografía eclesiástica.*



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

14. TEODOSIO: EL CRISTIANISMO, RELIGIÓN DEL ESTADO



Las ruinas de la iglesia y del monasterio de San Simeón Estilita el Viejo en Qal'at Sim'an, en Siria, región de origen de una forma especialmente llamativa del ascetismo, la de los estilitas (del griego *stylos* = columna). Vivían sobre una

columna para llevar una vida de oración y estar más cerca del cielo. En torno a la columna de Simeón, cuya fama se difundió rápidamente por todo el mundo cristiano, surgió hacia el año 480 este imponente centro de peregrinación.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

21. EL PRIMER ARTE BIZANTINO

El reinado de Justiniano supuso en Bizancio y en las áreas que sufrían directamente su influencia, una transformación radical de la arquitectura y del arte religioso, que durará con sorprendente homogeneidad hasta la disolución del Imperio en 1453. Se caracterizará por la sofisticación de su estilo y la espiritualidad de su expresión.

Santa Sofía, basílica de Constantinopla, edificio excepcional, sobresale de entre todas estas creaciones y se ha convertido en el paradigma del arte bizantino. Su planta es casi cuadrada y lo esencial de su arquitectura es la gran cúpula central y la impresión que su interior produce de un espacio inmenso, idealmente organizado para celebrar la solemne liturgia bizantina. Desde la puerta principal de la nave y a lo largo de todo el eje del edificio hasta el ábside, el espectador goza con la noble majestad de la gran sala. Y se siente elevado hacia las bóvedas lejanas que, pesadas cuando se las mira desde fuera, parecen escapar a la ley de la gravedad en cuanto se está en el interior de la iglesia. Nunca se insistirá bastante en el arte con que los arquitectos utilizaron la luz solar. Cada hora tiene su propio haz de flechas luminosas, las cuales, al penetrar por diferentes ventanas, convergen en determinado punto o, al entrecruzarse a distintas alturas, resbalan a lo largo de las paredes y se tienden sobre las losas del pavimento. Los dos arcos laterales estaban cerrados por las galerías del segundo piso, desde donde la corte y los altos funcionarios presenciaban las ceremonias que se celebraban en el grandioso templo resguardados de las miradas del pueblo. No olvidemos que esta iglesia era el principal santuario del Imperio cristiano, a donde acudía normalmente su jefe a rezar a Cristo, su soberano celeste.

Santa Sofía estaba completamente decorada con mosaicos que ofrecen una de las versiones más antiguas de un ciclo que incluye la presencia de Cristo en la cúpula, de la Virgen en el ábside y de los profetas y santos en los muros de la nave, alrededor de Cristo, en una sorprendente integración de la expresión arquitectónica con la pictórica. El conjunto de la iglesia formaba un microcosmos del universo cristiano.

En Constantinopla se construyeron otras muchas iglesias y monumentos con las mismas características, pero es en Ravena, capital del exarcado bizantino de Occidente con jurisdicción nominal o efectiva sobre Italia, Sicilia, la costa norte de África y España, donde encontramos algunos de los ejemplos más importantes de este arte. Se trata de las iglesias de San Vital y de San Apolinar Nuevo. La gran basílica de San Apolinar posee las más bellas producciones del arte nuevo que llegaba de Oriente. El espectador, situado en el centro de la iglesia, ve desarrollarse a cada lado una



procesión de figuras de mosaico paralelas: a un lado están los santos y mártires guiados por san Martín, los cuales acuden a adorar al Salvador; en el otro lado las santas y vírgenes, precedidas por ángeles y los Reyes Magos, llegan en larga comitiva hasta la Virgen con el Niño. Todos van vestidos como bizantinos. El objetivo era mostrar al creyente el camino en su búsqueda de Dios y hacérselo recorrer. El estilo de los mosaicos bizantinos reflejaba su función de estáticas y simbólicas imágenes de lo divino y de lo Absoluto. En San Vital encontramos una magnífica representación de la teocracia cristiana: los emperadores llevan procesionalmente sus ofrendas de plata a un santuario de Cristo tal como lo hacen los mártires y las santas vírgenes que en San Vital llevan sus coronas de oro a Cristo y a la Virgen. Repiten la ofrenda de los Magos porque ellos son los nuevos Magos, es decir, los príncipes que por su función cumplen lo que los reyes de Oriente realizaron al comienzo de la Edad de la gracia.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

22. EL ENFRENTAMIENTO ROMA-CONSTANTINOPLA

Con Gregorio Magno (590-604) el mundo cristiano se encuentra en el umbral de lo que denominamos medioevo, con las Iglesias de Oriente y de Occidente ya establecidas y conformadas con los caracteres que las definirán hasta la Reforma protestante.

Fue uno de los grandes papas de la historia, buen escritor, teólogo riguroso aunque no original, sensible a la vida monacal y del espíritu, muy consciente de que resultaban necesarios unos métodos pastorales claros y precisos en una época de cambio y de crisis, muy consciente del papel del pontificado romano.

De joven fue el encargado de negocios de la Santa Sede en Constantinopla (579-583), donde conoció la mentalidad oriental y entabló relaciones con algunos personajes de la Corte. Allí conoció la pretensión de sus obispos de llamarse patriarcas ecuménicos. Una vez elegido papa por el pueblo y el clero romano, se opuso e hizo cuanto pudo contra esa pretensión. Creía que estaba en juego el prestigio y la autoridad de la Santa Sede, sobre todo en Oriente. Pensaba, además, que se trataba de un título contrario a la humildad y recordó que ni el mismo Pedro fue llamado apóstol universal. Gregorio, como contrapropuesta, asumió el título de «Siervo de los siervos de Dios».

En Constantinopla cimentaron sus pretensiones en las reliquias de san Andrés apóstol. Este no sólo era hermano de Pedro sino que había sido llamado al apostolado antes que él. Surgió entonces la leyenda de que san Andrés había consagrado al primer obispo de Bizancio. En realidad, todo continuó como antes. Años más tarde, en el 607, el emperador Focas promulgó un edicto en favor del papa Bonifacio III decidiendo que la Sede Apostólica de san Pedro sería la cabeza de todas las Iglesias, reforzando el prestigio del primado que ya universalmente se reconocía. Tampoco este edicto cambió una situación deudora más de talantes y psicologías distintas que de doctrinas.





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

23. DE LA ANTIGÜEDAD A LA EDAD MEDIA



Las permanentes invasiones y emigraciones de los llamados pueblos bárbaros destruyeron el Imperio y, en gran parte, la civilización romana. Desapareció el orden establecido, la organización administrativa, el ambiente cultural y la actividad intelectual. Los continuos saqueos y muertes, las poblaciones reducidas a esclavitud, la destrucción de edificios y ciudades, acabaron con un sistema de vida. Roma a lo largo del siglo V fue amenazada tres veces: saqueada por los visigodos de Alarico en el 410; en el 451 san León Magno consiguió que los hunos dirigidos por Atila no la saquearan; en el 455 los vándalos penetraron en una ciudad que mantenía poco de los antiguos esplendores.

La vida ciudadana, naturalmente, desapareció con las ciudades y se convirtió en rural y primitiva. Surgía Occidente, aparecía el Medioevo.

La Iglesia salvó la civilización y cuidó, una vez más, de los más pobres y marginados. Los obispos se convierten en piezas impor-

tantes de una sociedad en la que la Iglesia irá adquiriendo un lugar relevante.

En Occidente, la cultura se salva gracias a los monjes que copiarán los códices que conservaban la cultura clásica, transmitiendo así a la posteridad los escritos de los autores grecorromanos, y también los de algunos autores de su tiempo como san Isidoro. La desaparición de la organización política romana creó un vacío que sólo pudo ser llenado por la Iglesia, educadora y legisladora de los nuevos pueblos. Ambrosio, Agustín, León y Gregorio fueron, en un sentido real, los padres de la civilización occidental al incorporar estos pueblos a la comunidad espiritual de la cristiandad.

Una consecuencia más discutible fue la estrecha unión-confusión de las instituciones del Estado con las de la Iglesia. Los concilios nacionales de Toledo constituyen un ejemplo elocuente de esto. Recaredo y sus sucesores convocaban los concilios, determinaban las materias de las deliberaciones, dirigían el desarrollo de las sesiones y firmaban las actas. En realidad, eran al mismo tiempo asambleas eclesiales y asambleas del reino, y de hecho influyeron eficazmente en la marcha de este. Los obispos crearon una ética de los soberanos marcada por las virtudes de *iustitia* y *pietas* de la antigüedad, objetivaron la soberanía regia como oficio regio e introdujeron la consagración del rey para fortalecer la autoridad del soberano.

No todo se había perdido en el ámbito cultural a pesar del grave deterioro. Tendríamos que señalar algunos mediadores de la cultura clásica gracias a su obra y a su actuación:

Boecio (480-524), filósofo y hombre de Estado con Teodorico, quien le acusó de traición y le encarceló. Entre sus muchos escritos sobresale el *De consolazione philosophiae*, escrito en la cárcel.

Casiodoro (477-570), noble romano y monje. Ocupó importantes cargos en la administración de los reyes ostrogodos. Sus obras constituyen una importante fuente para el conocimiento de la situación en la transición del Imperio a los reinos bárbaros. Hacia el 540 se retiró al sur de Italia a un monasterio que él mismo había construido, convirtiéndolo en un importante centro de enseñanzas seculares y religiosas. Fomentó la copia de manuscritos, colaborando eficazmente en la conservación de la cultura clásica.

Isidoro de Sevilla (560-636) y su hermano Leandro consiguieron que Sevilla se convirtiese en un centro cultural cristiano. Isidoro tenía conocimientos enciclopédicos. Sus estudios, que tenían en cuenta las aportaciones de Boecio y Casiodoro, abarca-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

24. BIZANCIO Y EL ISLAM

Entre mediados del siglo VII y mediados del VIII el "mare nostrum" romano y cristiano sufrió un cambio de consecuencias incalculables. El pueblo árabe, utilizado a menudo como barrera de protección entre bizantinos y persas que vivían en permanente confrontación, afirmó su identidad, inició una imparable guerra de expansión, hasta el punto de que toda la cristiandad pareció estar en peligro de ser invadida.

En el 570 nació Mahoma, en el 610 inició su acción de predicación y atracción a su doctrina, en el 622, convencido de predicar un mensaje divino, tiene que huir a Medina a causa del rechazo



de sus conciudadanos de La Meca que no estaban dispuestos a abandonar sus ídolos y a aceptar la inmortalidad del alma, la resurrección de los muertos y un Dios único creador, todopoderoso y juez soberano. Durante la siguiente década, hasta su muerte, fundó las bases de la posterior expansión y recibió del arcángel Gabriel el Corán, la palabra increada de Dios. En poco tiempo consigue la coordinación de los árabes de la península Arábiga, de Siria y de Irak, integración lograda no tanto por fanatismo religioso cuanto por la ambición política de unir al pueblo árabe.

Los éxitos fueron espectaculares: Bizancio fue derrotada en Siria (634), Jerusalén conquistada (638), en el 640 Mesopotamia y en el mismo año llegaban a Armenia. España fue conquistada en muy poco tiempo y sin apenas resistencia (711), y asimismo Creta (823) y Sicilia (827), y en el norte de África, una de las regiones con el cristianismo más estructurado y organizativamente implantado en más de ochocientas diócesis, la Iglesia desapareció de la noche a la mañana, y lo mismo sucedió en tantos otros lugares. La misma Roma fue saqueada en el 846. Intentaron también conquistar Francia, pero Carlos Martel los detuvo y venció en Poitiers en el 732. La lengua árabe reemplazó al griego como vehículo de civilización.

El islam era una religión que se imponía fácilmente a quienes tenían un cristianismo muy superficial y ritual: se trataba de una doctrina clara, centrada en la trascendencia de Dios, con un culto muy simple, sin clero y sin liturgia; con una moral poco exigente en el plano personal y con mayor exigencia de las virtudes sociales de hospitalidad, generosidad y fidelidad. A pesar de esto, tenemos que reconocer que los musulmanes han conseguido, a menudo, incorporar a los cristianos a la sociedad y religión musulmana mientras que lo contrario no ha sido posible.

Resulta sorprendente comprobar que en todas las conquistas y anexiones los invasores encontraron complicidades por parte de cristianos que pertenecían a grupos heréticos o a nacionalidades enfrentadas a los bizantinos. En la batalla de Yarmuk, en la que fueron destrozados los ejércitos del Imperio, 12.000 cristianos árabes se pasaron al enemigo. Los cristianos monofisitas casi siempre prefirieron estar sometidos a los mahometanos antes que a los católicos.





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

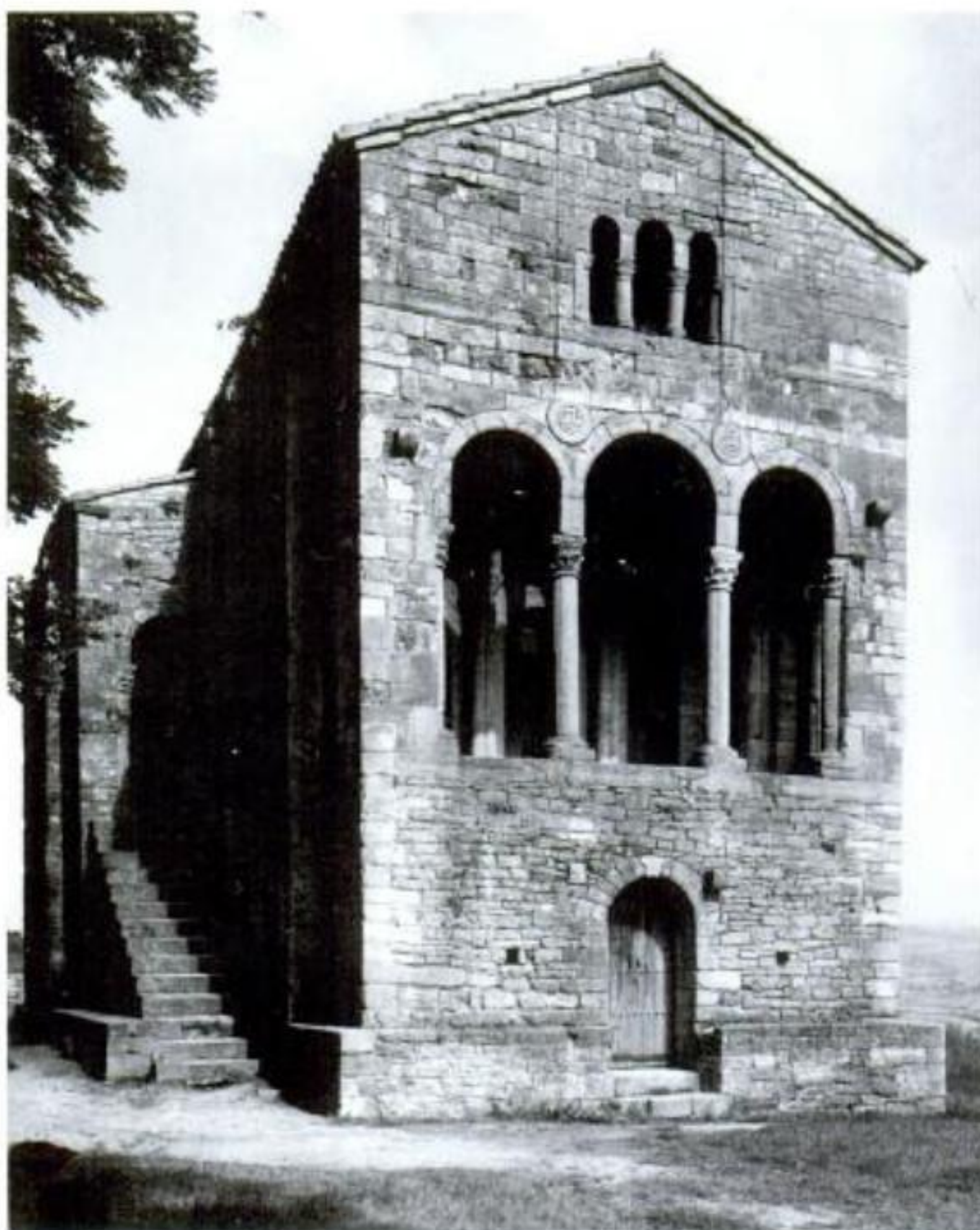


You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

25. LA IGLESIA Y EL MUNDO BÁRBARO



Al tiempo que Mahoma comienza su labor de adoctrinamiento y mientras los árabes van ocupando los territorios de antiguas comunidades cristianas en Oriente y en África, en Europa son cristianizados los pueblos del Norte, el complejo mundo de los pueblos germánicos.

Gregorio Magno envió a Inglaterra (596) a cuarenta monjes de su monasterio romano, al mando de los cuales se encontraba Agustín, quien se convertirá en el obispo de Canterbury y en el organizador de la Iglesia anglosajona. En el norte de la isla se encontraban los cristianos celtas, que no estaban dispuestos a relacionarse con los invasores sajones ni siquiera para evangelizarlos. Serán necesarios casi cien años para conseguir una Iglesia unificada.

El punto de partida de la acción evangelizadora del Norte europeo es la Iglesia de Irlanda, donde los monasterios constituían

un potente foco de irradiación del cristianismo. Los monjes aceptaban las peregrinaciones en nombre de Cristo y por el amor de Dios. Abandonaban su patria y, movidos por un ideal religioso de gran fecundidad, se lanzaban a los caminos del continente. Tal vez el monje irlandés más conocido de todos fue san Columbano, predicador de paganos a lo largo del Rin y fundador de numerosos monasterios en el continente, capaces de renovar la vida religiosa y los conocimientos culturales. Sin embargo, estos monjes, dado su carácter demasiado individual, apenas consiguieron establecer comunidades cristianas organizadas.

Los primeros misioneros benedictinos de la Iglesia anglosajona llegados a Europa fueron a evangelizar a los frisonos (desde la actual Bélgica hasta el Weser) porque estaba enfrente de Inglaterra. En 689 el monje Wilibrordo se dirigió a la costa de Frisia, predicó, visitó al papa Sergio (692), fue nombrado arzobispo e instaló su sede en Utrecht. En el 698 Wilibrordo convirtió el monasterio de Echternach (actual Luxemburgo) en un plantel de misioneros. De aquí partió la decisiva evangelización de Alemania, sobre todo gracias a la acción de san Bonifacio.

Este recibió del papa la misión de organizar la Iglesia germánica y despertar de su mediocridad la Iglesia franca, y la consigna de recurrir a la Santa Sede en caso de dificultades. A este encargo dedicó todo su tiempo y todas sus energías. Al final de su vida pudo afirmar con verdad: «Yo soy el discípulo de la Iglesia romana; he vivido siempre al servicio de la Sede Apostólica».

Misionó en Hesse con tanta intensidad que en el 722, en Pentecostés, muchos miles de personas pidieron el bautismo; se estableció en Turingia durante once años y con el auxilio de gran número de refuerzos venidos de Inglaterra, a los que se añadieron importantes personalidades de los monasterios de mujeres, completó una fecunda labor evangelizadora creando parroquias y monasterios. Más tarde, reorganizó la Iglesia bávara creando cuatro obispados y nuevos monasterios que sirvieron de punto de apoyo a la vida religiosa y eclesiástica de estos territorios. Los sínodos provinciales, celebrados periódicamente, contribuyeron a suprimir los defectos y a fomentar las virtudes del clero y del pueblo.

San Bonifacio se había convertido en el primado efectivo de las Iglesias de Alemania. Esto se manifestó claramente en su actuación en el sínodo general del 742, donde se reunieron obispos de toda Centroeuropa. Allí consiguió que los obispos prestasen juramento de fidelidad al papa y que los monasterios aceptasen la regla de san Benito, al tiempo que se aprobaron normas de formación



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

26. EL MUNDO ESLAVO

Los francos en Occidente y los bizantinos en Oriente constituían los dos polos más activos, pero un conjunto de pueblos eslavos actuaban, se movían y peleaban entre la península de Crimea y el mar Báltico. Es en esas tierras inmensas donde van a nacer Rusia, Bulgaria, Lituania, Bohemia y otros pueblos y naciones que serán importantes en la historia europea y que fueron convirtiéndose al cristianismo en los siglos IX y X.

Entre las causas de conversión de estos pueblos encontramos razones políticas y militares, pero, también, el hecho de que las religiones germánicas no explicaban suficientemente qué sucedía tras la muerte, a diferencia del cristianismo, que ofrecía una explicación coherente y decidida. El cristianismo que se les ofrecía aparecía expresado en dos culturas que representaban dos mundos políticos y sociales diversos.

En el último tercio del siglo IX había tres Estados eslavos importantes: Bulgaria, Moravia y Rusia, que había de crecer considerablemente.

El príncipe Ratislao de Moravia, la actual Bohemia y Eslovaquia, queriendo liberarse del influjo del Imperio germano, decidió apoyarse en Bizancio y les pidió misioneros evangelizadores. Esta petición fue muy bien acogida por Constantinopla, ya que significaba extender su influjo más allá de sus fronteras. Enviaron a los hermanos Cirilo, profesor de filosofía, y Metodio, gobernador provincial, de Tesalónica, que conocían la lengua eslava y que

crearon un alfabeto, dado que no lo tenían, pudiendo así traducir al eslavo la Escritura y los libros litúrgicos.

No pocos pensaban que la liturgia debía celebrarse sólo en hebreo, griego o latín, las tres lenguas de la inscripción de la cruz, por lo que no admitían las novedades de Cirilo y su hermano. Además, tuvieron dificultades de jurisdicción con los obispos alemanes, pero el papa apoyó el uso de la lengua eslava como lengua litúrgica, «ya que quien creó las tres lenguas litúrgicas creó también las otras para su alabanza y gloria» y les respaldó en su acción. Cirilo murió en Roma y está enterrado en la hermosa basílica de San Clemente, y Metodio fue ordenado obispo con autoridad sobre una enorme diócesis que abarcaba lo que ha sido Checoslovaquia y Yugoslavia.

Sin embargo, hay que reconocer que la mentalidad dominante defendía que en Oriente la lengua que se debía utilizar era la griega y en Occidente la latina. Tal vez fue el precio que había que pagar para conseguir el sentido de unidad y coherencia que adquirió la Iglesia occidental. De hecho, Cirilo y Metodio representaron tanto a Roma como a Constantinopla, pero no cabe duda de que el mundo eslavo que nacía al cristianismo iba a tener una impronta fundamentalmente bizantina. Macedonia y Serbia entraron en la órbita bizantina y Moravia y Croacia en la romana, aunque la última mantuvo la liturgia eslava.

El siglo IX es un siglo de rivalidad misionera entre las dos grandes metrópolis. No se trataba tanto de búsqueda de poder y

prestigio cuanto de dos culturas y dos personalidades en expansión que necesariamente rivalizaban en su proceso de desarrollo.

En Bulgaria el rey Boris, dándose cuenta de que los estados limítrofes habían pasado al cristianismo, se hizo bautizar en el año 863 y obligó a la nobleza a imitarlo. Pidió a Bizancio que pusiera a la cabeza de su Iglesia a un patriar-





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

27. LA IGLESIA OCCIDENTAL EN TIEMPOS DE CARLOMAGNO

Con Carlomagno y sus sucesores la Iglesia occidental adquiere su contorno más definido y la configuración que se va a mantener a lo largo de la Edad media. Por otra parte, la conversión e integración de los sajones en el mundo occidental junto a la conversión e integración de los eslavos en el Imperio oriental señala el mapa del cristianismo y las fronteras de las dos grandes obediencias, Roma y Constantinopla. Pero hay que añadir que germanos y eslavos aportarán parte de su talante y espíritu a un cristianismo que hasta ese momento había sido fundamentalmente semita, griego y romano.

Con Carlomagno se creó el Imperio cristiano, una renovación del Imperio romano pero con un carácter religioso-eclesial. En realidad, fue una idea y una determinación de los papas. En la Navidad del año 800 el papa León III coronó emperador a Carlomagno con un ceremonial solemnísimo que recordaba al bizantino. El emperador se convertía en el protector de la Iglesia y del Romano pontífice. Este le coronaba, otorgándole así la dignidad imperial, pero, a su vez, el emperador adquirirá el derecho de confirmar la elección del Papa.

La instauración del Imperio occidental desembocará casi necesariamente en frecuentes tensiones y enfrentamientos con el pontificado. Se enfrentaban dos poderes que tenían aproximadamente las mismas pretensiones, pero contrapuestas. A lo largo del medioevo, hasta la Reforma, ambas instituciones se ayudarán con frecuencia, pero también se combatirán con dureza.

Carlomagno, «nuevo David», «Rey y Sacerdote», sujetó y obligó a aceptar el cristianismo a los pueblos sajones, de Frigia, los vendos, los ávaros, los moravos y los bohemios, formando un reino imponente en el que quiso instaurar la fe y la cultura cristiana. Para lograr esto lo organizó eclesiásticamente creando los arzobispados de Colonia, Tréveris, Maguncia, Salzburgo, a los que se añadirán poco después de su muerte los de Hamburgo-Bremen y Magdeburgo, de los que dependían numerosos obispados. Esta organización favoreció una rica vida eclesiástica, religiosa y espiritual.

Su preocupación por la cultura se plasmó en la obligación que tenían catedrales y monasterios de fundar una escuela en la que se enseñaban los conocimientos elementales. El despertar cultural de Occidente encontró en Carlomagno su animador. Llamó a su corte a los hombres más eruditos de su tiempo de todos los países europeos y realizó un programa sistemático de reforma de la ins-



trucción eclesiástica. En la escuela palatina, dirigida por Alcuino, estableció un centro de estudios superiores, donde por primera vez en el medioevo los eruditos y los nobles, laicos y clérigos, se encontraban en un terreno común de humanismo literario y discusión racional, con el objetivo de crear una cultura cristiana. Este espíritu de humanismo cristiano aparece en la carta de Alcuino a Carlomagno: «Si tus proyectos se realizan puede ser que una nueva Atenas nazca en el país franco, y una Atenas más bella de la antigua, porque nuestra Atenas, ennoblecida por la doctrina de Cristo, sobrepasará la sabiduría de la Academia». Carlomagno fue consciente de que un renacimiento cultural inspirado y dirigido por la Iglesia resultaba el medio más decisivo para conseguir una sociedad cristiana.





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

28. EL NACIMIENTO DEL ESTADO PONTIFICIO

Es bien conocido el papel preponderante ejercido por los obispos romanos, a partir de Constantino, tanto en la ciudad como en la región romana. Parece cierto que el emperador Constantino ofreció al papa como residencia el palacio de una familia patricia romana, los Laterani. De hecho, allí establecieron su sede y, todavía hoy, la catedral de Roma, San Juan de Letrán, se encuentra en el mismo lugar.

Tras la caída de Italia en manos de los pueblos bárbaros y la desaparición del Imperio romano de Occidente, Roma siguió dependiendo del emperador de Constantinopla, pero, a menudo, su autoridad era más teórica que real. Seguía denominándose emperador romano, pero ni sus ejércitos vigilaban o protegían la ciudad ni su hacienda era capaz de dirigir un país caótico y desorganizado por las frecuentes invasiones. En esos momentos de auténtico caos, la única autoridad real era la del papa, el único

que podía defender la ciudad, organizar las milicias y proporcionar alimentos. Efectivamente, la Iglesia romana poseía grandes propiedades en la península y en Sicilia, «el Patrimonio de san Pedro», y desde allí llegaban los cargamentos de trigo que los pontífices repartían entre una población a menudo hambrienta y necesitada. De esta forma, el papa se convirtió en la única persona con autoridad. Es decir, a mediados del siglo VII los pontífices detentaban, de hecho, la soberanía sobre buena parte de la Italia central. Durante el siglo siguiente esa autoridad fue con frecuencia impedida y atacada por los longobardos.

Los bizantinos no podían ayudar al papado, aunque lo hubiesen deseado, porque todo su esfuerzo estaba centrado en defenderse de los árabes. Esteban II (752-757) pidió ayuda a los francos, y en el 754 atravesó los Alpes, acudió a la residencia del rey Pipino el Breve, se entrevistó con él, le ungió en San Denis «anatematizando a quienquiera que no se sometiese a ellos y a su descendencia», y ambos acordaron una alianza. Pipino se comprometió a restituir al Papa los territorios de la Italia central ocupados por los longobardos. Poco después, tras unas victorias en el campo de batalla, destruyó el reino longobardo, que constituía una permanente amenaza a Roma y cumplió su promesa. Así nacieron los Estados Pontificios como complejo político, Estados que durarán hasta 1870. Carlomagno renovó la donación de Pipino aumentándola con ciudades y territorios nuevos. En el 800, León III le coronaba emperador en Roma. Esta coronación y la entrega de territorios que habían pertenecido al Imperio causaron el rechazo violento de Constantinopla, que decidió que la ruptura política suponía también una ruptura religiosa. La alianza del papado con el reino franco parecía abrir una nueva era al futuro destino de Occidente y respaldaba la existencia del nuevo estado eclesial.

En el 846 los sarracenos desembarcaron en Ostia, cercaron Roma y la saquearon. León IV construyó una muralla que rodeaba lo que desde entonces se llama la ciudad leonina, un intento de defender sobre todo el sepulcro de san Pedro y los edificios cercanos. Este pontificado representa bien la situación del papado, que tuvo que enfrentarse a las diversas monarquías carolingias que, cada una por su lado, pretendían dominar y manejar a su gusto las Iglesias y diócesis de sus dominios.

Se trató de una lucha en la que la Iglesia de Roma no consiguió siempre imponerse, aunque señaló siempre que pudo los límites del poder político y del religioso. La disgregación política existente empujó a los papas, preocupados por la unidad de la Iglesia, a reforzar la autoridad de la sede romana sobre las Iglesias locales





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

29. LOS ÚLTIMOS CONCILIOS ORIENTALES



Hay que recordar que los ocho primeros concilios tuvieron lugar en Oriente, convocados y dirigidos por los emperadores bizantinos. En un imperio permanentemente dividido por querellas religiosas, en constante tensión por los ataques a sus fronteras, las divisiones religiosas tenían siempre consecuencias políticas tal como hemos visto al estudiar las Iglesias orientales separadas o al tratar el cesaropapismo oriental. Sólo en este contexto es explicable la complicada y embarullada historia del monofisismo.

Dentro de esta historia se encuadra una nueva controversia teológica, la monoteleta. ¿Cristo tenía una o dos voluntades? El emperador Heraclio publicó una declaración (638) del patriarca Sergio que afirmaba que en Cristo existía una sola voluntad. En el 641 Juan IV convocó un concilio romano en el que se condenó la herejía monoteleta. En el 649, un nuevo papa, Martín I, reunió un concilio en Letrán que afirmó solemnemente que en Cristo hay «dos voluntades y dos operaciones, divina y humana». La reacción del emperador Constante II fue brutal: Martín I fue llevado prisionero a Constantinopla, vejado, degradado, encarcelado y exiliado. Fue considerado mártir, así como Máximo el Confesor, a quien se le arrancó la lengua y un brazo muriendo mártir en el 662 con ochenta años cumplidos. Años más tarde, el concilio Constantinopolitano III (680-681) enseñó explícitamente la existencia en Cristo de dos voluntades naturales «sin división, sin cambio, sin separación, sin confusión». Se ponía así fin a la querella monoteleta, afirmando nuevamente las dos naturalezas en la unidad de una misma Persona, «un Cristo operante», descartando así el peligro del nestorianismo.

Decenios más tarde la comunidad oriental volvió a enardecerse, esta vez con motivo de las imágenes. Hemos visto cómo a partir del siglo III aparecen las primeras imágenes con un carácter catequético: la historia de la salvación, de los sacramentos, de Cristo... Desde el siglo IV se multiplica la construcción de iglesias y se cultivan todas las artes capaces de ornamentarlas. El pueblo cristiano aumentó su devoción a las imágenes a pesar de que algunos teólogos llamaron la atención sobre sus peligros. No obstante estas advertencias, se mantuvo el convencimiento de que las imágenes, como las reliquias, protegían, curaban y ayudaban en todas las necesidades, y como ellas debían ser veneradas.

El emperador León III (713-741), de origen sirio, tal vez influido por la concepción monoteísta y antidólatra judía, y también islámica, inició una lucha feroz contra las imágenes, destruyendo no pocas. Esta política le enfrentó con patriarcas, papas, sacerdotes y, sobre todo, con los monjes que defendieron sus devociones con valentía. Constantino V (741-755) exigió el juramento de no venerar las imágenes. Muchos monjes fueron asesinados o mutilados y las imágenes destruidas y reemplazadas por decoraciones profanas. Los monjes sufrieron el martirio, pero triunfaron en la consideración del pueblo cristiano.

El cambio se produjo con la emperatriz Irene, que convocó el concilio de Nicea II, que inició sus sesiones con la lectura de dos cartas del papa Adriano a los emperadores y al patriarca, defendiendo la legitimidad de las imágenes. El concilio justificó la doctrina sobre las imágenes con la Sagrada Escritura y con la Tradición, y distinguió su culto del que se puede atribuir sólo a Dios. La imagen, se dijo, posee una capacidad real de representación. La Encarnación hace a Dios visible dentro de las limitaciones de la naturaleza humana. Representarle en su forma humana es confesar que se ha encarnado realmente y no en apariencia.

Este concilio aprobó unas resoluciones fundamentales sobre la naturaleza y la función de las imágenes y sobre la veneración que se les puede conceder y facilitó el renacimiento del arte del icono. A pesar de que el concilio fue aceptado, durante varios decenios hubo dificultades y retrocesos según las opiniones de los emperadores. En el 843 se estableció la fiesta de la ortodoxia para señalar la aceptación universal de las afirmaciones conciliares.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

30. LA CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA BIZANTINA

La concepción bizantina de las relaciones entre la Iglesia y el Estado tenía como fundamento la doctrina de su solidaridad. Atacar al cristianismo era poner en peligro el equilibrio social y, naturalmente, el poder político. En Bizancio, el emperador, imagen viviente de Cristo y depositario de todo derecho, era el protector nato de la Iglesia que, a su vez, le ofrecía su apoyo.

Hasta el último día del Imperio la teología fue vista como un asunto de Estado y los emperadores pretendieron tener siempre la última palabra en las controversias doctrinales. La contaminación entre teología y política era completa. Nicéforo Focas, por ejemplo, legisló sobre la extensión de los monasterios y sobre la necesidad de que sus monjes fueran más espirituales y menos ávidos de riquezas. Otros se entrometieron en cuestiones más estrictamente doctrinales como años antes otros emperadores legislaron sobre las imágenes.

Una característica esencial de esta Iglesia, como en general de todas las orientales, fue la preponderancia de los monasterios en su vida religiosa. Su número era extraordinario y su influjo en los fieles sorprendente a causa de la enorme admiración de la que eran objeto. La vida religiosa en general estaba bastante más dirigida por los monjes que por el clero secular. Los monjes servían al mundo permaneciendo recogidamente en la presencia de Dios. En los monasterios se formaban los teólogos, surgían las controversias teológicas y nacían, a menudo, las herejías. Allí se reclutaban los obispos e, incluso, los patriarcas, que, a menudo, continuaban viviendo en monasterios después de su nombramiento.

Desde el siglo VIII al XII el territorio patriarcal en el que ejercía su jurisdicción Constantinopla aumentó considerablemente con la anexión de Tesalónica, Siracusa, Creta, Corinto, Atenas, Patrás, Bulgaria y otros territorios. Reservándose el derecho de nombrar al arzobispo de Ochrida, el emperador mantenía el control sobre las iglesias de los pueblos eslavos del sur. Nicéforo Focas, en el mismo momento en que Italia meridional volvió a la soberanía bizantina, elevó al arzobispado autocéfalo de Otranto en Italia al rango de metrópoli con cinco obispos sufragáneos dependiente del patriarcado.

A causa de los desastres que sufrió Bizancio a partir de finales del siglo XI, el territorio patriarcal experimentó los mismos desmembramientos que el territorio del Imperio, pero sorprendentemente su prestigio y su autoridad espiritual aumentaron en los países de rito ortodoxo. Además, desde que en Occidente los papas se aliaron con los carolingios, el patriarca de Constantinopla se convirtió en el único patriarca del Imperio.



El patriarca era elegido por el Sínodo de metropolitanos y por la promoción del emperador, y se convertía automáticamente en el segundo personaje del Imperio. Poseía la jurisdicción suprema en materia eclesiástica y recibía la apelación de todas las demás jurisdicciones.

En Occidente la autoridad de los arzobispos, primados y metropolitanos fue reducida por los papas del siglo XI a privilegios honoríficos. Por el contrario, en Oriente su autoridad permaneció intacta, gracias a la regular celebración de los concilios provinciales, de ahí la necesidad de los patriarcas de hacerse obedecer por estos potentes personajes. El medio principal para conseguirlo consistía en vigilar su elección y en no reconocer su poder hasta haberles concedido la investidura por el envío de lo que en Occidente se llama el «pallium romano» y que representa la misma idea de comunión y de sujeción.

Desde el siglo X al XIII se vivió la edad de oro de los monasterios bizantinos. Se multiplican las fundaciones suntuosas, debidas a los emperadores, a los príncipes y a los grandes personajes eclesiásticos y laicos. Tal vez el más conocido y el que tendrá consecuencias más permanentes en el mundo ortodoxo es el centro monástico del monte Athos, una auténtica colonización monástica de la península. Tenía y mantiene un carácter internacional, griego, ruso, serbio y, en algunos momentos, latino. Alguno de sus



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

31. LA IGLESIA FEUDAL

La desaparición del Imperio carolingio exacerbó una situación que se había iniciado con la caída del Imperio romano: las ciudades fueron descomponiéndose y la población y los señores se movieron hacia el campo. Este hecho influyó de manera determinante en la Iglesia, institución fundamentalmente urbana, centrada en la persona del obispo y en la iglesia catedral donde el obispo tenía su cátedra y desde la cual dirigía toda la vida religiosa y eclesial de la diócesis. La autoridad central se desvaneció y fue fragmentándose, al tiempo que se creaba una vasta red de señores y vasallos, de propietarios y siervos, a menudo enfrentados entre sí. El valor central era la tierra, su propiedad. Los reyes o los señores entregaban tierras a cambio de fidelidad y vasallaje.

A lo largo de dos siglos la Iglesia queda en poder de los laicos y estos se entrometen y la utilizan para su exclusivo interés. Esta injerencia de los laicos desemboca en una situación anárquica y, sobre todo, poco eclesial, en la cual los valores eclesiásticos y espirituales

decaen fuertemente. Es la conocida como edad oscura o siglo de hierro. La costumbre de que los laicos ofrecieran beneficios eclesiásticos, la intromisión en la elección de los obispos, la creación de auténticas dinastías episcopales en algunas familias aristócratas, la violencia de los potentes señores contra clérigos e iglesias, la costumbre de encomendar abadías a los laicos constituyen algunos de los aspectos negativos de la subordinación de la Iglesia a los laicos.

Entre las características que definen esta época, la iglesia propia es la más determinante. Los señores construían capillas e iglesias o monasterios en sus territorios, en sus fincas, y ponían al frente de ellas a un clérigo, frecuentemente uno de sus siervos, al que el obispo ordenaba sacerdote. El señor percibía una parte o todas las rentas y hasta las oblacones de los fieles, incluso el diezmo desde el siglo VIII. Naturalmente, este clero elegido y mantenido por sus señores no tendrá autonomía ni, a menudo, formación teológica o vinculación eclesial.





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

32. LA APERTURA AL NORTE

Los llamados siglos oscuros están recorridos por los movimientos e invasiones de los pueblos del norte de Europa que demostraron en este tiempo su fortaleza, su necesidad de movimiento y expansión y sus sorprendentes capacidades bélicas. Nos referimos fundamentalmente a los normandos, los vikingos y los pueblos escandinavos en general. No podían permanecer al margen de Europa, pero sus contactos de todo orden ponían en evidencia su paganismo y su primitivismo frente a un continente unido fundamentalmente por su cristianismo.

La historia de Noruega, Suecia y Dinamarca durante los siglos IX y X es la historia de sus continuas luchas, del establecimiento y

destrucción de reinos sucesivos, pero, también, de manera especial, es la historia de sus correrías por Rusia, por Inglaterra, con la creación del gran reino de Canuto el Grande, y por el norte de Alemania. Poco a poco, no sin dificultades, fueron incorporados a la gran comunidad del Occidente cristiano.

En el 912, cuando el príncipe normando Rollón fue bautizado con el nombre de Roberto y recibió en dote de su esposa las tierras que se llamarán más tarde Normandía, comenzó la romanización de este pueblo que se integrará plenamente en las costumbres y forma de vida occidentales, aunque sin perder sus dotes guerreras, que les llevarán a comienzos del siglo XI a conquistar la Puglia

y Sicilia, constituyendo un reino normando en el sur de Italia. Años más tarde, estos normandos, dirigidos por Roger I y su hermano Roberto Guiscardo, se convertirán en los defensores y protectores del pontificado, de manera especial del papa Gregorio VII. Canuto el Grande peregrinó a Roma, y nos queda la carta que envió desde allí a los prelados y al pueblo inglés anunciando su sincera conversión. Su legislación eclesiástica fue un intento serio de reforma general de las costumbres cristianas. Su celo por la restauración del ideal cristiano se manifestó en su apoyo a la propagación del Evangelio tanto en Inglaterra como en Dinamarca, Suecia y Noruega. Su reino supuso el fin definitivo del paganismo en estas regiones, que sólo sobrevivirá en forma de supersticiones populares.

Durante el siglo IX aparecen a menudo las poblaciones eslavas occidentales, los vendos, asentados en los territorios que limitan al oeste y al este del Elba y al norte del Báltico. Otón I intentó transformar el país vendo en país germánico, pero esta fusión no resultaba fácil y, en cualquier caso, no podía darse sin la conversión de los primeros al cristianismo. El emperador creó diócesis, levantó iglesias, y los monasterios de hombres y mujeres no eran raros, pero, al principio, se trató de un cristianismo demasiado superficial, demasiado condicionado por las rivalidades entre los pueblos, para resistir adecuadamente a las convulsiones políticas constantes en aquel siglo. Fue necesario, como siempre en todo proceso espiritual, más tiempo y, sobre todo, la aplicación de métodos de persuasión y convencimiento para que el cristianismo penetrara y se instalara más profundamente.





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

33. EN LOS ALBORES DEL MILENIO

La voluntad de reforma fue creciendo como una marea imparable en los grupos, las personalidades y las instituciones religiosas más sensibles, de forma que poco a poco la Iglesia fue recobrando su independencia y renovando su fortaleza interior. Fue un siglo de gran movilidad social en el que aumentó sensiblemente la población. El hambre, las pestes frecuentes y las guerras estaban muy presentes y atemorizaban y hacían difícil la vida de la gente.

La dificultad de viajar a Tierra Santa, en manos de los árabes, provocó deseos y fantasías de peregrinación. La predicación estaba en manos de gente ambulante, no apegada a lugares estables y concretos, y esto favorecía una espiritualidad más espontánea y no siempre ortodoxa, más acorde a este estilo. La vida del peregrino era presentada como la vida de Cristo, la vida del hombre en tránsito hacia una Jerusalén renovada, descontento por el presente y

que apuesta por lo que va a venir. Representaba, pues, una comprensión y devoción a Cristo presentado e imaginado como camino. Frente al vínculo feudal, el peregrino representaba la libertad de quien se mueve sin ataduras.

El descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago en Compostela a principios del siglo IX y la consiguiente devoción se propagó rápidamente por toda Europa, provocando riadas de peregrinos que desde los reinos hispanos, Francia, Alemania y Flandes caminaban hacia el sepulcro con ánimo de encontrar a Dios. Los peregrinos, tras hacer testamento, eran despedidos en sus poblaciones de origen, donde recibían el sayal, que llevaba un capuchón, el bordón o bastón de marcha y la escarcela, además de los necesarios salvoconductos. En grupos hacían el viaje por etapas ya previstas y, al llegar a la catedral compostelana, cumplían una serie de ceremonias tales como la entrada procesional en el templo, la noche de vela en sus naves, la veneración del sepulcro y la entrega de ofrendas, después de lo cual recibían el documento llamado *Compostellanum* que acreditaba el cumplimiento de la peregrinación.

Se construyeron caminos, se tendieron puentes y se edificaron hospitales y albergues en los que se atendía a los peregrinos sin distinción de clases o de nacionalidad. Surgió, incluso, un nuevo estilo de santidad, el de quienes dedicaron su vida al servicio de los peregrinos. Los monjes cluniacenses colaboraron en la propagación de esta devoción con más eficacia que nadie. Ellos levantaron conventos, hospederías y hospitales en la ruta que seguían los peregrinos.

El camino de Santiago no fue sólo un camino religioso, de penitencia y generosidad, sino que, al mismo tiempo, se convirtió en una extraordinaria autopista de cultura, de intercambio de estilos arquitectónicos y escultóricos, de formas litúrgicas, de códices y de literatura en general, y de escuelas de espiritualidad. Era una espiritualidad, a veces, muy material, muy necesitada de ver y tocar. Se multiplican las reliquias, que se buscan en Roma o en Palestina o en los lugares más impensados. Se trasladan cuerpos de mártires, a menudo, con la finalidad de dar importancia a unas sedes determinadas, y se multiplican los relicarios de todas las formas y materiales posibles. El culto a las reliquias fue el gran motor que impulsó a las multitudes hacia los santuarios, que, a su vez, se convirtieron en focos de irradiación de doctrinas y ritos espirituales.

Naturalmente, esta devoción a las reliquias presupone o fomenta la devoción a los mártires y los santos, pero nada era comparable al culto y a la devoción a la Madre de Dios. La espiri-





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

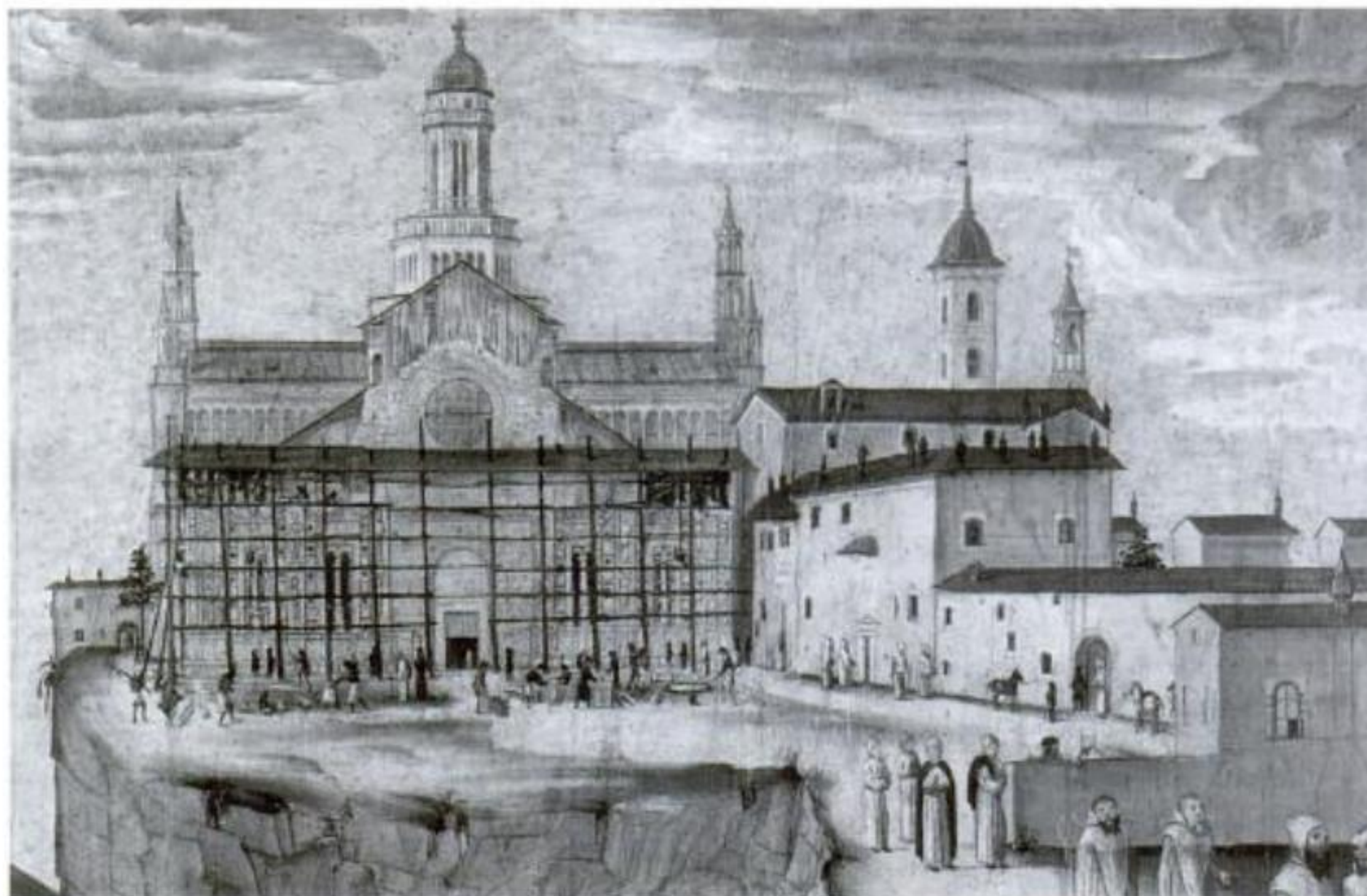


You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

34. LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA EN OCCIDENTE



A la izquierda: la cartuja de Pavía en construcción, detalle de un cuadro de comienzos del siglo XVI.

En la página siguiente, arriba: un cuadro del retablo de la santa Humildad, de Pietro Lorenzetti: la santa, fundadora de una orden femenina de inspiración vallombrosana, lee las Sagradas Escrituras en el refectorio.

*En la página siguiente, abajo: esta imagen de san Bernardo conversando con la Virgen y de san Juan Gualberto con los hermanos de su orden, está tomada de una *Tebaida* pintada por Paolo Uccello a mediados del siglo XV.*

El ansia de cambio y renovación se extendió por todas partes, desembocando en una profunda reforma del papado y de la Iglesia, de manera que esta reforma, llamada gregoriana por el nombre del papa que jugó en ella un papel decisivo, tiene que situarse y ser comprendida dentro de un movimiento amplio y complejo de la sociedad cristiana. La reforma gregoriana intentó separar a la Iglesia del siglo, es decir, de la mentalidad y los hábitos dominantes y de las autoridades civiles y, en cierto sentido, atenuó el papel y la responsabilidad de los laicos, con el fin de que la Iglesia pudiese entrar en la nueva época con más facilidad y con menos daños espirituales. «A los laicos los asuntos del mundo, a los clérigos las cosas del espíritu» fue la premisa de no pocos reformadores. El movimiento de reforma religiosa, en el que habían tomado parte activa laicos de todas las condiciones, desembocaba así en una exaltación de la función y el papel de los clérigos en la Iglesia y en la sociedad.

León IX reunió concilios en Francia, Alemania e Italia con el fin de condenar dos de los pecados dominantes, la simonía y el nicolaísmo, es decir, la compra de oficios eclesiásticos y el incumplimiento de la continencia y el celibato. La legislación canónica sobre el celibato quedará definitivamente trazada en el concilio de Letrán (1123), estableciendo que el matrimonio de los sacerdotes y de los diáconos y subdiáconos no solamente era ilícito, sino inválido.

Una de las características de la vida religiosa en el cambio de milenio fue la creciente tendencia hacia la vida eremítica. Los idea-

les del monacato primitivo despertaban con nuevas fuerzas, tal vez debido al ejemplo de la persistencia de la vida anacoreta en la Iglesia oriental. Un ejemplo de esto lo tenemos en san Nilo de Rossano, que trajo desde Calabria a Italia central el estilo de vida religiosa griega según la regla de san Basilio y que fundó en 1004, cerca de Roma, la abadía de Grottaferrata que todavía florece en nuestros días.

San Romualdo (950-1027) renunció al mundo conmovido por la muerte de un caballero de la que fue responsable su padre. Fundador de colonias de eremitas en el norte de Italia y en el sur de Francia, su fundación más importante, Camaldoli (1012), fue la casa madre de la exigente y austera congregación camaldulense. Allí vivían los monjes en pequeñas chozas, y sólo se reunían para la oración litúrgica. Entre sus seguidores encontramos a san Bruno de Querfurt, primer apóstol de Prusia, a san Pedro Damiano y a san Juan Gualberto, quien, conmovido por una visión de Cristo crucificado cuando quería ejecutar una venganza de sangre por el asesinato de un pariente, fundó una comunidad de eremitas en Vallombrosa, cerca de Florencia. Para proveer a las necesidades materiales de los eremitas surgen por primera vez los hermanos laicos, sujetos sólo parcialmente a la regla.

La reforma promovió, en diversas regiones también, nuevos modelos de vida monástica distintos del ideal de Cluny, llamados a protagonizar la última gran renovación del monacato europeo hasta finales del siglo XII. En todos encontramos el deseo de vol-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

35. LA ABADÍA CISTERCIENSE

La vida eclesial, como la humana, constituye un ciclo de permanentes acciones y reacciones. La Iglesia se encuentra en necesidad de permanente reforma porque las tentaciones y las infidelidades son también constantes.

A comienzos del siglo XII las riquezas y el enorme poder adquirido habían sumido a Cluny en cierto sopor espiritual y cultural. Los monasterios se habían multiplicado tanto que resultaba difícil visitarlos y controlarlos, de modo que fue languideciendo la estricta observancia de la regla. La dedicación exagerada a una liturgia cada día más prolongada y complicada acabó en rutina y en puro preciosismo. Surgieron en diversos lugares fundaciones que pretendían volver a la simplicidad, austeridad, espiritualidad y soledad inicial. La más importante, sin duda, fue la de san Roberto de Molesmes, monje benedictino, que el 21 de marzo de 1098 se retiró con otros compañeros a un lugar desierto y pantanoso llamado Cîteaux, en latín Cistercium. Debían vivir de lo que producían los campos por ellos mismos cultivados, sin recibir diezmos ni ejercitar ministerio alguno fuera del monasterio. El hábito consistía en una túnica de lana natural, blanca o gris, con escapulario negro. Serán conocidos como los monjes blancos en comparación con los negros benedictinos. Como alimentación, ni carne, ni pescado, ni grasas, ni lacticinios, ni huevos; nada más que legumbres hervidas; y además, desde el catorce de septiembre a Pascua, una sola comida por día. Dormían en un jergón, sin ropa, en el que se acostaban vestidos. En medio de la noche, a la voz de la única campana del monasterio, se levantaban para rezar y cantar Maitines.

El rigor con que estos monjes observaban la Regla de san Benito asustaba a muchos, pero, a su vez, atraía a numerosos espíritus generosos. Uno de ellos fue san Bernardo (1090-1153), quien con veintiún años se presentó en la abadía rodeado de un numeroso grupo de familiares y amigos. Él fue el auténtico fundador del Císter, sobre todo desde el monasterio de Claraval que él fundó y cuidó. A la fama de santidad que rodeó enseguida aquel monasterio acudieron innumerables jóvenes deseosos de seguir a Cristo en pobreza, humildad y penitencia.

Claraval llegó a ser el mayor centro de irradiación cisterciense. De los 343 monasterios que tenía la orden a la muerte de san Bernardo, unos 160 habían sido fundados por esta abadía. Con el fin de salvaguardar la unidad y el espíritu de la orden ante un crecimiento tan rápido, los monjes redactaron los estatutos llamados Carta de Caridad, que marcaban las señas de identidad de la orden. Se evitaba la excesiva centralización, propia de Cluny, pero, al mismo tiempo, rechazaban el aislamiento y la autonomía excesiva de los diversos monasterios. Cada abad era plenamente responsable de la vida espiritual de sus monjes, pero el modo cisterciense de vivir la regla benedictina tenía fuerza de ley. Para



mantener esta unidad, los abades de todos los monasterios se reunían anualmente en torno al abad del Císter, y todos los años cada abadía debía ser visitada por el abad de la abadía fundadora. Las ricas iglesias cluniacenses fueron sustituidas por iglesias desnudas, sin campanarios ni imágenes, con ornamentos litúrgicos muy sencillos. Explotaban directamente sus tierras con la ayuda de hermanos conversos íntimamente unidos a la vida monástica. Esto permitía a los campesinos iletrados acceder a la vida monástica, al tiempo que nos explica el sorprendente éxito económico del Císter. Estos monjes modificaron las relaciones entre la condición monástica y la vida rural. Restablecieron el contacto directo, inmediato, físico, de todos los religiosos con la tierra, de forma que la roturación de los campos y la explotación del patrimonio territorial eran verdaderamente realizadas por la comunidad. El modelo de actividad temporal que proponía la reforma cisterciense se mostraba muy ajustado a las condiciones económicas del siglo XI. En la época en que las prestaciones personales desaparecían progresivamente, en que el empleo de asalariados agrícolas reducía notablemente el margen de beneficios de la explotación directa, el disponer de los conversos como mano de obra gratuita, entusiasta y superabundante, colocó a las empresas agrícolas cistercienses en una posición privilegiada. Por otra parte, la exigencia de pobreza y ascesis impedía gastar en objetos y ornamentos suntuarios y acumular riquezas no productivas, de forma que sólo podía acrecentarse el capital territorial. Es decir, la vocación de estricto ascetismo favoreció la difusión de explotaciones rurales altamente producti-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



En 1986 Juan Pablo II convocó a todos los líderes religiosos del mundo para un encuentro de oración y de comprensión mutua. Está prevista una nueva reunión para el año 2000 en Jerusalén. No se trata de una ceremonia de confusión o de sincretismo religioso, sino de la afirmación de la supremacía del espíritu y del reconocimiento del valor de la trascendencia.

San Pablo afirmó que antes de Cristo, Dios había hablado de muchas maneras. Todavía hoy, dos mil años después de la encarnación, buena parte de la humanidad sigue buscando a tientas al Dios verdadero. Frente al materialismo y al ateísmo, que han renunciado a todo tipo de búsqueda, estos encuentros quieren subrayar la necesidad de seguir buscando, quien no lo haya encontrado, al Dios que nos ama y nos salva.





You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

ÍNDICE DE NOMBRES

En este índice aparecen los nombres de personas y lugares que se encuentran en el texto y en los pies, tanto de las fotografías a colores como de las que van en blanco y negro.

Abelardo, 127, 173, 178
 Abidjan, 289
 Abrahán, [15](#), 100, 103
 Acton, John Francis Edward, Lord, 259
 Adán, 71, 74, 100, 139, 277, 279
 Adriano I, papa, [122](#)
 Adriano, Publio Elio, emperador, [32](#), 86
 Agatón, papa, [48](#)
 Agen, diócesis, 161
 Agilulfo, rey de los longobardos, 66
 Agustín de Canterbury, san, 95, 107
 Agustín, san, obispo de Hipona, [25](#), [46](#), [56](#), 58, 59, 71, 75, 78, 86, 92, [98](#), [106](#), 199, 242
 Ain Karim, [12](#)
 Ainón, [16](#)
 Alarico, rey de los visigodos, [46](#), 64, [98](#)
 Alberti, banqueros, 185
 Alberto Magno, san, 178, 179
 Albi, 160, 161, 163
 Alcalá de Henares, 203, 229
 Alcuino, 93, 113, [114](#), 115
 Alejandría de Egipto, [14](#), [25](#), [32](#), [48](#), 50, 66, 68, 70, 95, 197
 Alejandro de Hales, 178
 Alejandro V, papa, 184, 187
 Alejo I Comneno, emperador, 154
 Alfeo, [22](#)
 Alighieri, Dante, 157
 Ambrosio, san, arzobispo de Milán, [46](#), [56](#), 58, 59, 74, 78, 92, [98](#), 167
 Amiano, Marcelino, 92
 Amsterdam, 229
 Ana Bolena, reina de Inglaterra, 207
 Anagni, 175
 Ananías, sacerdote, [22](#)
 Anchieta, José, padre, 222
 Andrés II, rey de Hungría, 153
 Andrés, san, [13](#)
 Angers, [24](#)
 Angilberto II, obispo, 59
 Anselmo, san, arzobispo de Canterbury, 127, 143, 178, 191, 199
 Antelami, Benedetto, 147
 Antioquía, [27](#), [47](#), [48](#), 63, 66, 70, 95, 154
 Antonio, san, [53](#), [54](#), 55
 Apolinar, Cayo Selio Sidonio, 92
 Apolo, [19](#)
 Apuleyo, [32](#), [33](#)
 Aquila, [25](#)
 Aquilea, 108, [113](#)
 Aquisgrán, 113, 115
 Arboleya, 270
 Arcadio, emperador, 61
 Argel, diócesis, 263
 Ariana, emperatriz, 89
 Aristóteles, 177, 179
 Arles, concilio, [48](#)
 Arnaldo de Brescia, 162, 175
 Arnauld, Antoine, llamado el Gran Arnauld, 241, 242
 Arnobio, 92
 Arnolfo di Cambio, 200
 Arrio, [46](#), [48](#), [49](#), [50](#), [51](#)
 Asís, 175, 306, 308
 Atanasio, san, obispo de Alejandría de Egipto, [46](#), [47](#), [48](#), [51](#), [54](#), [56](#), [57](#), 58, 74, 78, 92, 121, 127
 Atenágoras, patriarca de Arenas, [32](#), 303
 Arenas, [19](#), [114](#), 125, [126](#)
 Arhos, monte, 121, [126](#), 127
 Atila, rey de los hunos, 67, [98](#)
 Augsburgo (Alemania), 210, 219
 Augusta (EE. UU.), 230
 Augusto, Cayo Julio César Octaviano, emperador, [11](#)
 Auschwitz, 281
 Averroes (Ibn Rushd), 177

Aviñón, 184, 185, 186
 Avito, Sexto Alcimo Ecdicio, obispo de Vienne, 67, 92
 Baal, [10](#)
 Babilas, san 63
 Babilonia, [13](#)
 Bach, Johann Sebastian, 237
 Bacon, Roger, [25](#)
 Balms, Jaime, 270
 Balthasar, Hans Urs von, 298
 Baltimore, 226, 227, 287
 Baltimore, Lord, 231
 Baradeo, Santiago, obispo de Edesa, 71
 Bardi, banqueros, 185
 Bari, 186
 Barmen, sínodo, 283
 Barrabás, [17](#)
 Barth, Karl, 281, 283
 Bartolomé I, 308
 Basilea, 187, 211, 266
 Basilides, [32](#)
 Basilio II, emperador, 111
 Basilio el Ciego, gran duque de Moscovia, 199
 Basilio, san, obispo de Cesarea, [52](#), 55, [56](#), [57](#), 58, 59, 68, 92, [142](#)
 Bauharnais, Marie-Josèphe Tascher de La Pagerie, 253
 Bayle, Pierre, 240, 270
 Beatriz de Borbón, 172
 Beckett, Thomas (Tomás de Canterbury), santo, 151
 Beda el Venerable, 93, 99
 Belén, [12](#), [18](#), 63, 75, 167
 Bellini, Gentile, 197
 Benedicto XIII, papa, 184
 Benedicto XIV, papa, 244
 Benedicto XV, papa, 282
 Benito de Aniano, san, 77
 Benito, san, 76, 77, 78, 79, 93, [106](#), 141, [146](#)
 Berlín, 257, 262
 Berliner Missiongesellschaft, 264
 Berna, 211
 Bernardino de Siena, san, 167
 Bernardo de Claraval, san, 72, [142](#), [146](#), 147, 155, 171, 178, 191
 Bernini, Gian Lorenzo, 200, 215
 Berruguete, Pedro, 162
 Bertrán, Luis, padre, 222
 Bessarión, primado de Nicea, 199
 Bet Alfa (Palestina), [15](#)
 Betania, [13](#), [17](#)
 Betsaida, [16](#)
 Béziers, 161
 Biélorod, diócesis, 108
 Birmingham, 275
 Bizancio (Constantinopla), [42](#), 43, [44](#), 45, [48](#), 61, 62, 66, 68, 70, 71, 75, 85, 86, 87, 89, [90](#), 92, [94](#), 95, 97, [102](#), 103, 108, [110](#), 111, [118](#), 119, 120, 121, [122](#), 123, 125, [126](#), 127, 147, 154, 155, 161, 190, 191, 197, 199, 299
 Blacu, J. W., 276
 Boecio, Severino, 93, [98](#), 99, 199
 Boleslao III, rey de Polonia, 135
 Bolívar, Simón, 294
 Bollandus, padre, 240
 Bolonia, 166, 177
 Bonaiuti, Andrea, 165
 Bonanno Pisano, 71
 Bonhoeffer, Dietrich, 281
 Bonifacio (Wynfrid), san, 104, 105, [106](#), 107
 Bonifacio III, papa, [94](#)
 Bonifacio VIII, papa, 174, 175
 Bonifacio IX, papa, 184
 Bonsignori, banqueros, 185
 Booth, Guillermo, 271
 Boris I, rey de los búlgaros, 108, [110](#), 111, 119
 Boris, san, 111

Borromeo, Federico, cardenal, 240
 Bossuet, Jacques, 241
 Boston, 271
 Bramante, 200
 Brébeuf, Jean de, 222, 250
 Bremen, [114](#), 135
 Brigida de Suecia, santa, 191
 Bristol, 302
 Brooklin, 250
 Brueghel, Pieter el Viejo, 216
 Brunelleschi, Filippo, 200
 Bruno de Querfurt, san, [142](#), 143
 Bruselas, 232
 Buchenwald, 281
 Buenaventura de Bagnoregio, san, 72
 Buenos Aires, 293
 Burdeos, 161, 253
 Burundi, 304
 Butzer, 210
 Caedmon, 93
 Cafarnaín, [13](#), [14](#), [31](#)
 Calcedonia, [51](#), 65, 66, 67, 68, 70
 Callot, Jacques, 218
 Calvino, Juan, [25](#), 59, 206, 210, 211, 215, 218, 231
 Camaldoli, [142](#)
 Cambaluc, 181
 Cambridge, 177, 178, 230
 Campanella, Tomás, 202
 Caná, [13](#), [16](#)
 Canberra, 305
 Canossa, 148, 149, 150
 Canterbury, [106](#), 151, 272, 299, 303
 Canuto el Grande, rey de Inglaterra, [134](#)
 Capela, Marciano, 92
 Capetos, dinastía, 148
 Capua, concilio, [48](#)
 Carcassonne, diócesis, 161, 163
 Carey, explorador, 266
 Carlomagno, emperador, [39](#), 76, 92, 93, 96, 105, 108, 112, 113, [114](#), 115, 117, [118](#), 119, 128, 131, 173, 290
 Carlos II el Calvo, emperador, 59, 119, 173
 Carlos III de Borbón, rey de España, 244
 Carlos III el Gordo, emperador, 129
 Carlos V, emperador, 210, 214
 Carlos VIII, rey de Francia, 148
 Carlos IX, rey de Francia, 216
 Carlos Martel, 96, [102](#)
 Carora, 293
 Carrol, John, obispo, 226
 Cartagena de Indias, 286
 Cartago, [48](#), 74
 Cartesio (René Descartes), 278
 Cartusium (Grenoble), 143
 Casiano, Juan, [54](#), 78
 Casiodoro, Flavio Magno Aurelio, 93, [98](#), 99
 Catalina de Aragón, reina de Inglaterra, 207
 Catalina de Siena, santa, 187
 Celestino I, papa, [48](#)
 Celso, Aulo Cornelio, [32](#)
 César, Cayo Julio, 214
 Cesarea, [14](#), [25](#), 67, 93
 Cesena, 75
 Champagne, Philippe de, 218
 Champlain, Samuel de, 250
 Chartres, 169, 171
 Chateaubriand, François-René de, 227, 258, 262
 Chenu, Marie-Dominique, 298
 Chernígov, diócesis, 108
 Chiquitos, misión, 289
 Christian III, rey de Dinamarca, 210
 Church Missionary Society, 264, 266
 Cibeles, 80
 Cicerón, Marco Tulio, [11](#)
 Cimabue, 171

- Cino de Pistoia, 178
 Cipriano, Cecilio, san, obispo de Cartago, 92
 Cirilo, san, [110](#), 111
 Cirilo, san, obispo de Alejandría de Egipto, [51](#), 55, 72, 74, 92
 Cisneros, Francisco Jiménez de, cardenal, 203
 Cîteaux (Císter), 79, 128, 140, [146](#)
 Ciudad del Cabo, diócesis, 267
 Ciudad de México, diócesis, 220, 222, 293
 Claraval, abadía, [146](#)
 Classe, 87
 Claudiano, Claudio, 92
 Claver, Pedro, san, 222, 286
 Clemente de Alejandría, san, [32](#)
 Clemente V, papa, 182
 Clemente VII (Roberto de Ginebra), antipapa, 184, 186, 187
 Clemente VIII, papa, [25](#)
 Clemente XIV, papa, 241
 Clemente Romano, obispo de Roma, [32](#)
 Clermont, concilio, 154
 Cleve, Joos van, 73
 Clodoveo I, rey de los francos, 66, 67
 Clonmacnoise, monasterio, 65, 107
 Clotilde, santa, reina de los francos, 66, 67
 Cluny, 128, 131, 136, 137, 139, [146](#), 154
 Colet, John, 203
 Colonia, [114](#), 143, 149
 Columbano, san, 105, [106](#), 129
 Congar, Yves, 298
 Conques, abadía, 112, 188
 Conrado III de Suabia, rey de Alemania, 153, 155
 Constante II, emperador, [122](#)
 Constantino I, emperador, [31](#), [44](#), 45, [46](#), [47](#), [48](#), [49](#), 62, 63, 86, 89, 111, 117, [118](#)
 Constantino IV, emperador, [48](#)
 Constantino V, emperador, [122](#)
 Constantinopla, véase Bizancio
 Constanza, 129, 187, 204
 Constanza, santa, 63
 Constancio II, emperador, [46](#)
 Cook, James, 266
 Copérnico, Nicolás, 202
 Córdoba, 103, 149
 Corinto, [126](#)
 Corvey, abadía, 115
 Cranach, Lucas, 206
 Creta, [102](#), [126](#)
 Cromwell, Oliver, 230
 D'Alembert, Jean Baptiste Le Rond, 279
 Dafni, monasterio, 125
 Dagoberto I, rey de Austrasia, 173, 258
 Damasco, [22](#)
 Dámaso I, san, papa, [25](#), [48](#), 58
 Damiano, Pedro, san, [142](#)
 Damieta, 165
 Daniel, [31](#)
 Daniélou, Jean, 298
 Darwin, Charles, 277, 279
 David, Jacques-Louis, 253
 Decápolis, [16](#)
 Decio, Cayo Mesio Quinto, emperador, [35](#)
 Della Robbia, familia, 167
 Demetrio, san, 63
 Demócrito, [33](#)
 Denis, san (Dionisio), obispo de París, 173
 Desiderio, rey de los longobardos, 76
 Detroit, 226
 Diácono, Pablo, 93
 Diana, 72
 Diderot, Denis, 270
 Die, ciudad del Delfinado, 216
 Diego, obispo de Osma, 161
 Diocleciano, Cayo Aurelio Valerio, emperador, [9](#), [37](#), [40](#), [42](#)
 Dió Casio Cocceiano, [33](#)
 Dionisio el Areopagita, 173
 Dionisio el Grande, [33](#)
 Dióspolis, concilio, [48](#)
 Döllinger, Ignaz von, 259
 Domiciano, Tito Flavio, [25](#)
 Domingo de Guzmán, santo, 160, 161, 162, 165, 166, 191
 Dominicos, padres, 248
 Domitila, catacumbas, [37](#)
 Donatello, 187, 200
 Donato, [48](#)
 Drapper, 279
 Drugonthia, 161
 Dura Europos, sinagoga, [13](#)
 Echternach, monasterio, [106](#)
 Edessa, [23](#), [47](#), 68, 71, 155
 Eduardo VI, rey de Inglaterra e Irlanda, 207
 Edwards, Jonathan, 239
 Éfeso, [24](#), [27](#), [47](#), [48](#), [51](#), [56](#), 63, 67, 70, 71, 72, 74, 75
 Egeria, véase Eteria
 Eisleben, 206
 Elena, santa, [47](#)
 Elías, [54](#), 55
 Elvira, concilio, [48](#)
 Embrun, ciudad del Delfinado, 216
 Emden, catecismo, 217
 Eneas, filósofo, 93
 Enodio, Magno Félix, obispo de Pavia, 93
 Enrique II, rey de Inglaterra, 151
 Enrique IV de Borbón, 218
 Enrique IV, emperador, 149, 150
 Enrique VIII, rey de Inglaterra, [25](#), 207
 Enrique de Lausana, 161
 Enrique el Navegante, príncipe de Portugal, 284
 Epicuro, [33](#)
 Epifanio de Salamina, san, 72, 74
 Erasmo de Rotterdam, [25](#), 203, 205, 206
 Erfurt, 271
 Eric, rey de Suecia, 132
 Escoto Eriúgena, Juan, 178
 Esdras, profeta, 99
 Esmirna, [24](#)
 Estacio, Publio Papinio, [32](#)
 Estarnina, 53
 Esteban II, papa, [118](#)
 Esteban, diácono, [22](#)
 Estilicón, Flavio, 92
 Estrabón, [32](#)
 Estrasburgo, 171, 211
 Eteria, monja, 92
 Eusebio de Nicomedia, 50
 Eusebio, obispo de Cesarea, [25](#), 50, [54](#), [57](#), 86, 92
 Eutiques, monje, [48](#)
 Eva, 74, 139, 277, 279
 Farel, Guillermo, 210, 211
 Federico I Barbarroja, emperador, 155, 175
 Federico II, emperador, 153, 163
 Federico III, emperador, 203
 Federico el Prudente de Sajonia, 206
 Fedro, [32](#)
 Feijó, Diego Antonio, 295
 Felipe II Augusto, rey de Francia, 153, 155
 Felipe II, rey de España, 209
 Felipe III, rey de España, 219
 Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, 175
 Felipe, diácono, [22](#)
 Fernando I, rey de Castilla y León, 131
 Ferrara, 198
 Ferrer, Vicente, san, 187
 Filadelfia (Asia Menor), [24](#)
 Filadelfia (EE. UU.), 230
 Filemón, [25](#)
 Filipos, [16](#)
 Filóstrato, [33](#)
 Filopón, Juan, gramático, 93
 Firmia Victoria, [29](#)
 Flaviano, obispo de Constantinopla, [51](#)
 Florencia, [142](#), 165, 185, 187, 198, 199, 200, 206
 Flórez, Enrique, 243
 Flossenbürg, 281
 Focas, Niceforo, emperador, [94](#), [126](#), 127
 Focio, patriarca, 123
 Fontenay, abadía, 144, 147
 Fordham, universidad católica, 226
 Fortunato, Venancio, 93
 Foucauld, Carlos de, 263
 Fox, George, 230
 Francisco I, rey de Francia, 214
 Francisco de Asís, san, 165, 166, 167, 174, 175, 182, 191
 Francisco Javier, san, 182, 183
 Franco Bahamonde, Francisco, 282
 Freising, diócesis, 108
 Froude, James Anthony, 274
 Frumencio, obispo de Etiopía, [47](#)
 Fulda, monasterio, 104, 107
 Fulgencio, Fabio Planciades, 93
 Gaeta, 256
 Galeno, Claudio, [32](#)
 Galilea, [16](#)
 Galilei, Galileo, 202, 276, 278
 Galliani, abad, 247
 Gallipoli, 199
 Galo, san, 129
 Garibaldi, Giuseppe, 256
 Gelasio I, papa, 67
 Geneviève (Genoveva), santa, 173, 190
 Gengis Kan, 181, 182
 Gennadio de Marsella, 92
 Genserico, rey de los vándalos, 67
 Georgetown, universidad católica, 226
 Gertrudis, santa, 191
 Ghirlandaio, Domenico, 165
 Gibbons, cardenal, 227
 Ginebra, [25](#), 206, 211
 Gioherti, Vincenzo, 259
 Giordane, 93
 Girodet-Trioson, Anne-Louis, 227
 Gisulfo II, duque de Benevento, 76
 Giunta Pisano, 171
 Gleb, san, 111
 Goa, 183
 Godofredo de Bouillon, 153, 154
 Gol (Noruega), 135
 Goupil, René, 250
 Goya y Lucientes, Francisco, 245
 Gozzoli, Benozzo, 198
 Graciano, monje, 174
 Gran Lávras, monasterio del monte Athos, 121
 Granada, 103
 Greccio, belén, 165
 Gregorio II, papa, 76, 107
 Gregorio VII, papa, [134](#), 149, 150, 151
 Gregorio VIII, papa, 155
 Gregorio IX, papa, 163, 174
 Gregorio X, papa, 198
 Gregorio XI, papa, 184, 185, 186
 Gregorio XII, papa, 184
 Gregorio XIII, papa, 214
 Gregorio XVI, papa, 262, 263
 Gregorio Magno, san, [56](#), 65, 66, 77, 78, 93, [94](#), 95, [98](#), [106](#), 107
 Gregorio Nacianceno, san, obispo de Constantinopla, [52](#), [56](#), [57](#), 58, 59, 92
 Gregorio, obispo de Tours, 67
 Gregorio, san, obispo de Nisa, [52](#), [56](#), [57](#), 58, 59
 Gregorovius, historiador, [42](#)

Grenoble, ciudad del Delfinado, 216
 Grottaferrata, [142](#)
 Guadalupe, 293
 Guillermo de Ockham, 187
 Guillermo I de Orange, 211
 Guillermo, duque de Normandía, 132
 Guinea, vicariato de, 263
 Gunhild-Helena, princesa de Dinamarca, 135
 Gustavo Adolfo II, rey de Suecia, 219

Habsburgo, dinastía de los, 208, 218, 219
 Halicz, diócesis, 108
 Hamburgo, [114](#), 135
 Harmel, Léon, 270
 Harnack, Adolph von, 282
 Harvard, 229, 230, 251
 Hastings, batalla, 132
 Heidelberg, 217
 Helios, dios del sol, [10](#)
 Helvetius, Claude-Adrien, 270
 Henco, duque de Friul, 93
 Heraclea, 67
 Heraclio, emperador, 71, 108, [122](#)
 Hermas, [32](#)
 Herodes, [12](#)
 Hesiquio de Alejandría, 92
 Higinio, [32](#)
 Hilario, san, obispo de Poitiers, [56](#), 58, 92
 Hilarión, san, [52](#)
 Hildegard, obispo de Osterwiek, 105
 Hildesheim, 139
 Hipólito Romano, san, 74
 Hipólito, escritor, [33](#), [35](#)
 Hohenzollern, Alberto, 210
 Holbach, Paul Henry Dietrich, barón de, 279
 Honnecourt, Villard de, 193
 Honorato, san, 78
 Honorio, [48](#)
 Hornhausen (Magdeburgo), 43
 Horus, hijo de Isis, 72
 Houphouët-Boigny, Félix, 289
 Hradischin, castillo, 210
 Hugo Capeto, rey de Francia, 173
 Hugo de San Víctor, 171
 Hugo, Víctor, 171
 Hus, Jan, 204

Ibas de Edesa, 97
 Ibn Ishaq, 93
 Ignacio de Loyola, san, 208, 212
 Ignacio, san, obispo de Antioquía, [21](#)
 Inocencio I, papa, 67
 Inocencio III, papa, 160, 161, 163, 165, 166, 174, 175
 Inocencio IV, papa, 178
 Inocencio VII, papa, 184
 Irene, santa, 108
 Ireneo, san, obispo de Lyon, [24](#), [33](#), [35](#), [56](#), 74
 Isaac, [15](#), 279
 Isabel I, reina de Inglaterra, 207, 230
 Isabel, prima de María, [12](#)
 Isaías, 74
 Isidoro, metropolitano de Moscú, 199
 Isidoro, san, arzobispo de Sevilla, 93, 97, [98](#), 99, 147
 Isis, 72
 Ismael, 100
 Iurev, diócesis, 108
 Iván III el Grande, zar de Rusia, 197
 Iván IV el Terrible, zar de Rusia, 109
 Ivíron, monasterio del monte Athos, 121

Jabin Ibn Hayyan, 93
 Jacob, [16](#)
 Jacobo de Vorágine, 191
 Jansenio, Cornelio (Cornelis Jansen), 59, 241
 Jenaro, san, catacumbas, [37](#)
 Jericó, [13](#), [16](#)

Jerónimo, san, [25](#), [56](#), 58, 59, 71, 75, 78, 92
 Jerusalén, [13](#), [14](#), [16](#), [17](#), [18](#), [19](#), [20](#), [23](#), [24](#), [27](#), [32](#), [47](#), [48](#), 55, 63, 66, 75, 86, 92, 95, [102](#), 109, [138](#), 152, 154, 155, 163, 304, [309](#)
 Jesuitas, padres, 240, 248
 Joaquín de Fiore, 191
 Jogues, Isaac, san, 222, 250
 Jonás, [18](#), [31](#)
 Jorge, san, 108, 188
 Juan IV, papa, [122](#)
 Juan VIII, emperador, 198, 199
 Juan VIII, papa, 119
 Juan XV, papa, 111
 Juan XXII, papa, 186
 Juan XXIII, papa, 184, 187, 298, 299
 Juan Bautista, [12](#), [13](#), [16](#), [54](#)
 Juan Bosco, san, 270
 Juan Crisóstomo, san, obispo de Constantinopla, [56](#), [57](#), 58, 74, 92
 Juan Damasceno, san, 93
 Juan de la Cruz, san, 208, 215
 Juan de Legnano, 176
 Juan de Montecorvino, 182
 Juan de Puerto Rico, san, 250
 Juan de Salisbury, 178
 Juan Evangelista san, [13](#), [17](#), [18](#), [19](#), [24](#), [25](#), [26](#), [30](#), [32](#), [34](#), 63
 Juan Gualberto, san, 141, [142](#)
 Juan Pablo II, papa, 304, 306, 308, [309](#)
 Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, 175
 Judas, [25](#)
 Judea, [16](#), [17](#)
 Juliano el Apóstata, 62, 92
 José, hijo de Jacob, [16](#)
 José, patriarca de Constantinopla, 199
 José, san [12](#), [18](#), 73
 Josefo, Flavio, historiador, [32](#)
 Juon Konstantin 280
 Júpiter, 78
 Júpiter Doliqueno, [10](#)
 Justina, emperatriz, [46](#)
 Justiniano I, emperador, [48](#), 65, 84, 86, 87, 88, 89, [90](#), 93, 113
 Justino, san, [32](#), [35](#), 74
 Juvenal, Decio Junio, [32](#)

Kant, Immanuel, 247
 Kazán, 109
 Keble, 273, 274
 Kennedy, John Fitzgerald, 227, 298
 Ketteler, Wilhelm, obispo, 270
 Kíev, 108, 109, 111
 King, Martin Luther, 287
 Knox, John, 211
 Kolbe, Raimundo (Maximiliano), 281
 Kruscev, Nikita, 298
 Kublai Kan, 181

La Alvernia, yermo, 165
 La Mettrie, Julien Offroy de, 279
 La Rochelle, 216
 La Tour du Pin, René de, 270
 Lackovic, Iván, 300
 Lactancio, Cecilio Firmiano, 92
 Lalemant, Gabriel, 222
 Lamartine, Alphonse de, 262
 Lamennais, Hugues-Félicité-Robert de, 259, 270
 Laodicea, [24](#)
 Laon, 193
 Las Casas, Bartolomé de, 222
 Lausana, 161
 Lavigerie, Charles, cardenal, 260
 Lázaro, [17](#), [18](#), [31](#)
 Le Mans, 161
 Leandro de Sevilla, obispo, 66, 78, [98](#)
 Lefèvre, escritor, 203
 León I Magno, papa, [48](#), [51](#), 67, [98](#)
 León II, papa, [48](#)

León III Isáurico, emperador, 121, [122](#)
 León III, papa, [114](#), 117, [118](#), 119
 León IV, papa, [118](#)
 León IX, papa, 150
 León X, papa, 206
 León XIII, papa, 271, 295
 Leonardo da Vinci, 200, 202
 Leopoldo de Austria, 153
 Lérins, isla, 78
 Licia, [39](#)
 Liébana, 139
 Lima, diócesis, 220, 222
 Lipsia, 237
 Lisboa, 220
 Livingstone, David, 266, 267
 Livio, Tito, [32](#)
 Llull Raimundo, 182
 Locke, John, 246
 Logan Country (Kentucky), 239
 Lombardo, Pedro, 178
 Londres, 204
 Longo Sofista, [33](#)
 Lorenzetti, Pietro, [142](#)
 Lorenzo, san, [24](#)
 Lotario II de Lotaringia, 128
 Lovaina, universidad católica, 241, 242
 Lubac, Henri de, 298
 Lucano, Anneo, [32](#)
 Lucas Evangelista, san, [11](#), [22](#), [24](#), [25](#), [26](#)
 Luciano de Antioquía, 92
 Luciano de Samosata, [33](#)
 Ludgerio, obispo de Utrecht, 105
 Ludovico I Pío, emperador, 77, 113
 Luis VI el Gordo, rey de Francia, 173
 Luis VII, rey de Francia, 153, 155
 Luis IX, san, rey de Francia, 153, 191
 Luis XIII, rey de Francia, 218
 Luis XIV, rey de Francia, 218, 241
 Luisa de Marillac, santa, 271
 Lund, 135
 Lutero Martín, [25](#), 59, 71, 205, 206, 207, 214, 215
 Lyon, 74, 161, 162, 198, 209

Mabillon, Jean, 240
 Macao, 183
 MacPherson, Joseph, 247
 Macrobio, Ambrosio Teodosio, 92
 Madeira, 183
 Magdalena, 293
 Magdeburgo, [114](#), 135
 Maguncia, [114](#), 149
 Mahoma, 93, 100, [102](#), 103, [106](#)
 Mahomet II, 199
 Majencio, Marco Aurelio Valerio, emperador, [46](#)
 Malaca, 183
 Malingre, Nicolás, [25](#)
 Mallorca, 182
 Mamerto, Claudiano, 92
 Manila, 183
 Manuel II, 199
 Marcelino, papa, [48](#)
 Marciano, Arístides, [32](#)
 Marciano, emperador, [48](#)
 Marco Aurelio, emperador, [32](#)
 Marcos Evangelista, san, [24](#), [26](#), [32](#), 105
 Marcos, metropolitano de Efeso, 199
 Margarita, santa, [37](#)
 María, [18](#), [20](#), [48](#), [51](#), 61, 72, 73, 74, [90](#), [138](#), 139, 167, 171, 227, 233, 288, 292
 María Estuardo, reina de Escocia, [25](#), 211
 Mariana, Juan de, 243
 Marsella, 78
 Marsilio de Padua, monje, 187
 Martín I, papa, [122](#)
 Martín IV, papa, 198
 Martín V, papa, 184, 187
 Martín de Braga, san, 66
 Martín de Tours, san, 58, 78, [90](#), 93, 113

- Maryknoll, 262
Masaccio, 200, [203](#)
Matilde de Canossa, condesa, 117, 132, 148, 149
Mateo Evangelista, san, [24](#), [26](#), [32](#)
Maulbronn, abadía, 144
Mauricio, emperador, 75
Mauro, Rabano, 113
Maximiano, obispo de Ravena, 85, 87
Maximino Daya, Cayo Galerio Valerio, emperador, [39](#)
Máximo Confesor, san, [122](#)
Mazzini, Giuseppe, 256
McGready, James, 239
Meca, 100, [102](#)
Medellín, 295
Médicis, Catalina de, 216
Médicis, familia, 185, 198
Medina, 100, [102](#)
Mela, Pomponio, [32](#)
Melanchthon, Philipp, 205, 210
Menas, san, 63
Mesrop, Maschtots, obispo y monje, [47](#), 68
Meteoras, monasterio, 121
Metodio, san, 92, [110](#), 111
Michelozzi, Michelozzo, 187
Michelucci, Giovanni, 301
Miguel Ángel Buonarroti, 200, 203
Milán, [39](#), [46](#)
Milevo, concilio, [48](#)
Millet, Jean François, 268
Milton, John, 92
Minerva, 72
Ming, dinastía, 181
Mirra, [10](#), [11](#)
Moderato Columela, J., [32](#)
Moisés, 55, 103
Molesmes, Roberto de, 140, [146](#)
Montalembert, Charles Forbes, conde de, 259
Montauban, 216
Montecassino, 76, 77, 78
Montélimar, ciudad del Delfinado, 216
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de, 270
Montpellier, 166, 178
Moro, Tomás, santo, 203, 207
Moscú, 109, 123, 127, 199, 237, 303
Münster, 105, 263
Muntzer, Thomas, 206, 207
Murano, [18](#)
Muratori, Ludovico Antonio, 243
Museo, poeta, 92
Namaciano, Claudio Rutilio, [92](#)
Nantes, 216, 218, 229
Napoleón I Bonaparte, emperador, 205, 253, 255, 257
Nápoles, [37](#), 167, 177, 187
Nazaret, [12](#), [13](#), [16](#), [17](#), 75
Nemesio, escritor, 92
Neón, obispo de Ravena, 88
Nerón, Lucio Domicio, emperador, [25](#), [38](#)
Nestorio, patriarca de Constantinopla, [48](#), [51](#), 74
Newman, John Henry, cardenal, 272, 273, 274, 275, 279
Nicea, [47](#), [48](#), [49](#), 50, [51](#), [56](#), 62, 70, 74, [122](#), 154
Nicetas, obispo, 161
Nicolás I, papa, 119, 131
Nicolás II, papa, 150
Nicolás IV, papa, 182
Nicole, Pierre, 242
Nicomaco de Gerasa, [32](#)
Nicolópolis, 199
Nilo, san, [142](#)
Nîmes, 216
Nobili, Roberto de, padre, [183](#)
Noé, [31](#)
Notker Balbulus, monje, 129
Novaciano, [34](#)
Nóvgorod, diócesis, 108, 109, 111
Nueva Granada, 222
Nueva York, 226, 229, 250, 274
Nursia, 78
Nyons, ciudad del Delfinado, 216
Ochrida, diócesis, [126](#)
Odín, [42](#), 43
Odorico da Pordenone, san, 181
Olaf II Haraldsson, rey de Noruega, 132
Orange, concilio, [48](#)
Orígenes, [25](#), [32](#), [33](#), [57](#)
Orosio, Pablo, 92
Ostia, [118](#)
Osmán, califa, 93
Otmáro, san, 129
Otón I el Grande, emperador, 131, [134](#), 135, 205
Otón II, emperador, 129, 131
Otón III, emperador, 131
Otón de Bamberg, 135
Otones, dinastía, 148
Otranto, diócesis, [126](#)
Ovidio Nasón, Publio, [32](#)
Oviedo, 107
Oxford, 166, 177, 178, 272, 273, 274
Ozanam, Antoine-Frédéric, 270
Pablo, san, [14](#), [15](#), [18](#), [19](#), [20](#), [21](#), [22](#), [23](#), [24](#), [25](#), [26](#), [32](#), [35](#), [38](#), 139, 173, 306
Pablo III, papa, 212, 214
Pablo VI, papa, 298, 299, 303
Pablo de Samosata, [34](#), [48](#)
Pablo el Ermitaño, 53
Pacomio, san, 53, 55
Padilla, Juan de, padre, 250
Padres Peregrinos, 230, 250
Pafnucio, monje, 53
Paleólogos, dinastía, 198
Palermo, 178
Palestina, [12](#), [14](#), [15](#), [17](#), [19](#), 53, 66, 120, [138](#), 182
Palladius, monje, 66
Palorinos, 262
Panfilia, [39](#)
Pannini, Giovanni Paolo, 244
Paolo Uccello, [142](#)
Papebrock, padre, 240
París, 148, 169, 177, 178, 211, 218, 247
Pascal, Blaise, 241, 242, 243
Passau, monasterio, 108
Patmos, [24](#)
Patrás, [126](#)
Patricio, san, 65, 66
Paulino, obispo de Aquilea, 93
Pausanias, [32](#)
Pavía, 66, [142](#)
Pekín, 181, 182
Pécs, 108
Pedro, san, [13](#), [18](#), [20](#), [22](#), [23](#), [24](#), [25](#), [26](#), [31](#), [35](#), [38](#), 63, 67, [94](#), 95, 117, 119, 123, 139, 174
Pedro I, emperador de Brasil, 295
Pedro II, emperador de Brasil, 295
Pedro de Castelnau, padre, 161
Pelagio, monje, [48](#), 58
Pelayo, rey de los visigodos, 103
Penn, William, 230
Pentápolis, 117
Péreiaslavl, diócesis, 108
Pérgamo, [24](#)
Persio Flaco, Aulo, [32](#)
Peruzzi, banqueros, 185
Petrarca, Francisco, 186, 202, 203
Petronace, 76
Petronio Arbitro, [32](#)
Pico de la Mirandola, 203
Pienza, 203
Piero della Francesca, 73
Pilato, Poncio, [17](#)
Pinturicchio, 187
Pío II, papa, 187, 203
Pío VII, papa, 255, 263, 293
Pío IX, papa, 256, 259, 270, 277
Pío XI, papa, 283
Pío XII, papa, 283, 298
Pipino III el Breve, rey de los francos, 105, 117, [118](#)
Pirmino, 105
Pisa, 71, 161, 187
Placidia, Gala, 63, 91
Platón, 177
Plinio Cecilio Segundo, llamado el Joven, [32](#)
Plinio Segundo Cayo, llamado el Viejo, [32](#)
Plotino, [32](#), [33](#)
Plutarco, [32](#)
Poitiers, 96, [102](#), 161
Policarpo, san, obispo de Esmirna, [32](#), [34](#), [56](#)
Polo, Marco, [13](#), 181
Pólotsk, diócesis, 108
Pompeya, 9
Port-Royal des Champs, abadía, 241
Potosí, 220, 223
Praga, 204, 237
Prisciano, 93
Priscila, catacumbas, [29](#)
Procopio, historiador, [25](#), 85, 93
Providence (Rhode Island), 250
Prudencio, san, 167
Puebla, 295
Pulqueria, 61
Pusey, Edward Bouverie, 273, 274
Qal'at Sim'an (Siria), [60](#)
Quadrado, apologista, [32](#)
Quesnel, Pasquier, 241, 242, 243
Quintiliano, Arístides, [33](#)
Quintiliano, Marco Fabio, [32](#)
Quito, diócesis, 220
Qumrán, [15](#), [32](#)
Racine, Jean, 241
Rahner, Karl, 298
Raimundo IV, conde de Toulouse, 153
Raimundo VI, conde de Toulouse, 160, 161
Raimundo de Peñafort, san, 163, 174
Rainaldo, abad, 115
Ratisbona, monasterio, 108
Ratislao, príncipe de Moravia, [110](#)
Ravena, [13](#), 63, 65, 85, 86, 87, 88, [90](#), 117
Razés, diócesis, 161
Recaredo, rey de los visigodos, 66, 95, [98](#)
Recesvinto, rey de los visigodos, 105
Reims, 143, 169, 171
Religiosas de Mary Ward, congregación, 240
Remigio, san, obispo de Reims, 66
Riazan, diócesis, 108
Ricardo I Corazón de León, rey de Inglaterra, 152, 153, 155, 175
Ricci, Mateo, 183
Richelieu, Armand-Jean du Plessis, duque de, cardenal, 218, 219
Richmond, 248
Rimini, concilio, [48](#)
Río de Janeiro, 295
Roberto II el Frisón, 153
Roberto Guiscardo, [134](#)
Robespierre, Maximilien de, 252, 255
Rodhes, Cecil, 266
Rodin, Auguste, 279
Roger Guiscardo, [134](#)
Rollón Roberto, príncipe de los normandos, [134](#)
Roma, [8](#), [11](#), [23](#), [27](#), [29](#), [31](#), [32](#), [33](#), [35](#), [37](#), [38](#), 43, [44](#), [46](#), [47](#), [48](#), [51](#), 63, 64, 65, 67, 70, 71, 72, 74, 75, 78, 87, 92, 93, 95, 97, [98](#), [102](#), 107, 108, [110](#), 111, 115, 117-119, 123, 131, 136, [138](#), [142](#), 147, 150, 151, 155, 167, 175, 182, 185, 186, 200, 203, 214, 255, 259, 263, 293, 296, 303, 304
Romualdo, san [142](#)
Rosmini Serbati, Antonio, 259

- Rossellino, Bernardo, 203
 Rostov, diócesis, 108
 Rousseau, Jean-Jacques, 246, 270
 Rufo, Quinto Curcio, [32](#)
- Sabelio, teólogo, [34](#), [48](#)
 Saint-Denis, 172, 173, 258
 Sainte-Foy, 216
 Saker, Alfred, 266
 Saladino, 152, 155
 Salamanca, universidad pontificia, 178, 229
 Salem, 250
 Salios, dinastía, 148
 Salviano de Marsella, 92
 Salzburgo, 108, [114](#)
 Samaria, [16](#)
 San Antonio, misión, 250
 San Carlos, misión, 250
 San Diego, misión, 250
 San Francisco, 248
 San Gabriel, misión, 250
 San Luis Obispo, misión, 250
 San Mauro, congregación, 240
 San Petersburgo, 237, 257
 San Salvador, 220
 Sankt Gallen, monasterio, 76, 129
 Santiago, [18](#), [25](#), [32](#), [138](#)
 Santiago de Compostela, 136, [138](#)
 Santiago el Menor, [22](#)
 Santo Domingo, 295
 Sanzio, Rafael, 200
 Sardes, [24](#)
 Sárdica, concilio, [48](#)
 Schmidlin, Joseph, 263
 Seaton, Elisabeth, 226
 Segismundo de Luxemburgo, emperador, 187, 204
 Sénanque, abadía, 144
 Séneca, Lucio Anneo, [32](#)
 Sergio I, papa, [106](#)
 Serra, Junípero, Fray, 250
 Septimio Severo, Lucio, emperador, [38](#), 45
 Severiano, obispo de Gabala, 72
 Severo de Antioquía, [54](#)
 Severo, Sulpicio, 92
 Sévigné, Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de, [241](#)
 Sevilla, [98](#), 220
 Sicar, pozo, [16](#)
 Sidón, [16](#)
 Sierra Leona, vicariato de, 263
 Silverio, papa, 86
 Silvestre I, papa, [48](#), 117
 Silvestre II, papa, 111
 Simeón, [12](#)
 Simeón Estilita el Viejo, san, [60](#), 63
 Simeon, Charles, 266
 Símaco, [25](#)
 Símaco, Quinto Aurelio, escritor, 92
 Simón el Mago, [34](#)
 Simon, Richard, 243, 278
 Simón de Montfort, conde, 160, 161, 162, 163
 Sinuesa, concilio, [48](#)
 Siracusa, [126](#)
 Sixto III, papa, 75
 Sixto V, papa, [28](#)
 Smolensk, diócesis, 108
 Solano, Antonio de, 222
 Soussé, catacumbas, [28](#)
 Spencer, Herbert, 279
 St. Louis, universidad pontificia, 226
 Stalin, 282
 Stanley, Henry, 266
 Stuart Mill, John, 279
 Studium, monasterio, 121
 Subiaco, 78, 79
 Suger, abad, 173
 Súzdal, 111
- Tabennisi, monasterio, 53
- Tábor, 204
 Tácito, Publio Cornelio, [32](#)
 Tahull, 147
 Tang, dinastía, 180
 Taunusstein, 43
 Tebas (Egipto), 53
 Teilhard de Chardin, Pierre, 276, 277
 Teodelinda, reina de los longobardos, 65, 66
 Teodoción, [25](#)
 Teodora, emperatriz, 68, 85, 86
 Teodoreto de Ciro, 92, 97
 Teodorico, rey de los ostrogodos, 64, 65, 85, 88, 91, [98](#)
 Teodoro de Mopsuestia, 97
 Teodoro Estudita, san, 121
 Teodosio I el Grande, emperador, [39](#), [40](#), [42](#), [46](#), [48](#), [61](#), [62](#)
 Teodosio II, emperador, [48](#), [51](#), 61, 92
 Teodosio el Joven, 71
 Teófilo, obispo de Antioquía, [30](#), [33](#)
 Teresa de Ávila, santa, 208, 215
 Terracina, monasterio, 76
 Tertuliano, Quinto Septimio, [30](#), [32](#), [33](#), [35](#), 71, 74
 Tesalónica, [39](#), [46](#), [110](#)
 Thingvellir, 135
 Thor, [42](#)
 Tiatura, [24](#)
 Timoteo, [25](#)
 Tiro, [16](#), [48](#)
 Tito, [25](#)
 Tmutarakán, diócesis, 108
 Tocqueville, Alexis de, 251
 Toledo, [48](#), 75, 97, [98](#), 99, 103, 178, 179
 Tolfa, 185
 Tolomeo, Claudio, [32](#)
 Tomás, apóstol, [8](#), [47](#), 68
 Tomás de Aquino, santo, 127, 177, 178, 179, 199
 Toniolo, 270
 Tordesillas, tratado de, 220
 Torre Pellice, 308
 Toulouse, 148, 160, 161
 Traini, Francisco, 177
 Trento, [25](#), 212, 214, 215, 222, 232, 240, 292
 Tréveris, [114](#), 149
 Trípoli, 155
 Trondheim, 135
 Túnez, vicariato, 263
 Turov, diócesis, 108
 Tutu, Desmond, arzobispo, 267
- Ulfilas, obispo, [25](#), 92
 Ulm, 171
 Upsala, [25](#), 135, 211
 Urbano II, papa, 154
 Urbano VI, papa, 184, 186, 187
 Utrecht, [106](#), [217](#), [241](#)
 Uzès, 216
- Valdo, Pedro, 161, 162
 Valentiniano, [34](#)
 Valentiniano II, emperador, [46](#), 61
 Valerio Marcial, [32](#)
 Valla, Lorenzo, 117
 Vallombrosa, monasterio, 141, [142](#)
 Van Espen, 242
 Vasa, Gustavo, rey de Suecia, 210
 Vatopédi, monasterio del monte Athos, 121
 Vendée, 252, 255
 Venecia, 125, 127, 197, 256, 279
 Verónica, santa, [27](#)
 Vicent, 270
 Vicente de Lérins, [34](#), [56](#)
 Vico, Giambattista, 243
 Víctor de Vita, obispo, 92
 Víctor I, papa, [35](#), [49](#)
 Vieira, padre, 222
 Viena, 257, 259
 Vienne, 182
 Vierzehnheiligen, 212
- Vigilio, papa, [48](#)
 Villani, Juan, 149
 Villibaldo, san, 76
 Virgilio, 93
 Vives, Luis, 202, 203
 Vladímir, diócesis de Volinia, 108
 Vladimiro, príncipe de Kiev, 108, 111
 Vogelsang, 270
 Voltaire, Françoise-Marie Arouet llamado, 240, 246, 247, 270
- Wartburg, castillo, 206
 Washington, universidad pontificia, 226
 Waterloo, batalla, 257
 Welby Pugin, Augustus, 274
 Wesley, John, 238, 239
 Wesley, Karl, 238
 Westfalia, paz, 219
 Whitefield, George, 238, 239
 Wilfrido de York, 105
 Wilibrordo, monje, 105, [106](#)
 Wittenberg, [25](#), 206
 Worms, 151, 255
 Wyclif, John, [25](#), 204
- Xeropotamou, monasterio del monte Athos, 121
- Yale, 239, 251
 Yamoussoukro, 289
 Yarmuk, batalla, [102](#)
 Yaroslav el Sabio, príncipe de Kiev, 108
 Yuan, dinastía, 181
- Zayd Ibn Tabit, 93
 Zhoukoudian, cueva, 277
 Zinzendorf, Nikolaus von, 238
 Zoroastro, [13](#)
 Zuinglio, Ulrico, 206, 207, 210

AGRADECIMIENTOS

Debemos a diversas obras científicas y cartográficas los datos necesarios para la realización de los mapas históricos y de los esquemas de la obra, especialmente:

Dibujo 2-3: E. R. Galbiati, A. Aletti, *Atlante Storico della Bibbia e dell'Antico Oriente*, Milán, Massimo-Jaca Book, 1983.

Dibujo 14: H. Jedin, K. S. Latourette, J. Martin (directores), *Atlante Universale di Storia della chiesa*, Casale Monferrato, Ciudad del Vaticano, Piemme, Libreria Editrice Vaticana, 1991, dib. 18.

Dibujo 27: Donaciones de Carlomagno: de H. Jedin y otros cit., dibujo 35.

Dibujo 30: Esquema de iglesia bizantina del siglo X: H. Jedin y otros cit., dibujo 36.

Dibujo 39: cátaros y valdenses: H. Jedin y otros cit., dibujo 56-57.

Dibujo 41: centros de arquitectura gótica: AA.VV., *Westermann Grosser Atlas zur Weltgeschichte*, Braunschweig, 1982.

Dibujo 42: esquema de los ordenamientos de la curia romana: H. Jedin y otros cit., dibujo 108.

Dibujo 53: principales lugares de refugio de los hugonotes: H. Jedin y otros cit., dibujo 77.

Dibujo 54: organización eclesiástica y misiones en América latina: H. Jedin y otros cit., dibujo 85.

Dibujo 55: las misiones indias en América septentrional: H. Jedin y otros cit., dibujos 87-88.

Dibujo 56: esquema genealogía de las principales Iglesias cristianas americanas: H. Jedin y otros cit., dibujo 102.

Dibujo 58 y 69: esquemas organización de la Iglesia rusa: H. Jedin y otros cit., dibujo 110.

Dibujo 60: mapas sobre la Ilustración: Touring Club Italiano (prep. por), *Grande Atlante Geografico e Storico*, Turín, UTET, 1995, dibujos 98-99.

Dibujo 62, clero constitucional y refractario: ib. dibujo 103.

ELENCO DE ILUSTRACIONES

p. 8: la «Escuela de Platón»; mosaico romano del siglo I d.C., copia de un original helenístico, de Pompeya. Nápoles, Museo Nacional (*foto Scala*).

p. 8: esquema de la centuriación en torno al asentamiento romano de Florencia (*dibujo de Chiara Pignaris*).

p. 9: larario del siglo I d.C. Pompeya, Casa de los Vetti (*foto Scala*).

p. 9: los dioses Aglibol, Baalsamem y Malakbel; relieve del siglo I d.C., de Palmira. París, Louvre (*dibujo de Stalio*).

p. 10: Helios-Júpiter Doliqueno; placa del siglo II-III d.C. Székesfehérvár (Hungría), Museo István Király (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 10: taurobolio mitraico; relieve del siglo II-III d.C. Roma, Mitreo de la iglesia de San Esteban Rotondo (*dibujo de Stalio*).

p. 11: el Ara Pacis Augustae, construida a finales del siglo I a.C.; dibujo del siglo XIX (*foto Jaca Book*).

p. 11: reverso de una moneda de Augusto; finales del siglo I a.C.-comienzos del siglo I d.C. Londres, Museo Británico (*dibujo de Stalio*).

p. 13: el templo de Salomón; fresco del siglo III d.C., de la sinagoga de Dura Europos. Damasco, Museo Nacional (*foto Jaca Book*).

p. 13: los Reyes Magos; mosaico del siglo VI d.C. Ravena, San Apolinar Nuevo (*foto Scala*).

p. 14: candelabro de los siete brazos y otros símbolos judíos; relieve en una estela funeraria del siglo II-IV d.C. (*dibujo de Stalio*).

p. 14: tabernáculo sobre ruedas con el Arca de la Alianza; relieve del siglo IV d.C., de la sinagoga de Cafarnaún (*dibujo de Stalio*).

p. 15: las cuevas de Qumrán, en el desierto de Judá (Israel) (*dibujo de Donato Spedaliere*).

p. 15: el Sacrificio de Isaac; reconstrucción de un mosaico del siglo VI, de la sinagoga de Bet Alfa. Jerusalén, Museo de Israel (*dibujo de Stalio*).

p. 17: Pilato propone a los judíos que elijan entre Cristo y Barrabás; miniatura del siglo VI, de un evangelio bizantino llamado *Codex Rossanensis*. Rossano Calabro (Italia), Museo Diocesano (*foto Scala*).

p. 17: la Crucifixión; panel tallado de una puerta de madera del siglo V. Roma, Santa Sabina (*foto Scala*).

p. 18: el «diprótico de Murano»: Cristo en el trono y escenas del Nuevo y del Antiguo Testamento; plaquita de marfil copta del siglo V. Ravena, Museo Nacional (*foto Scala*).

p. 19: Cristo en figura de Helios; mosaico del siglo III o IV. Roma, Necrópolis bajo San Pedro (*dibujo de Stalio*).

p. 19: la Resurrección; detalle de un sarcófago del siglo IV. Vaticano, Museo Pío Cristiano (*dibujo de Stalio*).

p. 20: Pentecostés, miniatura del siglo VI, de un evangelio sirio llamado «de Rábula» por el monje que lo redactó en el monasterio de Zagra, a orillas del Éufrates. Florencia, Biblioteca Laurenziana (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 20: el apóstol Pablo; mosaico de finales del siglo V-comienzos del VI. Ravena, Capilla Arzobispal (*dibujo de Andrea Morandi*).

p. 21: Cristo entre los apóstoles; sarcófago de finales del siglo IV. Vaticano, Sagradas Grutas (*foto Scala*).

p. 22: los apóstoles Pedro y Pablo; grafito de una losa sepulcral del siglo IV. Vaticano, Galería Lapidaria (*dibujo de Stalio*).

p. 23: Cristo enseñando y escenas del Nuevo y del Antiguo Testamento; lip-sanoteca de marfil del siglo IV. Brescia, Museo Cristiano (*foto Rapuzzi / Jaca Book*).

p. 24: armario abierto con los cuatro Evangelios; mosaico de la primera mitad del siglo V, detalle de un luneto con san Lorenzo. Ravena, Mausoleo de Gala Placidia (*dibujo de Andrea Morandi*).

p. 25: las siete Iglesias de Asia Menor; tapiz de finales del siglo XIV, de la serie denominada «Apocalipsis de Angers». Angers, Castillo (*foto Scala*).

p. 26: página de una Biblia griega de mediados del siglo IV, denominada «Códice vaticano B». Vaticano, Biblioteca (*foto Biblioteca Apostolica Vaticana*).

p. 26: la mano del evangelista Lucas; detalle de un relicario del brazo de san Lucas, del siglo XIV. París, Louvre (*dibujo de Alessandro Baldanzi*).

p. 26: los dos testigos del Apocalipsis; miniatura del siglo X, de un manuscrito del *Comentario al Apocalipsis* del Beato de Liébana. Madrid, Biblioteca Nacional (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 27: el lienzo con la Santa Faz; detalle de una xilografía de la primera mitad del siglo XV, que representa a santa Verónica. París, Biblioteca Nacional (*dibujo de Alessandro Baldanzi*).

p. 28: el Buen Pastor; losa grabada del siglo III, de las catacumbas del Buen Pastor en Sousse (Túnez). Sousse, Museo de Arte Cristiano (*dibujo de Stalio*).

p. 28: pila baptismal revestida de mosaico, del siglo VI. Sbeitla (Túnez), Baptisterio de Vitalis (*foto Alif / Jaca Book*).

p. 29: la difunta orante y escenas de su vida; fresco de mediados del siglo III. Roma, catacumbas de Priscila, cubículo de la *Velatio* (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 29: los símbolos cristianos del pez y el ancla; mosaico del siglo IV, de las catacumbas de Hermes en Sousse (Túnez). Sousse, Museo de Arte Cristiano (*foto Alif / Jaca Book*).

p. 29: los símbolos cristianos de la nave y el faro; grafito en una losa sepulcral del siglo IV. Vaticano, Museo Pío Cristiano (*dibujo de Stalio*).

p. 30: *Ecclesia mater*; mosaico del siglo IV, que representa una basílica paleocristiana de Tabarka (Túnez). Túnez, Museo del Bardo (*foto Alif / Jaca Book*).

p. 30: reconstrucción de una casa privada hallada en Cafarnaún, habilitada para el culto cristiano desde el siglo I y considerada como la casa del apóstol Pedro (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 31: *ágape* (cena eucarística); relieve sobre la cubierta de un sarcófago cristiano del siglo III. Roma, Museo de las Termas (*dibujo de Alessandro Baldanzi*).

p. 32: conversación filosófica; fragmento de un sarcófago de finales del siglo III-comienzos del IV. Vaticano, Museo Gregoriano Profano (*foto Scala*).

p. 33: camafeo gnóstico en jaspe amarillo; siglos II-III. París, Biblioteca Nacional, Cabinet des Médailles (*dibujo de Stalio*).

p. 33: colgante de bronce con el monograma de Cristo y el Alfa y Omega; siglo IV (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 34: invocaciones a los apóstoles Pedro y Pablo; grafito del siglo III. Roma, catacumbas de San Sebastián (*foto Scala*).

p. 35: calendario pascual; losa grabada de mediados del siglo VI. Ravena, Museo Arzobispal (*foto Scala*).

p. 36: galería subterránea del siglo V-VI. Nápoles, catacumbas de san Jenaro (*foto Gianni Dagli Orti*).

p. 36: «fosor» trabajando; fresco de finales del siglo III-comienzos del IV. Roma, catacumbas de los santos Marcelino y Pedro (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 37: el martirio de santa Margarita; detalle de un retablo del siglo XII. Vic (Barcelona), Museo Episcopal (*foto Zodiaque*).

p. 38: retrato de una familia cristiana; fondo de una copa de vidrio dorado del siglo IV, de Dunaszekcsó (Hungría). Budapest, Museo Nacional (*foto Gianni Dagli Orti*).

p. 38: súplica anticristiana dirigida al emperador Maximino Daya por los pobladores de Licia y Panfilia; fragmento de una inscripción fechada en el año 112. Roma, Museo de la Civilización Romana (*foto Gianni Dagli Orti*).

p. 39: caricatura del Crucifijo; grafito del siglo II-III, del *Paedagogium* (la escuela de los esclavos imperiales) de los Palacios Imperiales de Roma. Roma, Antiquarium del Palatino (*dibujo de Roberto Simoni*).

p. 40: los tetrarcas; grupo en pórfido de comienzos del siglo IV. Venecia, San Marcos (*dibujo de Stalio*).

p. 41: batalla entre romanos y germanos; sarcófago romano de finales del siglo II. Roma, Museo de las Termas (*foto Scala*).

p. 41: fíbula visigoda en forma de águila, de oro y esmaltes; siglo V, de la zona de Guadalajara (España). Madrid, Museo Arqueológico Nacional (*dibujo de Stalio*).

p. 41: reconstrucción de un paisaje agrario romano (*dibujo de Donato Spedaliere*).

p. 42: yelmo ostrogodo del tipo denominado «Baldenheim»; siglo VI, de Torricella Peligna (Abruzos). Chieti (Italia), Superintendencia Arqueológica (*dibujo de Stalio*).

p. 42: prisionero germano; bronce romano del siglo III (*dibujo de Stalio*).

p. 43: caballero germano, o bien el dios Odín; relieve sobre una lápida funeraria del siglo VII, de Hornhausen (Alemania). Halle, Museo Regional de Prehistoria (*dibujo de Andrea Due*).

p. 43: reconstrucción *in loco* de una torre de vigilancia y de la empalizada del *limes* germánico en los alrededores de Taunusstein (Alemania) (*dibujo de Andrea Morandi*).

p. 44: retrato de Constantino el Grande; colosal cabeza de bronce de la primera mitad del siglo IV, probablemente fragmento de una estatua sentada. Roma, Palacio de los Conservadores (*dibujo de Stalio*).

p. 45: figura de orante; fresco del siglo IV. Roma, *Domus ecclesiae* bajo la basílica de los Santos Juan y Pablo (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 45: personificación de Constantinopla; moneda de oro de mediados del siglo IV. Milán, Museo del Castillo Sforzesco (*dibujo de Stalio*).

p. 46: planta de la basílica de San Pedro en la época constantiniana y reconstrucción de su interior en un grabado del siglo XIX (*foto Jaca Book*).

p. 47: Constantino y Elena; miniatura de un evangelio sirio de comienzos del siglo XIII. Vaticano, Biblioteca Apostólica (*foto Biblioteca Apostolica Vaticana*).

p. 48: la condena de Arrio en el concilio de Nicea; fresco del siglo XII. Backovo (Bulgaria), refectorio del monasterio (*foto Hansmann*).

p. 50: la Trinidad en el Paraíso terrenal; miniatura alemana del siglo XV (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 50: la Trinidad (Paternidad); icono de la escuela de Nóvgorod, de finales del siglo XIV-comienzos del XV. Moscú, Galería Tretjakov (*foto Iskustvo / Jaca Book*).

p. 51: san Atanasio triunfa sobre Arrio; miniatura del siglo XI, de un manuscrito del *Diálogo de Atanasio y Arrio*, obra de Vigilio, obispo de Tapso, de finales del siglo IV. París, Biblioteca Nacional (*dibujo de Stalio*).

p. 52: la «Tebaida»; cuadro de Gherardo Starnina (segunda mitad del siglo XIV-1413). Florencia, Uffizi (*foto Scala*).

p. 52: san Hilarión; mosaico del siglo XII. Venecia, San Marcos (*foto Scala*).

p. 52: viviendas excavadas en la roca, en Capadocia (Turquía) (foto Gianni Dagli Orti).

p. 54: monje en oración; relieve copto de los siglos VI-VII. Washington, The Dumbarton Oaks Byzantine Collection (dibujo de Alessandro Baldanzi).

p. 55: las tentaciones de san Antonio; miniatura del siglo XIV. París, Biblioteca Nacional (foto Bibliothèque Nationale de France).

p. 55: un apa, padre de los monjes; estela copta de basalto del siglo VI-VII. Washington, The Dumbarton Oaks Byzantine Collection (dibujo de Stalio).

p. 56: retrato de un hombre llamado Eusebio; vidrio dorado del siglo V. Vaticano, Museo Sacro de la Biblioteca Apostólica (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 57: Parascève Pjatnica y los santos Gregorio el Teólogo, Juan Crisóstomo y Basilio el Grande; icono ruso de comienzos del siglo XV. Moscú, Galería Tretjakov (foto Iskusstvo / Jaca Book).

p. 57: la muerte de san Atanasio y su oración fúnebre pronunciada por san Gregorio Nacianceno; miniatura del siglo XII, de un manuscrito del *Discurso* de san Gregorio Nacianceno. París, Biblioteca Nacional (foto Bibliothèque Nationale de France).

p. 58: san Jerónimo distribuye entre los monjes algunos ejemplares de su traducción de la Biblia; miniatura del siglo IX, de una Biblia de Carlos el Calvo. Roma, Biblioteca Casanatense (foto Scala).

p. 59: san Agustín, en su cátedra; miniatura del siglo XII, de un manuscrito inglés de *La ciudad de Dios*, de san Agustín. Florencia, Biblioteca Laurenziana (foto Scala).

p. 59: san Ambrosio celebrando la misa; pieza revestida de oro, plata y piedras preciosas del altar de san Ambrosio, obra de Vuolvinio (trabajó en el siglo IX). Milán, San Ambrosio (foto Scala).

p. 60: *missorium* de Teodosio el Grande; disco de plata repujada de finales del siglo IV. Madrid, Academia de la Historia (foto Scala).

p. 60: el monasterio de San Simeón Estilita el Viejo, construido a finales del siglo V. Qal'at Sim'an (Siria) (foto Jaca Book).

p. 61: procesión de reliquias en Constantinopla; placa de marfil de finales del siglo V. Tréveris, Tesoro de la Catedral (foto Bischöfliches Generalvikariat Trier / Am München).

p. 62: Teodosio el Grande con su corte asiste a los espectáculos del circo; relieve de finales del siglo IV, de la base del obelisco de Teodosio en el hipódromo de Constantinopla. Estambul (foto Gianni Dagli Orti).

p. 63: amorcillos vendimiando; mosaico del siglo IV. Roma, Mausoleo de Santa Constanza (foto Scala).

p. 64: el mausoleo de Teodorico, construido a comienzos del siglo VI. Ravena (foto Scala).

p. 64: efígie de Teodorico; medallón de oro, utilizado como hebilla, de finales del siglo V-comienzos del VI. Roma, Museo de las Termas (dibujo de Stalio).

p. 65: portada del evangelario de Teodelinda, de oro con piedras preciosas y gemas antiguas; comienzos del siglo VII. Monza (Italia), Tesoro de la Catedral (foto Scala).

p. 65: la Crucifixión; placa de bronce del siglo X, del monasterio de Clonmacnoise (Irlanda). Dublín, Museo Nacional de Irlanda (dibujo de Stalio).

p. 66: campesino alemán; bronce romano del siglo III. Stuttgart, Museo Regional de Württemberg (dibujo de Stalio).

p. 67: el bautismo de Clodoveo; placa de marfil del siglo IX. Amiens, Museo de Picardía (dibujo de Stalio).

p. 68: la Cruz; miniatura de un evangelario sirio del siglo XII. París, Biblioteca Nacional (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 69: imagen de Cristo en un escudo sostenido por dos ángeles; fragmento de un fresco copto del siglo VII, de Bauit (Egipto). El Cairo, Museo de Arte Copto (foto Isber Melhem / Jaca Book).

p. 70: Teodosio el Joven en el concilio de Éfeso; dibujo de un *Canon de los concilios* de la primera mitad del siglo IX. Vercelli (Italia), Biblioteca Capitular (dibujo de Alessandro Baldanzi).

p. 70: el pecado original; detalle de la puerta de bronce de San Ranieri, obra de Bonanno Pisano (siglo XII). Pisa, Catedral (foto Scala).

p. 71: las personificaciones de Roma y Constantinopla; diptico de marfil de finales del siglo V. Roma, Museo de la Civilización Romana (foto Gianni Dagli Orti).

p. 72: la Virgen «Pelagonitissa»; icono del siglo XIV. Skopje, Museo de Macedonia (foto Scala).

p. 72: María amamantando al niño Jesús; lápida sepulcral copta grabada en el siglo V-VI, de Fayyum (Egipto) (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 72: Isis amamantando a Horus; fragmento de un fresco copto del siglo III. Karanis (Egipto) (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 73: la Sagrada Familia; cuadro de Joos van Cleve (1485-1540). San Petersburgo, Museo del Ermitage (foto Scala).

p. 73: la «Virgen del Parto»; fresco de Piero della Francesca (1415-1492). Monterchi (Italia), Capilla del Cementerio (foto Scala).

p. 74: la Virgen de la Misericordia; talla de madera policromada de comienzos del siglo XV. Florencia, Museo del Bargello (foto Scala).

p. 75: exvoto de agradecimiento por la liberación de un endemoniado; cuadro del siglo XVI. Cesena (Italia), Virgen del Monte (foto Scala).

p. 75: procesión con la imagen de la Virgen en Milán; relieve del siglo XII. Milán, Museo del Castillo Sforzesco (foto Scala).

p. 76: las cuatro estaciones; miniatura de comienzos del siglo XI, de un códice de Montecassino, de la *Enciclopedia* de Rabano Mauro (*De Universo*). Montecassino, Abadía (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 76: reconstrucción de la abadía de Sankt Gallen (Suiza) en el siglo IX (dibujo de Roberto Simoni).

p. 77: la predicación de san Benito cerca de Montecassino; miniatura de comienzos del siglo XIV, de una colección de escritos sobre san Benito. Chantilly, Museo Condé (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 78: el último encuentro de san Benito y santa Escolástica; fresco de comienzos del siglo XV. Subiaco, *Sacro Speco* (foto Scala).

p. 79: un monje y un campesino derriban un árbol; miniatura de comienzos del siglo XII, de un manuscrito de Cîteaux de los *Moralia in Job* de Gregorio Magno. Dijon, Biblioteca Municipal (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 79: dos monjes trabajando la tierra y otros dos en oración; miniatura bizantina del siglo XI. Vaticano, Biblioteca Apostólica (dibujo de Stalio).

pp. 80-81: reconstrucción de un poblado de Capadocia excavado en la roca (dibujo de Roberto Simoni).

p. 84: el palacio de Teodorico; mosaico de comienzos del siglo V. Ravena, San Apolinar Nuevo (foto Scala).

p. 85: Justiniano y su corte; mosaico de mediados del siglo VI. Ravena, San Vital (foto Scala).

p. 85: efígie de Teodora; cabeza de mármol del siglo VI. Milán, Museo Arqueológico (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 86: el águila imperial bizantina; fragmento de un tejido del siglo X. Bressanone, Museo Diocesano (disegno di Stalio).

p. 87: el puerto de Classe; mosaico de comienzos del siglo VI. Ravena, San Apolinar Nuevo (foto Scala).

p. 87: la cátedra del obispo Maximiano, revestida de paneles de marfil; mediados del siglo VI. Ravena, Museo Arzobispal (foto Scala).

p. 88: el Bautismo de Jesús y el coro de los apóstoles; mosaico de finales del siglo V-comienzos del VI. Ravena, Baptisterio de los Arrianos (foto Scala).

p. 88: vista interior, del lado del ábside, de la basílica de San Vital, construida a mediados del siglo VI. Ravena (foto Scala).

p. 89: sección de la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, construida en la primera mitad del siglo VI (foto Jaca Book).

p. 89: reconstrucción del interior de la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, antes de su transformación en mezquita; acuarela de Prost. París, Academia de Arquitectura (foto Académie d'Architecture, Paris).

p. 89: la Transfiguración y san Apolinar orante; mosaico de mediados del siglo VI. Ravena, San Apolinar in Classe (foto Scala).

p. 89: una emperatriz bizantina; puertecilla de un diptico de marfil de comienzos del siglo VI. Florencia, Museo del Bargello (foto Scala).

p. 90: nicho con trono sobre el que se apoyan algunos atributos del poder divino y humano; relieve del siglo VI. Berlín, Staatliche Museen (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 91: capitel del siglo VI. Ravena, San Vital (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 91: el Cordero divino adorado por dos almas; relieve sobre un sarcófago del siglo V. Ravena, Mausoleo de Gala Placidia (foto Scala).

p. 92: Gregorio Magno con los escribas; placa de marfil de finales del siglo IX. Viena, Kunsthistorisches Museum (dibujo de Alessandro Baldanzi).

p. 93: la *Schola cantorum* de la iglesia de Santa Sabina, construida en el siglo V. Roma (foto Scala).

p. 94: el cónsul Magno con las personificaciones de Roma y Constantinopla; diptico de marfil de comienzos del siglo VI. Milán, Museo del Castillo Sforzesco (foto Scala).

p. 97: un concilio en Toledo; detalle de una miniatura mozárabe del siglo X. El Escorial, Biblioteca del Monasterio (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 98: Casiodoro, bajo la apariencia del profeta Esdras, copia las Sagradas Escrituras; miniatura de finales del siglo VII-comienzos del VIII, de un manuscrito inglés denominado *Códice Amiatino*. Florencia, Biblioteca Laurenziana (foto Scala).

p. 99: la rueda de las estaciones y los meses; miniatura del siglo IX, de un manuscrito de la *Enciclopedia* de san Isidoro de Sevilla (*De natura rerum*). Laon, Biblioteca Municipal (dibujo de Stalio).

p. 99: Boecio en la cárcel, consolado por la Filosofía; dibujo de un manuscrito alemán del siglo XII. Munich, Biblioteca del Estado de Baviera (dibujo de Alessandro Baldanzi).

p. 100: la Kaaba; placa de cerámica policromada del siglo XVI, de la tumba de Mahoma en Medina. El Cairo, Museo Islámico (foto Gianni Dagli Orti).

p. 101: peregrinos de viaje a La Meca (dibujo de Alessandro Baldanzi).

p. 101: biblioteca árabe con maestros y alumnos en conversación; miniatura de la primera mitad del siglo XIII, de un manuscrito de Bagdad de los *Maqamat* de Al-Hariri. París, Biblioteca Nacional (foto Bibliothèque Nationale de France).

p. 102: el nombre divino de Alá en una cerámica sepulcral. El Cairo, Museo Islámico (dibujo de Stalio).

p. 102: Jesús llevado al cielo por los ángeles; miniatura persa (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 103: página del Corán en escritura cúfica del siglo IX, de la mezquita de Kairuán. Túnez, Biblioteca Nacional (*foto Jaca Book*).

p. 103: los bizantinos destruyen la flota enemiga con la ayuda del «fuego griego»; miniatura del siglo XII, de las *Crónicas* de Juan Skylitzes. Madrid, Biblioteca Nacional (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 104: san Bonifacio bautiza a los frisonos y padece el martirio; miniatura de la segunda mitad del siglo X, del *Sacramentario de Fulda*. Gotinga, Biblioteca de la Universidad (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 104: cruz de oro y esmaltes, llamada la «cruz de Wilton»; siglo VII. Londres, Museo Británico (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 105: corona votiva de Recesvinto, de oro y piedras preciosas; segunda mitad del siglo VII, del Tesoro de Guarrazar (Toledo). Madrid, Museo Arqueológico Nacional (*dibujo de Stalio*).

p. 105: león, símbolo del evangelista Marcos; miniatura de finales del siglo VII, del evangelio irlandés de san Wilibordo, conocido también como «Evangelio de Echternach». París, Biblioteca Nacional (*dibujo de Stalio*).

p. 106: la iglesia de Santa María del Naranco, construida como salón real visigodo a mediados del siglo VIII y transformada en iglesia a mediados del siglo IX. Naranco, Oviedo (*foto Zodiaque*).

p. 107: cruz celta de los siglos IX-X. Clonmacnoise (Irlanda), cementerio del monasterio (*foto Zodiaque*).

p. 107: facsímil de una página del *Heliand*, una traducción de los Evangelios en sajón antiguo, de la primera mitad del siglo IX.

p. 108: san Jorge y el dragón; icono de la escuela de Nóvgorod del siglo XV. San Petersburgo, Museo del Estado Ruso (*foto Scala*).

p. 108: la Iglesia militante; pintura de mediados del siglo XVI. Moscú, Galería Tretyakov (*foto Scala*).

p. 108: la catedral de Santa Sofía, construida a mediados del siglo XI. Nóvgorod (*foto Iskustvo / Jaca Book*).

p. 109: el gran «Sión» de plata dorada de la catedral de Santa Sofía en Nóvgorod; mediados del siglo XII. Nóvgorod, Museo (*foto Iskustvo / Jaca Book*).

p. 110: los santos Cirilo y Metodio crean el alfabeto eslavo; miniatura de finales del siglo XV, de la *Crónica Radziwiłł*. San Petersburgo, Biblioteca de la Academia de las Ciencias (*foto Iskustvo / Jaca Book*).

p. 111: la iglesia de madera de San Nicolás, construida en el siglo X. Súzda (*dibujo de Donato Spedaliere*).

p. 111: los santos Boris y Gleb; relieve del siglo XI (*dibujo de Alessandro Baldanzi*).

p. 112: la *Majestad de santa Fe*, estatua-relicario de oro y piedras preciosas; finales del siglo IX. Conques, Tesoro de la Abadía de Sainte-Foy (*foto Gianni Dagli Orti*).

p. 112: Alcuino presenta a Rabano Mauro a san Martín de Tours; miniatura de mediados del siglo IX, de un manuscrito del *De Laude Sanctae Crucis* de Rabano Mauro. Vaticano, Biblioteca Apostólica (*foto Biblioteca Apostolica Vaticana*).

p. 113: reconstrucción del palacio imperial de Carlomagno en Aquisgrán, construido entre los siglos VIII y IX (*dibujo de Donato Spedaliere*).

p. 114: flabelo litúrgico de marfil y pergamino miniado; finales del siglo IX, de Tournus. Florencia, Museo del Bargello (*foto Scala*).

p. 114: el abad Rainaldo de Marmoutier bendice a sus monjes y al pueblo; miniatura de mediados del siglo IX, de un sacramentario de Marmoutier. Autun, Biblioteca Municipal (*foto Institut de Recherche et d'Histoire des Textes, Orléans*).

p. 115: la iglesia de la abadía, construida en la segunda mitad del siglo IX. Corvey (Alemania) (*foto Scala*).

p. 115: escenas de la vida de Cristo; díptico de marfil de comienzos del siglo IX. Aquisgrán, Tesoro de la Catedral (*foto Scala*).

p. 116: plano de Roma; fresco de Tadeo di Bartolo (1362-1422). Siena, Palacio Público (*foto Scala*).

p. 116: la donación de Constantino; fresco del siglo XIII. Roma, Los Cuatro Santos Coronados (*foto Scala*).

p. 117: san Pedro, en su cátedra, confiere la estola a León III y el estandarte a Carlomagno; reconstrucción de un mosaico del siglo IX, del triclinio de León III en el Palacio de Letrán, en Roma (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 118: Carlos el Calvo ofrece un códice a Nicolás I; miniatura del siglo IX. Tréveris, Biblioteca Municipal (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 119: la coronación de Carlomagno; miniatura del siglo XIV, de una *Historia de los Emperadores*. París, Biblioteca del Arsenal (*foto Scala*).

p. 119: cátedra de madera revestida de paneles de marfil, denominada «*cathedra Petri*»; segunda mitad del siglo IX. Vaticano, Tesoro de San Pedro (*foto Scala*).

p. 120: el lienzo de la Santa Faz; miniatura bizantina del siglo VI, del *Codex Rossanensis*. Vaticano, Biblioteca Apostólica (*foto Biblioteca Apostolica Vaticana*).

p. 121: un monasterio de las Meteoras en Tesalia (Grecia) (*foto Roberto Simoni*).

p. 121: efigie del emperador León III; moneda del siglo VIII. París, Biblioteca Nacional, Cabinet des Médailles (*dibujo de Alessandro Baldanzi*).

p. 121: san Teodoro Estudita atraviesa el Bósforo para llegar al monasterio de Studium; miniatura bizantina de finales del siglo X, del *Menologio* de Basilio II. Vaticano, Biblioteca Apostólica (*foto Biblioteca Apostolica Vaticana*).

p. 122: un iconógrafo bizantino trabajando; miniatura del siglo IX. París, Biblioteca Nacional (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 123: decoración de cúpula con motivos geométricos y estilizados; frescos del siglo VIII en un monasterio rupestre de Capadocia (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 123: la Crucifixión y la eliminación de iconos; miniatura del siglo IX, del *Salterio Chludov*. Moscú, Museo Histórico (*foto Iskustvo / Jaca Book*).

p. 125: vista de Constantinopla, de un grabado del siglo XVIII (*dibujo de Roberto Simoni*).

p. 125: cáliz bizantino de sardónica, oro y esmaltes; siglo X. Venecia, Tesoro de San Marcos (*foto Gianni Dagli Orti*).

p. 125: Cristo Pantocrátor; mosaico de finales del siglo XI-comienzos del XII. Dafni (Grecia), iglesia del monasterio (*foto Scala*).

p. 126: incensario bizantino de plata dorada; siglo XII. Venecia, Tesoro de San Marcos (*foto Scala*).

p. 127: ostensión de la Santa Cruz; miniatura bizantina de finales del siglo X, del *Menologio* de Basilio II. Vaticano, Biblioteca Apostólica (*foto Biblioteca Apostolica Vaticana*).

p. 128: la corona del Sagrado Imperio romano, de oro, piedras preciosas, perlas y esmaltes; siglos X-XI. Viena, Kunsthistorisches Museum (*dibujo de Stalio*).

p. 128: el castillo de Cautrenon, en Auvernia (Francia); miniatura del siglo XV, del *Armorial d'Auvergne* de Guillaume Revel (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 129: Otón II confiere la dignidad episcopal a Adalberto de Praga; relieve de un portón de bronce de la segunda mitad del siglo XII. Gniezno (Polonia), Catedral (*dibujo de Alessandro Baldanzi*).

p. 130: Otón I a los pies de Cristo en el trono; placa de marfil de la segunda mitad del siglo X. Milán, Museo del Castillo Sforzesco (*foto Scala*).

p. 130: Otón II recibe el homenaje de las provincias del Imperio; miniatura de Tréveris de finales del siglo X, del *Registrum Gregorii*. Chantilly, Musée Condé (*foto Gianni Dagli Orti*).

p. 131: crucifijo de marfil del rey Fernando I de Castilla; mediados del siglo XI. Madrid, Museo Arqueológico Nacional (*foto Scala*).

p. 132: figura de animal fantástico; adorno de madera del siglo IX, de Oseberg (Noruega). Oslo, Museo de la Navegación (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 132: la flota normanda de Guillermo el Conquistador atraviesa el canal de la Mancha; bordado de finales del siglo XI, de la tapicería de la condesa Matilde. Bayeux, Museo Episcopal (*foto Scala*).

p. 133: pieza de ajedrez noruego, de marfil de morsa; finales del siglo XII. Londres, Museo Británico (*dibujo de Alessandro Baldanzi*).

p. 133: los santos reyes escandinavos: Canuto IV de Dinamarca, Olav II de Noruega y Erik de Suecia; bordado sueco del siglo XVIII. Estocolmo, Museo Histórico del Estado (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 134: *stavkirke*, construida en el siglo XIII. Gol (Noruega) (*foto Gianni Dagli Orti*).

p. 135: alegoría de la Vida; tondo de marfil de morsa, de mediados del siglo XII. Copenhague, Museo Nacional (*dibujo de Alessandro Baldanzi*).

p. 135: vista del *althing* del poblado de Thingvellir (Islandia) (*dibujo de Donato Spedaliere*).

p. 136: Santiago de Compostela con un peregrino; miniatura del siglo XIV. París, Biblioteca Nacional (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 136: reconstrucción de la abadía de Cluny alrededor del año 1000 (*dibujo de Donato Spedaliere*).

p. 137: peregrinos atacados por los lobos en las cercanías de un hospital; tapiz de finales del siglo XIV. Roncesvalles, Museo (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 138: voluta de báculo francés, de marfil, llamado de Ivo de Chartres; finales del siglo XI, de Beauvais. Florencia, Museo del Bargello (*foto Scala*).

p. 138: historias de Adán y Eva; relieves de la puerta de bronce de San Bernardo, de comienzos del siglo XI. Hildesheim, San Miguel (*foto Scala*).

p. 139: el diluvio universal; miniatura de mediados del siglo XI, de un manuscrito de Saint-Sever del *Comentario del Apocalipsis* del Beato de Liébana. París, Biblioteca Nacional (*foto Bibliothèque Nationale de France*).

p. 140: voluta de báculo de plata dorada, llamado de Roberto de Molesmes; siglo XI-XII. Dijon, Museo de Bellas Artes (*dibujo de Lorenzo Cecchi*).

p. 141: vista de la abadía de Vallombrosa; fresco de Giovanni Stradano (1523-1605). Prato, Villa Pazzi (*foto Scala*).

p. 142: la cartuja de Pavía en construcción; detalle de un cuadro de Bergognone (siglos XV-XVI). Pavía, Pinacoteca (*foto Scala*).

p. 143: la santa Humildad lee las Sagradas Escrituras en el refectorio; cuadro del retablo dedicado a la santa, de Pietro Lorenzetti (1280-1348). Florencia, Uffizi (*foto Scala*).

p. 143: san Bernardo y san Juan Gualberto; detalle de la *Tebaida* de Paolo Uccello (1397-1475). Florencia, Academia (foto Scala).

p. 144: vista aérea de la abadía cisterciense de Sénanque (Provenza), fundada en el siglo XII (foto Jourdan / Explorer / Overseas).

p. 144: reunión de administradores del municipio de Siena; miniatura de finales del siglo XIII-comienzos del XIV, del *Constitutum Camerarii et Quattuor Provisorum Communis Senarum*. Siena, Archivo del Estado (foto Scala).

p. 145: planimetría de las propiedades de la abadía cisterciense de Maulbronn (Alemania) a finales del siglo XVII; de una acuarela de Andreas Kieser (dibujo de Alessandro Bartolozzi).

p. 145: el establecimiento de molinos hidráulicos, construido en el siglo XIII. Fontenay (Francia), Abadía (dibujo de Donato Spedalieri).

p. 146: Cristo en majestad; fresco de comienzos del siglo XII, del ábside de la iglesia de San Clemente de Tahull (Lleida). Barcelona, Museo de Arte de Cataluña (foto Scala).

p. 147: el *Descendimiento*; relieve de Benedetto Antelami (1150-1230). Parma, Catedral (foto Scala).

p. 147: interior de la iglesia de la abadía, construida en la primera mitad del siglo XII. Fontenay (foto Scala).

p. 148: el papa y el emperador en el trono; miniatura de la primera mitad del siglo XIII, del *Espejo de Sajonia* de Eike von Repkow. Heidelberg, Biblioteca de la Universidad (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 149: el papa Gregorio VII y la condesa Matilde reciben al emperador Enrique IV en Canossa; miniatura de comienzos del siglo XIV, de la *Crónica* de Juan Villani. Vaticano, Biblioteca Apostólica (foto Biblioteca Apostólica Vaticana).

p. 149: lámpara de una mezquita siria, de vidrio policromado; mediados del siglo XIV. Florencia, Museo del Bargello (foto Scala).

p. 149: interior de la mezquita, construida en el siglo VIII. Córdoba (foto Scala).

p. 150: martirio de santo Tomás Becker; fresco del siglo XII. Spoleto, Santos Juan y Pablo (foto Scala).

p. 151: la destitución de Gregorio VII; dibujo del siglo XII, de la *Crónica* de Otón de Frisinga. Jena, Biblioteca de la Universidad (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 151: los príncipes aprueban la elección del rey; miniatura de la primera mitad del siglo XIII, del *Espejo de Sajonia* de Eike von Repkow. Heidelberg, Biblioteca de la Universidad (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 152: duelo entre un caballero cristiano y otro musulmán; miniatura del siglo XIII. Londres, British Library (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 152: reconstrucción de Jerusalén en la época de las cruzadas (dibujo de Roberto Simoni).

p. 153: reconstrucción del Krak de los caballeros, fortaleza de los cruzados construida en los siglos XI-XII. Yébel Jalil (Siria) (dibujo de Donato Spedalieri).

p. 154: Cristo conduce a los caballeros cruzados; miniatura del siglo XIV. Londres, British Library (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 155: la defensa de Jerusalén; miniatura del siglo XIII, de una *Descripción de Tierra Santa*. Padua, Biblioteca del Seminario (foto Scala).

pp. 156-157: el infierno; mosaico del siglo XIII. Florencia, Baptisterio (foto Scala).

p. 160: las ruinas del castillo de Peyrepertuse en la región de Albi, fortaleza cátara expugnada en noviembre de 1240 (foto Gianni Dagli Orti).

p. 162: *santo Domingo y la quema de los libros heréticos*; cuadro de Pedro Berruguete (1450-1504). Madrid, Prado (foto Scala).

p. 163: el asedio de Carcasona por las tropas de Simón de Montfort; relieve del siglo XIII. Carcasona, Castillo (foto Gianni Dagli Orti).

p. 164: santo Domingo discute con los herejes; fresco de Andrea di Bonaiuto (siglo XIV), detalle de *La Iglesia militante y triunfante*. Florencia, Santa María Novella, Cappellone degli Spagnoli (foto Scala).

p. 165: vista del yermo de Alvernia; fresco de Domenico Ghirlandaio (1449-1494), detalle de una escena del ciclo franciscano. Florencia, Santa Trinidad, Capilla Sassetti (foto Scala).

p. 165: san Francisco e historias de su vida; retablo de Bonaventura Berlinghieri (siglo XII). Florencia, Museo de Santa Cruz (foto Scala).

p. 166: san Bernardino de Siena predica en la Plaza del Campo; cuadro de Sano di Pietro (1406-1481). Siena, Catedral (foto Scala).

p. 167: san Francisco instituye el belén en Greccio (dibujos de Alessandro Baldanzi).

p. 168: rosetón y vidrieras del siglo XIII. Chartres, Catedral de Notre-Dame (foto Scala).

p. 168: perfiles de las principales catedrales góticas de Europa (dibujos de Justine Thompson Bradley).

p. 169: fachada de la catedral de Notre-Dame, construida en los siglos XII-XIII. París (foto Scala).

p. 169: interior, hacia la parte del ábside, de la catedral de Notre-Dame, construida en el siglo XIII. Reims (foto Scala).

p. 170: el rostro de Cristo; detalle de un crucifijo de madera catalán del siglo XIV. Mesina, Museo Nacional (foto Scala).

p. 170: cáliz de oro y plata, llamado de Gilles de Valcourt; siglo XIII. Namur, Convento de Notre-Dame (foto Scala).

p. 171: escenas de la vida de la Virgen; díptico francés del siglo XIV, en marfil. Florencia, Museo del Bargello (foto Scala).

p. 172: Beatriz de Borbón, esposa del conde de Luxemburgo; estatua de finales del siglo XIV. París, iglesia de la abadía de Saint-Denis.

p. 174: el sueño de Inocencio III; fresco de Giotto (1267-1337), del ciclo franciscano. Asís, San Francisco (foto Scala).

p. 175: Bonifacio VIII; estatua de Arnolfo di Cambio (1245-1302). Florencia, Museo de la Obra de la Catedral (foto Scala).

p. 176: estudiantes leyendo; relieve de finales del siglo XIV, de la tumba de Juan de Legnano. Bolonia, Museo Cívico (foto Scala).

p. 177: la Filosofía con las siete Artes liberales; facsímil de una miniatura alemana del siglo XII, de un manuscrito del *Jardín del Paraíso* de la abadesa Herrad de Landsberg (foto Hansmann).

p. 177: *triunfo de santo Tomás de Aquino*; cuadro de Francisco Traini (1321-1363). Pisa, Santa Catalina (foto Scala).

p. 177: interior de la capilla del King's College, construida en el siglo XV. Cambridge (foto Scala).

p. 178: fachada de la Universidad, fundada a comienzos del siglo XIII. Salamanca (foto Scala).

p. 179: el lector con sus estudiantes; relieve de la primera mitad del siglo XIV, de la tumba de Cino da Pistoia. Pistoia, Catedral (foto Scala).

p. 179: san Alberto Magno en su estudio; fresco de Tomás de Módena (1326-1379), del ciclo de personajes dominicos. Treviso (Italia), Seminario Episcopal (foto Scala).

p. 180: dos páginas de un manuscrito alemán del siglo XV, del diario de viaje de Odorico da Pordenone. Karlsruhe, Biblioteca Regional de Baden (foto Badische Landesbibliothek, Karlsruhe).

p. 180: camello de viaje; cerámica policromada y esmaltada china de los siglos VIII-IX (época Tang) (dibujo de Stalio).

p. 181: la ciudad de Cambaluc (Pekín); miniatura francesa del siglo XIV, de un manuscrito del *Libro de las maravillas del mundo* de Marco Polo. París, Biblioteca Nacional (foto Bibliothèque Nationale de France).

p. 181: copa china de celadonita de los siglos XII-XIII (dinastía Yuan); montura alemana de plata dorada de la primera mitad del siglo XV. Kassel, Museo Regional de Assen (foto Staatliche Museen, Kassel / Verlag Philipp von Zabern).

p. 182: la llegada de san Francisco Javier a Japón; biombo japonés de finales del siglo XVI. París, Museo Guimet (foto Réunion des Musées Nationaux).

p. 183: martirio de los jesuitas en Japón; pintura japonesa de comienzos del siglo XVII. Roma, Iglesia del Gesù (foto Scala).

p. 185: la «Muerte negra»; miniatura de comienzos del siglo XV, de la *Crónica de Luca* de Giovanni Sercambi. Luca, Archivo del Estado (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 185: un grupo de flagelantes; miniatura alemana del siglo XIV, de una crónica del mundo escrita en Constanza. Munich, Biblioteca del Estado de Baviera (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 186: la coronación de Martín V; miniatura alemana del siglo XV, de la *Crónica* de Ulrich von Richental. Constanza, Museo Rosgarten (foto Hansmann).

p. 186: la tumba del antipapa Juan XXIII, obra de Donatello (1386-1466) y Michelozzo (1396-1472). Florencia, Baptisterio (foto Scala).

p. 187: Enea Silvio Piccolomini parte para el concilio de Basilea; fresco de Pinturicchio (1454-1513), del ciclo dedicado a Pío II. Siena, Catedral, Biblioteca Piccolomini (foto Scala).

p. 188: peregrinos junto a la tumba de un santo; pintura provenzal del siglo XV. Roma, Galería Nacional (foto Scala).

p. 189: brazo-relicario de san Jorge, de oro, plata y piedras preciosas; siglo XIII. Conques, Tesoro de la Abadía de Sainte-Foy (foto Gianni Dagli Orti).

p. 190: procesión con las reliquias de santa Genoveva en París; miniatura del siglo XII. París, Archivos Nacionales (dibujo de Lorenzo Cecchi).

p. 191: la traslación del cuerpo de san Magno; fresco de comienzos del siglo XIII. Anagni, Catedral (foto Scala).

pp. 192-193: construcción de una catedral gótica en una ciudad de Europa septentrional (dibujo de Donato Spedalieri).

p. 193: detalle de una torre de la catedral de Laon; dibujo del *Livre de portraiture* de Villard de Honnecourt (siglo XIII). París, Biblioteca Nacional (foto Bibliothèque Nationale de France).

p. 196: el sermón de san Marcos en Alejandría; cuadro de Gentile Bellini (1429-1507). Milán, Brera (foto Scala).

p. 197: pequeño «Sión» de cobre dorado; segunda mitad del siglo XV. Moscú, Museos del Kremlin. Palacio de la Armería (foto Iskustvo / Jaca Book).

p. 198: el emperador Juan VII Paleólogo en el concilio de Florencia-Ferrara; fresco de Benozzo Gozzoli (1420-1497), detalle del ciclo del Cortejo de los Magos. Florencia, Palacio de los Médicis (foto Scala).

p. 199: el asedio de Constantinopla por los turcos en 1453; miniatura francesa de mediados del siglo XV. París, Biblioteca Nacional (foto Bibliothèque Nationale de France).

Atlas histórico del cristianismo

ISBN 842852090-9



9 788428 520904

Copyrighted material